MÉXICO EN FILIPINAS

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS
Cuadernos, Serie histórica Número 11

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS

MÉXICO EN FILIPINAS

Estudio de una transculturación

por

RAFAEL BERNAL

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
MÉXICO, 1965

Llegar a Filipinas es para un mexicano llegar a casa familiar; la casa fraterna que ayudamos a construir; no por distante menos cercana a caros afectos y recuerdos.

AGUSTÍN YÁÑEZ: *Proyección Universal de México*

PREÁMBULO

Por declaración conjunta de los respectivos presidentes de México y Filipinas, y coincidiendo con la visita oficial que hizo a este último país el señor licenciado Adolfo López Mateos, en octubre de 1963, el año siguiente se dedicó a conmemorar la "Amistad Mexicano-Filipina". Se quiso conmemorar así el Cuarto Centenario de la partida de don Miguel López de Legazpi del puerto de Barra de Navidad, en Jalisco, para llevar a cabo la colonización del archipiélago del Mar de Oriente.

Diversas formas de actividad cultural tuvieron lugar en ambos países con motivo de la celebración del año de la Amistad Mexicano-Filipina. Entre otras, vale la pena recordar el intercambio de investigadores y profesores, así como el ciclo de conferencias organizado por la Dirección de Relaciones Culturales, de la Secretaría de Relaciones Exteriores de México. Un grupo de profesores de nuestra Universidad Nacional, entre ellos algunos de este Instituto, dieron a conocer en el Ateneo de Manila y en la Universidad de Santo Tomás algunos aspectos de nuestra realidad presente e histórica. De manera especial se destacó siempre la antigua vinculación de las Filipinas y México, mantenida durante varios siglos de manera constante gracias a los galeones de Manila que, después de travesías muchas veces casi heroicas, llegaban a nuestro puerto de Acapulco.

Habiendo tenido la buena suerte de poder visitar las Filipinas para dar en Manila algunas charlas, dentro del ciclo de conferencias antes mencionado, pedí al señor don Rafael Bernal, Ministro de nuestra Embajada en Manila, y distinguido estudioso de las relaciones históricas de Filipinas y México, que preparara un ensayo en el que se diera a conocer algo de ese pasado en común, del que aún quedan no pocos vestigios. El presente en-

sayo, enriquecido con un capítulo sobre historiografía filipina, responde a la petición y a los deseos expresados. Más aún, viene a ser también una última forma de conmemoración que preserva el recuerdo del año de la Amistad Mexicano-Filipina. Por todo esto, gustosamente se incluye en la Serie de Publicaciones del Instituto de Investigaciones Históricas de nuestra Universidad.

MIGUEL LEÓN-PORTILLA
Director del Instituto de
Investigaciones Históricas

PRÓLOGO BIBLIOGRÁFICO

Bien tengo entendido que no es costumbre el reunir en un solo escrito el prólogo y la bibliografía de un libro, pero son varias las razones que me mueven a hacerlo en este caso. Ante todo, tratándose de un libro tan breve, sería ridícula una bibliografía de muchas páginas, como debiera ponerla si trato de cubrir todo el asunto. Ahora está muy de moda, en cualquier libro con pretensiones de historia, hacer aquello que ya criticaba Cervantes en el Prólogo a la Primera Parte del Quijote: poner al final una lista de autores citados o consultados, de la A a la Z, vengan o no al caso. Mucho de lo que asiento en este libro ha sido estudiado en otros autores, y consignado tanto en impresos como en manuscritos. Otra gran parte me ha sido comunicada por gente de saber en diferentes materias y por los pueblos mismos de México y Filipinas.

Así, por lo que se refiere a la historia de Filipinas en los siglos XVI, XVII *y* XVIII *he consultado las grandes colecciones de documentos, como la famosa de Blair and Robertson, en cincuenta y cinco volúmenes, publicada en Filadelfia. Aunque necesariamente incompleta y a veces con graves errores de traducción de los textos españoles al inglés, es una obra fundamental de la cual se ha hecho recientemente una edición facsimilar y es urgente hacer otra aumentada y corregida. También he tomado en cuenta la* Colección de documentos inéditos relativos al descubrimiento, conquista y organización de las antiguas posesiones españolas en América y Oceanía, *en 42 volúmenes, que se terminó de imprimir en Madrid en 1884 y la colección de Martín Fernández de Navarrete,* Colección de viajes y descubrimientos que hicieron los españoles. *Aparte de estas grandes fuentes, conviene señalar algunas crónicas de la época que son de capital importancia. En primer lugar se destaca* Sucesos de las Islas Fili-

pinas *por el doctor don Antonio de Morga, impresa por primera vez en México en 1609 y reimpresa a fines del siglo pasado, por el doctor José Rizal, con anotaciones. Son también de capital importancia las crónicas de las órdenes religiosas. La* Relación de las Islas Filipinas *por el padre Pedro Chirino, SJ, impresa por primera vez en Roma en 1604, nos da datos de incalculable importancia sobre los primeros pasos de la conquista. Claro está que los padres agustinos, los primeros en las misiones filipinas, no podían quedar a la zaga, y en 1698 se imprimió en Madrid la obra de fray Gaspar de San Agustín, OSA,* Conquistas de las Islas Filipinas: la temporal por las armas del señor don Phelipe el prudente y la espiritual por los religiosos de la orden de nuestro padre San Agustín. *Entre las crónicas franciscanas se destacan las de los padres San Antonio y Santa Inés y entre los agustinos recoletos, que tanta importancia tuvieron en la labor misional en Filipinas, encontramos la enorme* Historia general de Filipinas *del padre Juan de la Concepción, publicada en Madrid en 1788. De entre los escritos de los dominicos, no dejaremos de citar la* Historia de la provincia del Sancto Rosario *impresa en 1693.*

Hay que tomar también en cuenta los apasionados y apasionantes escritos históricos y polémicos de fray Domingo Fernández Navarrete y sus agudas observaciones sobre la Nueva España, las Filipinas y el reino de la China, junto con sus controversias con los jesuitas de ese último reino por el famoso rito mandarín que el padre Ricci y otros miembros de la Compañía sostenían en Cantón y Pekín. También dan muchas luces los relatos de los viajeros, como el Giro al Mondo *del incomparable Gemelli Carreri, las muy entretenidas memorias del doctor en medicina Paul de la Gironiére, que pasara veinte años en las islas a principios del siglo* XIX *y el relato del gobernador inglés de Hong Kong, sir John Bowring.*

Entre las obras modernas hay algunas de enorme importancia, como The Manila Galleon *del doctor William L. Schurz y* Les Philippines et le Pacifique des Ibériques *de Pierre Chaunu. Muy importante es también el ensayo del doctor John Leddy Phelan,* The Hispanization of the Philippines, *así como la obra definitiva sobre su tema que ha publicado el doctor don Horacio de la Costa, SJ,* The Jesuits in the Philippines, *libro que es modelo en su género. Aún sin difundirse en forma debida, pero de gran interés, tenemos la tesis del doctor Eladio Neira, OP,* La estructura de la sociedad filipina prehispánica, *con un notable estudio de las fuentes para su historia.*

Por lo que a la historia de México se refiere, resultaría inacabable citar las fuentes. En los primeros tiempos hispánicos tenemos las grandes crónicas de la conquista, precedidas por Bernal Díaz del Castillo; las cartas de relación y las crónicas de las órdenes. En cuanto a obras modernas relacionadas con Filipinas, su conquista y sus seculares relaciones con México, debemos confesar que prácticamente no existen. Recordamos aquí el libro del reverendo padre Mariano Cuevas, SJ, Monje y marino *que, aunque contiene errores garrafales, como el de achacarle a sir Francis Drake dos viajes al Pacífico y un apasionamiento que desdice muchas veces de la necesaria ecuanimidad del historiador, es la única obra mexicana moderna que trata largamente de la empresa de Legazpi y que intenta dar un aspecto general de la época de la conquista filipina.*

A falta de obras modernas mexicanas sobre el hecho histórico tan importante de la conquista de Filipinas y las relaciones con México, encontramos muchas que he utilizado acerca de la organización española en la Nueva España. Conviene citar ante todo la conquista espiritual de México *del doctor Robert Ricard, traducida y anotada por el doctor Angel María Garibay K. Muchas luces puede dar* La encomienda indiana *del doctor Silvio Zavala, así como* La Formation des grands domaines du Mexique *de François Chevalier.*

El estudio completo y comprensible de la historia del Asia Sudoriental se llevaría una vida por lo menos. Para el lector interesado baste aquí citar la obra del historiador hindú Panikkar, sobre todo su libro Asia and Western Dominance. *Historias modernas de China, Japón, Siam y Malasia hay muchas, como la de D.G.E. Hall,* A History of South East Asia, *publicada en Londres en 1960; o la de Kenneth Scott Latourette,* The Chinese, their history and culture *publicada en Nueva York en 1961.*

La historia de la expansión de Occidente, tanto cristiana como del Islam tiene fuentes inagotables también, que van desde los antiguos libros árabes como el de Ibn Batura, pasando por el relato del extraordinario aventurero italiano Ludovico Varthena, a las crónicas portuguesas, como las Décadas de Asia *de Barros Couto o los viajes de Fernando Méndez Pinto; para llegar hasta tratados modernos, incompletos o parciales por lo general, como el reciente* The Rise of the West *de William H. McNeill, de la Universidad de Chicago.*

Para el estudio del siglo XIX *en Filipinas y de la historia de las revueltas en contra de España primero y, posteriormente, en contra de los Estados Unidos, hay gran cantidad de material. Ante todo están los libros del doctor José Rizal, sus cartas y artículos periodísticos. Están publicadas también las memorias de Apolinario Mabini, genio político de la Primera República, así como una enorme cantidad de correspondencia, artículos de periódico y discursos por los hombres que hicieron esos movimientos, tanto en España como en las Filipinas. Los modernos historiadores filipinos se han ocupado profusamente de esa época, como el doctor Agonsillo, el doctor Antonio Molina, el doctor Gregorio Zaide y el doctor don Carlos Quirino. En la parte religiosa de estos movimientos, se ha publicado ya el primer tomo de la obra monumental de los padres jesuitas Achútegui y Bernard,* Religious Revolution in the Philippines. *En cuanto al doctor José Rizal, héroe del movimiento de independencia, escritor extraordinario, médico y lingüista, son muchas las biografías, ensayos y estudios que se han escrito. Baste citar aquí el de don León María Guerrero* The First Filipino.

Pero ya he dicho que no tan sólo en libros he investigado lo que consideré necesario para dar cuerpo a esta obra. Ante todo el pueblo de Filipinas, en su habla, tanto en tagalog como en español, me ha dado muchas claves y materias que investigar. Las palabras mexicanas, la presencia de nuestros frutos, de nuestras costumbres, de nuestras maneras de ser en la vida diaria y familiar, me han dado la clave de muchos aspectos del pasado.

A conocer Filipinas me ha ayudado sobre todo la gentileza de don Alejandro R. Roces, secretario de Educación Pública y notable escritor. Don Carlos Quirino, director de Bibliotecas Públicas ha puesto en mis manos los libros y documentos necesarios. El doctor Robert Fox, del Museo Nacional, cuya sólida formación antropológica se compara tan sólo con su amor a lo filipino, me ha abierto enormes campos de pensamiento e investigación. Los historiadores don Antonio Molina y don Domingo Abella me han prestado ayuda que no tengo palabras con qué agradacer, lo mismo que el reverendo padre Alfredo Panizo, OP, decano de la Facultad de Filosofía de la Universidad de Santo Tomás.

Por haber tenido tales libros donde estudiar y tales hombres que me ayudaran, "me atrevo a emprender una cosa tan abscondida y olvidada", como diría fray Diego Durán.

CAPÍTULO I

La expansión de Occidente

Cuatrocientos años después de la expedición de Miguel López de Legazpi, encontramos a las Islas Filipinas constituidas en una república independiente, dentro del nuevo grupo de naciones del Asia Sudoriental. Este grupo se forma con Birmania, Cambodia, la federación de Malasia, Viet Nam, Laos, Indonesia y Filipinas, de libertades recientes y Tailandia de antigua existencia independiente.

Al observarlas en conjunto, vemos al momento la enorme diferencia que existe entre la República de Filipinas y las otras naciones del grupo. Esta diferencia radica, en forma principal, en el grado de occidentalización del filipino. Una gran mayoría de entre ellos es católica; viven bajo un sistema de gobierno profundamente influenciado por los sistemas democráticos norteamericanos. Y no se trata tan sólo de un gobierno de "papel", calcado de gobiernos democráticos occidentales, como sucede en la mayor parte de los otros países. En Filipinas la democracia tipo norteamericano es una realidad. Hay un gobierno constitucional, que gobierna con leyes y no con la voluntad de los señores. La Constitución es operante; existe una completa libertad de expresión, tanto de palabra como de prensa; hay elecciones libres y efectivas. Las Cámaras de Senadores y Diputados tienen una gran fuerza política, aun en contra del Poder Ejecutivo. La Suprema Corte es libre y profundamente respetada. Todo ciudadano goza de libertad religiosa y de enseñanza y las fuerzas armadas carecen de poder político. Estas condiciones no se encuentran en los otros países del grupo, por más que muchos de ellos han adoptado sistemas democráticos en sus constituciones.

Aunque oficialmente la República de Filipinas intenta regresar al uso de un idioma de origen malayo, el tagalog, el inglés es la lingua franca en las islas, sobre todo en el trato entre regiones que tienen diferentes idiomas vernáculos. El español ha perdido mucho de su importancia como lenguaje popular, pero quedan enormes influencias suyas en los idiomas nativos y aun en el inglés que se habla habitualmente. En la vida familiar y religiosa se observan aún claramente las influencias hispánicas, sobre todo de la España del siglo XIX.

Estas características occidentales que afectan la religión, la política, la vida familiar, el habla, las artes, la alimentación y las costumbres, no se encuentran en las otras naciones del Asia Sudoriental. En esos pueblos la religión cristiana no ha permeado prácticamente y los idiomas europeos se van perdiendo con extraordinaria rapidez, sin dejar casi una huella. La estructura familiar, las costumbres, la vida social, no han sido casi tocadas por el Occidente colonizador.

Y si Filipinas se distingue al instante entre todas las naciones asiáticas vecinas suyas, también se distingue de las naciones hispanoamericanas, que pudieran ser semejantes debido a la misma tradición hispánica. Filipinas es una nación asiática. En sus límites viven tres millones de musulmanes y muchos de ellos escriben en caracteres arábigos, y su estructura familiar y su vida social son semejantes en todo a la de los malayos mahometanos. Existe también una muy importante minoría de ascendencia china. Aunque los chinos ya comerciaban en el archipiélago por lo menos desde el siglo VII, no se establecieron en las islas en gran cantidad sino hasta la llegada de los españoles. Al poco tiempo de fundada por Legazpi la ciudad de Manila, ya habían formado su barrio propio, el Parián, cuyo nombre chino llegó por las naos hasta la Plaza Mayor de México. Fueron varias las revueltas de los chinos que vivían en los alrededores de Manila y muchas veces se pensó en eliminarlos totalmente, pero los salvó su gran utilidad a la naciente colonia, ya que eran los artesanos, los remeros de las galeras, los comerciantes en pequeño y el servicio doméstico. En muchos documentos de la época vemos expresada la opinión popular de que, sin los chinos, no podrían sostenerse los españoles en la colonia. Así la cultura china ha sido siempre una capa intermedia entre el español puro, el peninsular, y el filipino. Los chinos en raras ocasiones se ocupaban de la agricultura. Eran los comerciantes, los artesanos, los banqueros y lo siguen siendo.

Ahora los chinos o los descendientes de los chinos tienen en Filipinas ciento sesenta escuelas, que no se han podido integrar totalmente a los sistemas pedagógicos de la nación. Tienen sus propios diarios y revistas en varios idiomas chinos y, probablemente, su organización política. Aún siguen viviendo, en su gran mayoría, en la ciudad de Manila, pero como comerciantes en pequeño, se han esparcido por todo el archipiélago. La tienda popular filipina tiene un nombre genérico chino, el *Sari-sari*. Su enorme influencia se hace sentir en muchas costumbres y en la alimentación, donde encontramos muchos platillos de indudable origen de Cantón o de Fou Kien, como el *pancit*, tan típico ahora de las islas, y la *lumpia*, que se quiere parecer al taco mexicano.

Conviviendo con el resto de los filipinos y avanzando lentamente por los caminos de la civilización, se encuentran varios grupos marginales, vestigios de las antiguas tribus que se pudieran llamar autóctonas y que fueran arrojadas por los invasores malayos de las planicies de la costa a las montañas del interior, desde mucho antes de la llegada de los españoles. Son éstos los *aetas*, los *negritos*, los *bontoc*, los *tabhuanos*, etcétera. Viven en un angustioso primitivismo, sus religiones son idolátricas y se observa en algunos de ellos marcados rastros de canibalismo. Sus culturas elementales no les permiten sobrevivir el choque con la cultura actual y son demasiado primitivos para poderse fundir con la población de las islas.

Fuera de estas minorías, el resto de los filipinos pertenece a la gran familia malaya y habla idiomas como el tagalog, el ilocano, el vizayo. Su vida económica se centra en el arroz, que se consume a la manera asiática. Sus sistemas agrícolas son semejantes a los de los otros pueblos de la zona suroriental de Asia.

Todas estas características que distinguen a la República de Filipinas, tanto de sus vecinas asiáticas como de sus hermanas latinoamericanas, la han convertido en un gran mosaico de razas y de culturas en diferentes grados de asimilación que, al fundirse las unas con las otras, dan cuerpo y forma al filipino. Todas estas corrientes, basadas en la cultura malaya, se han agrupado alrededor de dos grandes influencias occidentales, la española y la norteamericana.

La influencia española trajo a Filipinas la religión católica y todas las modificaciones y maneras de ser que ésta aporta a la vida social, familiar y religiosa. Otras innumerables manifestaciones de la vida actual filipina en la música, en el habla,

en la administración de justicia, tienen su origen en España. Pero posiblemente una de las herencias españolas más importante es la constitución misma de las siete mil islas que forman el archipiélago, con sus innumerables razas, lenguas y religiones, en una unidad política. La actual República tiene los mismos límites que ocupara la Colonia en el siglo XVII. En verdad uno de los resultados de la expansión de Occidente es el constituir naciones donde antes sólo existían grupos dispersos de tribus o pequeños Estados.

La cultura norteamericana, impuesta durante cincuenta años de ocupación, aportó el sentido actual del Estado, el respeto absoluto a las libertades individuales, el idioma inglés como lingua franca en todas las islas y el sistema de educación. Debido a ese sistema se ha logrado que no haya prácticamente analfabetismo y que en la actualidad exista una escuela y media en promedio por cada "barrio" o caserío.

Las otras dos influencias predominantes sobre la cultura malaya en Filipinas son, como ya hemos dicho, la china y la islámica. Adelante veremos la importancia que tiene aún el mestizaje chino. El islam se ha reducido prácticamente, por lógicas razones religiosas, a las zonas del sur donde predomina la religión mahometana.

Pero debajo de estas grandes influencias hay otras que, no por tenues, dejan de ser profundas y vitales. Entre ellas encontramos la influencia brahamánica y, también, la influencia mexicana, que es la que pretendemos estudiar en este libro.

Para poder apreciar correctamente la influencia que ha tenido la cultura mexicana en Filipinas y la manera como la experiencia que los españoles adquirieron en México modificó los sistemas de conquista y pacificación en el archipiélago, es conveniente revisar antes algunos aspectos de la historia.

La conquista de las Islas Filipinas, llamadas anteriormente de San Lázaro por Magallanes, su descubridor occidental, no es un hecho aislado en la historia y tan sólo cobra su verdadero sentido cuando se le estudia dentro del gran marco de la expansión de Occidente, sobre todo de la expansión española.

Conviene, si se ha de ver la historia en un aspecto universal, fijar de antemano el alcance de los términos Occidente y Oriente. El mismo uso de las palabras se presta a confusión geográfica, ya que los mexicanos y españoles que llegaban al Oriente lo hacían, como lo hacemos ahora, navegando hacia Occidente. Si dejamos a un lado el sentido netamente geográfico de las dos

palabras, para tratar de aplicarlas a dos diferentes culturas o maneras de vida, nos encontramos de inmediato ante otra enorme serie de problemas. Para el historiador europeo, Occidente sigue teniendo un sentido netamente parroquial, europeizante, medioeval. En la eterna lucha europea, el Oriente siempre ha sido el enemigo. Para Francia lo era Alemania, para ésta Polonia, para ésta Rusia. Este concepto sigue teniendo vida, hasta el extremo de que, vulgarmente, se llama ahora "Occidente" a los países capitalistas y "Oriente" a los países comunistas. El absurdo de tal distingo no merece siquiera una explicación. Otros muchos historiadores definen Occidente como el grupo de países que ha sufrido ciertas vicisitudes en el transcurso de la historia, desde la base de la filosofía griega hasta la revolución industrial. Este concepto tampoco puede satisfacer a quien trata de entender la historia en un sentido verdaderamente universal y ya el mismo Arnold Toynbee, que lo sostiene, expresa sus dudas acerca de su validez.

Si hemos de dividir las culturas del mundo de acuerdo con la semejanza de los fenómenos históricos que las diferentes formas han sufrido o en los que han sido actores, vemos al instante que el fenómeno histórico más importante en el mundo, el que ha afectado a la mayor cantidad de hombres y mujeres y a todos los pueblos que existen, en la expansión por diferentes medios de ciertos pueblos sobre otros pueblos. Esta expansión puede ser física, mediante conquista, ocupación o colonización; puede ser intelectual mediante influencias poderosas que modifican las vidas de los otros pueblos; puede ser comercial o técnica. Ahora bien, es indudable que dicha expansión, que se inicia en el siglo VIII, se debe a los esfuerzos de ciertos pueblos de orígenes mediterráneos. Pudiéramos decir a pueblos que emanan de la síntesis greco-hebraica y que, del siglo VIII hasta el siglo XX viven el proceso de conquistar o afectar en otras formas a todos los demás pueblos de la tierra.

Claro está que no es éste el primer proceso de expansión de que se tenga noticia. Prácticamente todas las culturas del mundo, al llegar a un cierto grado de adelanto, buscan su expansión, hacen guerra a los pueblos vecinos, los desplazan y ocupan sus territorios. Ya Aristeo de Proconeso, según Herodoto, lo había observado siete siglos antes de Cristo. En su poema "Arismapea", perdido ahora, dice cómo los isedones del centro de Asia fueron arrojados de su comarca por los arismapi y que, a su vez, arrojaron a las márgenes del Mar Negro a los escitas. Desde entonces

las expansiones se han sucedido sin interrupción, como las de Egipto, Persia, Grecia, Roma. China ha venido siguiendo ese mismo proceso desde que surgió su primera cultura agrícola en las márgenes del Río Amarillo, hasta lograr su magnitud actual.

Pero todos esos movimientos expansionistas han sido tan sólo parciales, afectando algunas zonas del mundo. Lo que llamamos la "expansión de Occidente", en cambio, ha afectado absolutamente a todos los pueblos. Aun los que no fueron conquistados nunca, como China, Siam o Japón, han sufrido cambios radicales en su vida, en su manera de ser, debido a esa expansión.

Ya hemos dicho que los pueblos que lanzaron este gran fenómeno tuvieron su cuna en el Mediterráneo y en la síntesis greco-hebraica. Para poder usar con sentido común, en historia universal, los términos de Oriente y Occidente, es necesario aceptar, como lo haremos en este libro, que Occidente se constituye con esos pueblos expansionistas de origen mediterráneo y Oriente con los pueblos de altas culturas asiáticas que sufrieron ese fenómeno. Por lo tanto Occidente se divide en dos grandes ramas: la musulmana y la cristiana. Las dos tienen orígenes greco-hebraicos y mediterráneos. Para el oriental aún se confunden las dos. El chino del siglo XVI no veía diferencia entre el musulmán y el portugués o el español. Los dos venían de Occidente, con propósitos semejantes, con culturas semejantes, con dioses semejantes, a traerle riquezas parecidas e idénticos problemas. Todos ellos, para el chino o para el japonés, son los bárbaros.

Y el fenómeno de la expansión de Occidente al Asia fue iniciado por los musulmanes. Ellos abrieron la geografía, crearon la navegación y despertaron el interés por el Oriente que en Europa dormía desde hacía varios siglos. Para combatirlos, para arrebatarles el comercio, Portugal se lanzó a su gran empresa de descubrimiento, lo mismo que España. Cuando portugueses y musulmanes combaten en las costas de la India, en Malaca y en Cantón, no hacen más que llevar al Extremo Oriente sus problemas occidentales. Lo mismo sucede cuando católicos luchan allá contra protestantes; españoles contra portugueses, holandeses contra españoles, ingleses contra holandeses... y ahora capitalistas contra comunistas. Todos los motivos de esas luchas son occidentales. Catolicismo, islam, protestantismo, capitalismo y comunismo son fruto de las culturas de Occidente, de las culturas mediterráneas, que ahora estallan en otras regiones del mundo. Tan occidental es Rusia ocupando Siberia y partes de Mongolia, Manchuria y China, como Inglaterra en la India o la Malasia.

La única diferencia es que Rusia, siempre atrasada en sus tendencias históricas, aún no libera los territorios que ocupara durante su expansión.

Visto así el fenómeno histórico, podemos, por lo menos para los fines de este libro y sin ánimo de polémica, definir como occidentales a aquellos pueblos de culturas emanadas de la unión de las culturas griega y hebraica que han tomado parte en el gran proceso de expansión universal, desde la conquista musulmana del norte de África y el Medio Oriente en los siglos VII y VIII hasta la aventura italiana en Etiopía en este siglo. Claro está que en América nos interesa fundamentalmente el proceso de expansión de la rama cristiana de Occidente, pero en Filipinas el islam ha tenido y tiene una gran influencia y hay que comprender también esa expansión para entender los fenómenos históricos de toda la zona de Asia Sudoriental.

En pocas palabras, el proceso del islam en su expansión sigue siempre el camino del Oriente. De Persia salta a la India, funda el gran imperio Gujerat y pasa a la Malasia. La expansión cristiana corta el proceso que viene a morir con la ocupación e islamización de la isla de Java en el siglo XVII. Pero, inconscientemente los musulmanes han abierto la puerta a los portugueses y a los españoles. En la biblioteca de don Enrique el Navegante están todos los mapas, todos los libros geográficos y de cosmografía del islam. Allí están la brújula y el astrolabio, las tablas astronómicas y el conocimiento del álgebra que han de ser base para la nevegación.

Mucho se ha escrito acerca de las causas de la expansión cristiana que se inicia a fines del siglo XV. Indudablemente que el poderío turco, cerrando el paso hacia el Oriente y a la expansión tradicional es una de las principales. Los portugueses, cuando resuelven buscar la ruta del sur de África para llegar al Océano Índico, lo hacen con el ánimo de proseguir esa tradicional ruta hacia el Oriente y llegar hasta la retaguardia de los musulmanes. El mismo pensamiento impulsa a Colón para buscar la ruta del Oriente por el Occidente. Claro que hay otras muchas causas para la expansión cristiana: la explosión de población en Europa; la necesidad de productos orientales, como sedas, oro, perlas, especias sobre todo; la necesidad de mercados para la naciente industria de Europa. Estas causas se irán modificando con el tiempo. Algunos aspectos, como el de los mercados, cobrarán más importancia y surgirá, con los avances de la navegación, la necesidad de adquirir fuera de Europa no tan sólo artículos

de lujo, sino materias primas esenciales para la industria y la vida. También surgirá como causa de expansión la de las luchas religiosas y la falta de tierras para la población, sobre todo en Holanda, Francia e Inglaterra.

Situada la expansión española dentro de este gran marco de la expansión de Occidente, vemos que la conquista y ocupación de Filipinas es un fenómeno más dentro de ese cuadro histórico, como lo pudieran ser la ocupación de Venezuela o la conquista del Perú. Pero en Filipinas se presentan, desde un principio, algunos fenómenos especiales que hacen de su conquista y pacificación algo completamente distinto a todo lo emprendido por los castellanos en América. Filipinas es el sitio en el cual Occidente se vuelve a encontrar con Occidente, llegando allí tanto por el este como por el oeste. Allí se cierra el círculo. Cuando Enrique el Malayo, esclavo de Magallanes, entiende las lenguas que se hablan en Samar, se ha circunnavegado por primera vez el globo y es ese Enrique el primer hombre en hacerlo. El español que ha llegado con Magallanes hasta el Archipiélago de San Lázaro, al otro extremo del mundo, se encuentra allí con dos tipos de hombres que había dejado en su patria: el portugués y el musulmán.

Por otra parte, Filipinas es el único lugar de Oriente en el cual se intenta, durante los siglos XVI y XVII, una conquista total del tipo hispanoamericano. Lograda en parte ésta, Filipinas será la única colonia del gran imperio español que no tenga contacto directo con la madre patria. Durante más de doscientos años, no tendrá otro contacto que el de la Nueva España. Y es también la única posesión ibérica en la cual el conquistador se vea en la necesidad de seguir una inacabable guerra en contra de otras culturas fuertes, prácticamente inconquistables, tanto de Asia como de Europa. Las consecuencias de todos estos fenómenos, netamente de la historia filipina, hacen fascinante su estudio y de enorme importancia para quien pretenda entender todo el proceso de la expansión española.

CAPÍTULO II

ESPAÑA EN EL OCÉANO PACÍFICO

En 1493 Cristóbal Colón regresó a España con la noticia del descubrimiento de unas islas y tierras al otro lado del Mar Tenebroso. Para el Almirante de la Mar Océano esas tierras eran las que Marco Polo había visto en el extremo de Asia, eran Cathay y Cipango. Algunos de los cosmógrafos y pilotos tenían ciertas dudas y reservas sobre ello, pero había algo indudable: se trataba de tierras de infieles, no poseídas por ningún príncipe cristiano y, por lo tanto, sujetas a conquista, de acuerdo con el derecho medioeval.

Inmediatamente el Papa dio su famosa bula de 1493, partiendo todo el mundo conquistable en dos grandes medias naranjas. La oriental para Portugal, la occidental para la corona de Castilla. Ahora muchos consideran absurdo el dictamen del Papa en su bula y el subsecuente Tratado de Tordesillas. En aquellos años lo más importante para la cristiandad, europea y mediterránea aún, era la lucha en contra del islam. Tan sólo dos naciones, Castilla y Portugal, se habían interesado por la exploración del mundo y, sobre todo, por llegar hasta la retaguardia musulmana y quitarle el comercio que tanto enriquecía a Constantinopla y a los turcos. Anteriormente ya los reyes de Portugal habían recibido varias bulas, otorgándoles la propiedad y derecho de conquista sobre tierras de infieles. Ahora surgía la posibilidad de que Castilla hiciera otro tanto y se llegara a una guerra entre las dos naciones. La bula y el Tratado de Tordesillas entre Castilla y Portugal, eliminaron la posibilidad de una guerra. Fueron tan operantes —cosa que no se puede decir por lo general de los tratados modernos—, que no se registraron, en los primeros cien años, más que dos violaciones a lo pactado. Las

dos por parte de Castilla. La primera fue el regreso del *Victoria* de Magallanes por la ruta portuguesa. La segunda fue la conquista española de Filipinas.

Con el viaje de Colón, la bula del Papa Alejandro y el Tratado de Tordesillas, se abría para España el camino de la expansión. España no estaba preparada para ello. España no había tenido a un don Enrique el Navegante y la empresa colombina, más que otra cosa, había sido un golpe de suerte. En Portugal, el genio de don Enrique lo había previsto todo. Primero se habían forjado los hombres necesarios, desde marinos y maeses de navío, hasta cosmógrafos y cartógrafos. Luego vino la creación del instrumento y se desarrollaron la carabela y el galeón. Para ello se fundó el gran centro de estudios en Sagres, se reunió la más amplia biblioteca y se buscaron hombres de todo el mundo que fueran entendidos en geografía, que hicieran mapas de acuerdo con los relatos de los viajeros, que prepararan tablas astronómicas e instrumentos de navegación. Luego se iniciaron las grandes exploraciones. Las primeras tan sólo a las costas del norte de África, con pequeñas empresas de conquista y ocupación de territorios. Se dobló el Cabo Bojador y se inició la búsqueda del Ecuador y del extremo sur de África. Se fueron destruyendo los viejos mitos medioevales. Las naves no se incendiaban en la Línea Equinoccial. No había el tal pájaro Roc que solía tomar los barcos en sus garras y estrellarlos contra las rocas. Cada capitán portugués llega hasta un punto de la costa africana y erige allí su "padrao" de piedra, para dejar una constancia del punto exacto al cual ha llegado. Así, el siguiente sabe a qué atenerse y no puede haber confusiones. Avanza tanto la exploración de la costa africana que se resuelve buscar su final y utilizar esa ruta para llegar al Océano Índico. Se envían por tierra, aún antes de doblar el Cabo de Buena Esperanza, exploradores portugueses que "tanteen" las costas y los puertos del Océano Índico, que estudien los vientos y las rutas y traten de localizar al alusivo Preste Juan de las Indias.

Se ha hecho circular la leyenda de que los portugueses no creían que el mundo fuera redondo y, por ello, desecharon la propuesta de Colón. La verdad es otra. Sabían perfectamente, como toda persona más o menos culta de ese siglo, que el mundo era una esfera; pero sabían también la longitud más o menos exacta del Ecuador, cosa que Colón no parecía entender. Con eso se daban cuenta de la enorme distancia que había entre las costas de Portugal y las que había visto Marco Polo en China. Por lo

tanto, enemigos de empresas mal planeadas, preferían gastar sus recursos, nunca muy abundantes, en seguir hasta el final la ruta de África que parecía ser, y lo era efectivamente para el viaje a China, la más directa. El pensamiento geográfico de Colón, buscando el Paraíso Terrenal y afirmando que el mundo tenía forma de pera, era lamentablemente medioeval, comparado al de los grandes marinos portugueses.

Y mientras Portugal, durante más de cincuenta años, había venido preparando sus empresas, España se había ocupado en su propia unificación y en combatir a los moros que aún quedaban en la península. La única empresa de conquista española, fuera de la inacabable guerra de reconquista, había sido la conquista de las Islas Canarias, lograda por catalanes. Cuando Isabel acepta la propuesta de Colón y firma las Capitulaciones de Santa Fe, no tiene ni hombres ni naos que proporcionarle. Son los marinos de Palos, los Pinzón, los Yáñez, los que echan a andar la empresa, en tres carabelas pequeñas y no muy nuevas. Y ahora, en 1493, al gran escándalo de los cosmógrafos y marinos portugueses, regresaba Colón diciendo que se podía llegar de Palos a China en cuarenta días de navegación. No había justicia en ello. La noticia de Colón le llegaba a Portugal en el momento en el cual Bartolomé Díaz había doblado el Cabo de Tormentas y, por primera vez, navegado en aguas del Océano Índico. Era el momento en el cual se preparaba la empresa que habría de cruzar ese océano y llegar hasta la India y la especiería.

Los marinos y cosmógrafos españoles no estaban de acuerdo con Colón en muchos puntos. Sobre todo en afirmar que se había llegado al Asia. Muchos opinaban que se trataba de un conjunto de islas, no conocidas hasta entonces a las que llamaron "De la Santa Cruz". Por fin Américo Vespucio, con la colaboración de Juan de la Cosa y Martín Cortés, extraordinarios cosmógrafos españoles, dio con la verdad del asunto. Se trataba de un mundo nuevo, del *Mundus Novus* y al otro lado tenía que existir otro océano que llegara hasta China.

Abierta la ruta del Atlántico, toda suerte de hombres se vertieron sobre ese mundo nuevo. No les importaba que fuera Asia o "La Tierra de la Santa Cruz" o el *Mundus Novus* de Américo. Era tierra que prometía ser rica en oro, tal vez en especias. La mayor parte de los que pasaban en los primeros años no formaban parte en empresas del Estado. Eran marinos independientes como Hojeda, como los Guerra y otros que violaban los derechos adquiridos por el almirante en las Capitulaciones de Santa Fe.

La misma corona violaba esos derechos y mandaba expediciones, como la de Rodrigo de Bastidas, en la cual iba Vasco Núñez de Balboa.

Y poco a poco todas esas expediciones, oficiales o no, fueron explorando las costas americanas, sobre todo hacia el sur, en busca del estrecho, del paso que llevara al Oriente. Se fundaban villas y ciudades. Desaparecían pronto ante las enfermedades, el hambre, las disensiones y las flechas "enhierbadas" de los indios. La nueva tierra se alargaba sin fin y era difícil de conquistar. Y para colmo, aunque se habían encontrado muestras de oro, la tierra era pobre en todo lo demás. Los naturales, o eran belicosos y difíciles de sujetar o tan mansos que morían pronto, cuando se les imponía el trabajo de minas.

La única experiencia de conquista que habían tenido los españoles era la guerra de la reconquista, una guerra religiosa, a muerte por lo tanto. La nueva conquista no podía ser así y la reina Isabel, con extraordinario genio, vio el problema desde un principio. Era necesario que los naturales de las tierras descubiertas no desaparecieran ni fueran arrojados a otras tierras, fuera de sus reinos y señoríos. El derecho de conquista que se le había otorgado mediante la bula de 1493 era para cristianizar y no para liquidar a esos naturales. Pero las órdenes y las nobles intenciones de la reina no pudieron detener el desastre de las Antillas. Los naturales murieron, unos por guerra, otros por impensadas enfermedades y los más por el trabajo forzoso, al cual no estaban acostumbrados, y por no poder resistir a una nueva cultura que no entendían. Entre los primeros conquistadores españoles en el Caribe hubo algunos que eran crueles e irresponsables, pero no se puede afirmar que la destrucción de los indios fuera una empresa planeada, voluntaria. Es uno de esos terribles accidentes históricos que se repiten sin cesar en todo el proceso de la expansión de Occidente. Lo mismo va a pasar muchos siglos más tarde en el territorio de los Estados Unidos, en Australia y en las Islas Polinesias.

En el caso de las Antillas los sacerdotes, sobre todo los dominicos y los jerónimos, alzaron la voz en contra del desastre e iniciaron su ímproba tarea de "cargar la real conciencia", con todas las injusticias, muertes y desmanes que sucedían en las Indias. Entre esos frailes llenos de protestas, de caridad humanista y de proyectos más o menos absurdos, surge fray Bartolomé de las Casas con sus polémicas, sus expediciones y utopías fracasadas, sus ensayos de conquista evangélica, sus muchas verdades

y sus muchas mentiras. El impacto de las denuncias fue enorme y la voz de aquellos hombres, sobre todo de Las Casas, vive hasta la fecha oscureciendo en muchos aspectos la verdad histórica. Pero tuvo un resultado saludable en extremo. Las autoridades tuvieron que encarar el problema, tanto las religiosas como las civiles. Y pronto los mismos conquistadores, los mismos capitanes de empresas, se dieron cuenta de que al destruir al indio no tan sólo se causaba un grave daño moral, sino económico. Una de las principales riquezas del Nuevo Mundo era la mano de obra indígena. Con ella se podía sustentar el español, con ella se podían explotar minas, descubrir nuevos territorios, transportar mercancías y hacer la guerra. Sin indios, no había nada. Por lo tanto, por razones morales y prácticas, surge la conciencia en el español de la necesidad de conservar a los indios.

Claro está que este movimiento, esta nueva comprensión del problema, no surge en un día. De 1492 a 1519 todo parece estar muerto en las Indias. No hay grandes empresas. Las que se hacen, como las de Juan de la Cosa, Hojeda, Nicuesa, Enciso, terminan por lo general en el desastre. Los pocos sobrevivientes de las fundaciones de villas acaban "marisqueando" en alguna mala laguna, temblando de miedo ante las flechas envenenadas, destruyéndose a sí mismos en constantes disputas. Vasco Núñez de Balboa da el único paso importante al descubrir el "Mar del Sur" al otro lado del Itsmo de Panamá. Allí está el océano que lleva sin duda a la especiería, al gran reino de la China y sus tesoros. Con más ahinco se busca el estrecho para ese mar. Solís baja hasta el Río de la Plata, donde muere. Otros, portugueses, españoles, ingleses y franceses lo buscan por el norte. Pero todo parece ser inútil. El *Mundus Novus* es una barrera impasable, pobre, donde sólo se encuentran hambres, fracasos, muertes.

Al morir doña Isabel, don Fernando de Aragón queda como regente durante la infancia de don Carlos y la locura de doña Juana. Hace cuentas del negocio de las Indias y se espanta del enorme costo de las empresas, tanto en vidas como en haciendas. La lucida expedición de Pedrarias Dávila a Nombre de Dios, montada con tal lujo de gente y dineros, acaba "marisqueando". Los que hacen dinero en las Indias lo logran tan sólo "salteando" esclavos en las costas de Santa Marta y Paria o buscando perlas en Cubagua. Para buscar esas perlas necesitan más esclavos y, con ello, cooperan a la total destrucción del Caribe. Toda la enorme empresa parece que va a acabar en el fracaso. Para el conquistador, porque no hay riquezas que conquistar ni tie-

rras que valgan la pena de conquistarse; para el misionero, porque casi no quedan almas que evangelizar; para la corona, porque el primer objetivo de todo ello, el paso a la especiería, parece ser imposible.

Y mientras eso sucede con las empresas de los españoles, los portugueses se enriquecen sin medida y Lisboa se convierte en la capital comercial del mundo. Para 1515 ya han establecido su ruta hasta la India, han echado del Océano Índico a las flotas musulmanas, se han establecido definitivamente en Goa y Cochín, han doblado el Cabo Comorín, han tomado Malaca con todas sus riquezas increíbles y han llegado hasta la fuente misma de la especiería, hasta las Molucas. En cada flota llegan a Lisboa riquezas sin cuento y nuevas sorprendentes de países insospechados, junto con elefantes blancos, pájaros maravillosos y barriles de rubíes. En verdad esta riqueza es ficticia y acabará por sumir a Portugal en la ruina, pero en el primer cuarto del siglo XVI los frutos de las empresas portuguesas se ven enormes, comparados a los de las españolas, que son casi nulos.

Desesperado, Fernando de Aragón oye la propuesta que le hace un marino portugués llamado Fernando de Magallanes, quien ha encontrado el apoyo del rico comerciante de Amberes, Diego Barbosa y del astrólogo y cosmógrafo Ruy Faleiro. Magallanes ha estado en la toma de Malaca, conoce el Oriente y trae dos noticias de sumo interés para la corona de Castilla. La primera es que dice que en los archivos de Portugal ha encontrado un mapa donde se ve el estrecho que une el Atlántico con el Mar del Sur. La segunda es que afirma tener pruebas de que las islas donde se producen las especias, llamadas generalmente "El Maluco", quedan dentro de la demarcación del rey de Castilla y no del de Portugal. Probablemente Magallanes ha sacado su primera tesis de los mapas de Solís y cree que el Río de la Plata es el estrecho. La segunda tesis la ha tomado de una carta que le enviara, desde Ternate, su amigo Francisco Serrano, radicado allá como uno de los primeros "rajás blancos" de la historia.

El que ambas noticias resulten falsas no tiene importancia por lo pronto. Ya don Fernando no está para detenerse en tratados y minucias de grados de longitud. Necesita con urgencia pasar a la especiería, romper esa barrera de América que lo priva de tanta riqueza y de tanto poder como goza Portugal. Así capitula con Magallanes y sus socios y les ordena que vayan en busca del estrecho y que, de no encontrarlo, naveguen por la ruta más breve hasta la especiería y establezcan allí el comercio español. Esta empresa no es de conquista. Es de descubrimiento y, sobre todo comercial, y en ella ponen dinero muchos comerciantes, como Diego Barbosa y sus socios de Amberes. Así lo que importa sobre todo es regresar con las naos cargadas de especias. Claro está que si Magallanes, al no encontrar el estrecho, ha de seguir la ruta más directa para las Molucas, tendrá que cruzar mares que están reservados por las bulas pontificias y el Tratado de Tordesillas al rey de Portugal.

En 1519 zarpa Magallanes y encuentra el estrecho, no donde había dicho que estaba, sino mucho más al sur y, con dos naves logra llegar a las Filipinas, que bautiza con el nombre de Archipiélago de San Lázaro y muere en Mactán, cerca de Cebú en un combate contra un señor local. Una de sus naves, la *Trinidad* intenta por primera vez el regreso de Asia a las costas americanas y se pierde para siempre. La otra, la *Victoria*, bajo el mando de Sebastián Elcano, logra regresar a España cargada de especias y por la ruta reservada a Portugal.

Pero cuando el *Victoria* regresa a España, después de realizar la primera navegación en torno al globo, la situación se ha modificado radicalmente. La corona y el poder están en manos de Carlos I y España envuelta en las luchas del imperio. Por otra parte ha llegado la noticia de la conquista de México por Hernán Cortés y, junto con la noticia, el oro, la plata y las nuevas de una prodigiosa cultura, de ciudades más grandes que cualquiera de España, de señores y emperadores poderosos. De golpe, América deja de ser la barrera molesta que impide el paso a la especiería, para convertirse en una fuente inagotable de tesoros. Lo sufrido, lo gastado y perdido en los largos años de espera en las Antillas, empieza a rendir su fruto.

Y todo se debe a que Hernán Cortés, contraviniendo las instrucciones de su jefe inmediato, el gobernador de Cuba Diego Velázquez, se ha negado a seguir "rescatando" por las costas del Golfo de México. Ha aprendido la gran lección de las Antillas mejor que nadie y la ha puesto en práctica. Tanto sus hombres como él mismo ya no son españoles puros. Han aprendido a comer el pan cazabe y el maíz. El cacao y el tabaco no les causan extrañeza. Ya saben hacer la guerra a los indios, no con las armas europeas, sino con aquellas que la experiencia del Caribe les ha proporcionado, como el famoso *escaupil*. Ya saben usar de la caballería, no en el sentido europeo de la carga cerrada, sino rompiendo entre los indios y alanceando por las caras. Pero, y esto es lo más importante, se han dado cuenta de quiénes son

los indios. Han visto que tienen organizaciones políticas aprovechables, que pueden ser aliados útiles, tanto en la paz como en la guerra. En pocas palabras, los españoles que van con Cortés a la conquista de México, conocen ya a los indios y, en su sentido bíblico, a las indias y han tenido hijos con ellas y han aprendido a amarlos. La distancia espiritual y cultural entre el conquistador y el conquistado ha reducido enormemente y el mestizaje de la sangre y de la cultura se perfila como una posibilidad tangible.

Por su lado los misioneros han aprendido muchas verdades. Saben por los experimentos de Las Casas y otros, que la evangelización, por sí sola, rinde muy escasos frutos. La cruz, al parecer, tiene que seguir los pasos de la espada y la evangelización se hace fructífera tan sólo después de la pacificación. Saben también que para hacer viable la vida de los nuevos cristianos, tienen que conservarles todas aquellas costumbres y maneras de ser que no se contrapongan abiertamente con la moral cristiana y el dogma.

En México Cortés ha puesto en práctica estos nuevos sistemas de conquista y el resultado ha sido asombroso. Con guerras, con mañas y política, con amenazas y caricias, en dos años ha dominado y pacificado un enorme territorio, poblado por varios millones de hombres y mujeres de avanzadas culturas. Los misioneros, siguiendo sus huellas y sus teorías, van a redondear la obra con la conquista espiritual. De todo ello va a resultar el mestizaje, la nueva cultura.

Pero resulta muy difícil matar en el hombre las ilusiones y destruir los mitos que han sido su sueño vital. Tanto en España como en América los hombres, incluyendo al mismo Cortés, siguen soñando con el camino a la especiería. No basta el tesoro de México ni bastará el del Perú para matar los sueños de Cíbola, Quivira, el Dorado, la Ciudad de los Omaguas y demás. Así, apenas tomada la ciudad de México, Cortés piensa en la Mar del Sur y envía soldados en su demanda y le escribe al emperador: "Todos los que tienen alguna ciencia en la navegación de las Indias, han tenido por muy cierto, que descubriendo por estas partes la Mar del Sur, se habrán de hallar muchas islas ricas de oro y perla y piedras preciosas y especiería y otros muchos secretos y cosas admirables." Descubiertas las costas mexicanas del Pacífico, manda hacer astilleros en Tehuantepec a fin de poder fabricar navíos para la posible conquista del "Maluco" y en su *Quinta carta de relación* dirá: "Porque ya que no se

descubra el estrecho, yo pienso dar por aquí camino para la especiería."

En España tampoco había muerto totalmente el sueño de la especiería y el camino al Oriente. Con el regreso del *Victoria* y su cargamento de especias, tan rico que pagó todos los gastos de la empresa y dejó aún considerable utilidad, se estableció una nueva casa de contratación en la Coruña, especialmente dedicada al tráfico de las especias. Pronto se resolvió el envío de una nueva flota, por la ruta descubierta por Magallanes y se le dio el mando a fray García Jofre de Loayza, comendador de la Orden de San Juan de Rodas. Como piloto mayor iría Juan Sebastián Elcano. Las instrucciones que se le dan al capitán general son precisas: es necesario establecer fortalezas y factorías españolas en la especiería, en Catay y en Cipango, tratando siempre de respetar los derechos del rey de Portugal. La flota es una de las más grandes que han salido de España. Consta de siete naves y una de ellas, la capitana *Santa María de la Victoria* tiene el extraordinario tamaño, para aquellos tiempos, de doscientos cincuenta toneles.

La expedición zarpó de la Coruña tarde, como de costumbre. Ya era el 24 de julio de 1525, lo cual haría imposible el paso del estrecho hasta el año siguiente. Llegando a las aguas del sur encontraron las tremendas tempestades que había experimentado Magallanes y tuvieron que tomar tierra para reparar las naves. Empezaron las hambres tradicionales y uno de los navíos se perdió en unas rocas. Otro, el *San Lesmes* se separó de la flota en medio de una tempestad frente al Cabo de las Vírgenes que marca la entrada del estrecho y, al reunirse de nuevo con la armada, dio la extraña noticia de que la borrasca la había arrojado hacia el sur, a un sitio donde "parecía acabarse la tierra". Por el momento no se le dio la debida importancia a este descubrimiento del Cabo de Hornos y el extremo sur de América. A poco se perdió otro de los navíos, la *Anunciada* y el *San Gabriel* desertó para regresar a España, sin lograrlo. Por fin, el 26 de mayo de 1526 penetraron al Océano Pacífico y, en medio de otra tempestad, la nao capitana se separó del resto de la flota y emprendió sola la larga navegación a través del Pacífico, la "más larga navegación del mundo".

La carabela *San Lesmes* desapareció para siempre. Posiblemente fue a acabar sus días en el atolón de Tepujoe, del grupo de las Marquesas donde, en 1772, el capitán Domingo de Boerrechea encontró una vieja cruz de madera que bien

pudo ser levantada por los náufragos del *San Lesmes*. El galeón *Santa María del Parral* navegó de acuerdo con las instrucciones que le había dado Loayza, en busca del Archipiélago de Ladrones, descubierto en el viaje anterior por Magallanes. Después de las acostumbradas hambres y trabajos, fue a dar a las costas de Mindanao, donde sus tripulantes tuvieron un combate con los naturales, en el que murió el capitán don Jorge Manrique. Su hermano Diego tomó el mando y siguió la navegación hacia Tidore, que era el punto fijado para la reunión final. El hambre hizo que los hombres se amotinaran y pasaran a cuchillo a Manrique y a sus parciales. Sin llevar piloto, dieron al través en un bajo de la isla de Saguín y tan sólo tres de los hombres lograron llegar a Tidore.

Ya hemos dicho como la capitana se aventuró sola por el Pacífico. El diario del piloto Juan de Iriarte es frío, cortante: "Treinta y uno del dicho mes (julio), No tomé la altura. Hicimos camino al noroeste." Ese día no se tomó la altura, porque murió el capitán general de la Armada, Frey García Jofre de Loayza, comendador de San Juan de Rodas. "Domingo cinco del dicho mes (agosto). No tomé la altura. Hicimos camino al noroeste." Tampoco se pudo tomar la altura en ese día, porque había muerto Juan Sebastián Elcano, primer circunnavegador del mundo y segundo capitán general de la Armada. A los pocos días murió el que fuera contador real, don Toribio Alonso de Salazar, tercer capitán general. Fue el cuarto, Martín Iñiguez de Carquisano quien logró llevar la nao con los pocos tripulantes que quedaban hasta Tidore. No encontrando allí a los otros tres barcos que esperaban, levantaron una fortaleza pequeña y se vieron pronto asediados por los portugueses y sus aliados malayos.

El patache *Santiago*, después de cruzar el estrecho, se encontró solo y averiado en medio de la tempestad. Durante algunos días quiso seguir la ruta fijada, pero al ver que no llevaban comida suficiente, su capitán resolvió poner proa al norte, en busca de las costas de la Nueva España. La llegada a las playas cercanas a Tehuantepec fue un tanto cuanto espectacular. Corrían frente a una costa baja, de playa muy tendida, con grandes rompientes, cuando vieron una cruz alta de madera, la que los aseguró de la presencia de españoles allí cerca. No llevaban ya batel y no podían surgir directamente en la playa, por las rompientes. Temerosos de perder la oportunidad de encontrarse con esos cristianos que habían levantado la cruz y empu-

jados por el hambre, resolvieron fabricar una caja de tablas, a manera de ataúd, meter en ella a un clérigo que iba a bordo, con algunos objetos de rescate para los indios y echarlo al mar, con la esperanza de que las olas lo arrojaran a la playa sin ahogarlo. Ahogádose hubiera indudablemente el heroico clérigo si no han salido a la playa unos indios que, al ver lo que sucedía, se echaron a la rompiente y lo salvaron. Las noticias que dio el patache acerca de la expedición de Loayza obligaron a Cortés a apresurar la salida de la armada que estaba preparando en Tehuantepec.

La armada de Loayza fue la última que saliera directamente de España a las Filipinas o las Molucas. Desde esa fecha hasta fines del siglo XVIII, serán barcos mexicanos y peruanos los que se encarguen de la exploración del Gran Océano y del comercio en esa zona. La ruta por el Estrecho de Magallanes resultaba impracticable para los barcos de esos tiempos. Más tarde los holandeses habrían de descubrir la ruta por el Cabo de Hornos, una de las más difíciles y peligrosas del mundo. A fines del siglo XVI dos expediciones inglesas van a intentar la ruta de Magallanes, la de sir Francis Drake y la de Thomas Cavendish. España no había protegido el estrecho, por considerarlo impracticable, pero después del paso de Drake, para evitar que se repita, se organiza la empresa de Sarmiento de Gamboa. Después de mil peripecias, trabajos, hambres y fríos, es justamente Cavendish quien recoge en las heladas costas del estrecho a los pocos sobrevivientes de esa empresa.

En julio de 1527 sale la primera flota hecha en México que va en demanda del Oriente. Se compone de tres naves: *Florida*, *Santiago* y *Espíritu Santo*, que Hernán Cortés confía a su deudo Álvaro de Saavedra Cerón y a los capitanes Pedro de Cárdenas y Luis de Fuentes. El 15 de diciembre llegan a avistar tres atolones bajos, probablemente en las Islas Marshall. El *Santiago* y el *Espíritu Santo* se apartaron allí de la capitana y nunca se volvió a saber de ellos. El día 29 el *Florida* llegó a las Islas de Ladrones que Saavedra bautizó con el más piadoso nombre de Marianas. Allí murió el piloto y nombraron en su lugar a un marinero que, aunque no sabía marear, "tanteaba bien", cosa que parece cierta porque sin más tropiezos llegaron a las costas de Mindanao y de allí a Tidore y a la fortaleza que tenían hecha los sobrevivientes de la empresa de Loayza. Encontraron como capitán general a Hernando de la Torre, ya que Íñiguez de Carquisano había muerto envenenado por

los portugueses, según malas lenguas. El refuerzo tan diezmado de Saavedra no era suficiente para sostener la fortaleza y llevar a la práctica las órdenes de Cortés de iniciar la conquista, para tener las islas "a señorío y no a rescate". Saavedra y De la Torre resolvieron que el primero regresara a la Nueva España en busca de refuerzos.

En julio de 1528 el *Florida* se hizo a la vela y al cabo de unos días de navegación dio con una tierra de gente negra, de cabellos crespos y belicosa, pero no se detuvo a reconocerla ni Saavedra se dio cuenta de que había descubierto la isla más grande en el Océano Pacífico, la Nueva Guinea. Siguió su navegación, tratando de adentrarse en el mar rumbo al oriente, siempre con vientos contrarios. Tanto tiempo perdió en este intento que se le acabaron los víveres y resolvió regresar a Tidore para abastecerse de nuevo. Así, de las Marianas regresó a las Molucas y al año siguiente volvió a intentar el viaje.

Haciendo ruta más al norte, dio con las Islas Carolinas, que nombró así en homenaje al emperador don Carlos. Allí se sintió enfermo de muerte y llamó a su cámara al piloto, no sabemos si el marino que tanteaba bien u otro y a los principales. Les dijo que pusieran proa al norte y no al este, hasta llegar arriba de los treinta y cinco grados, porque allí probablemente encontrarían vientos propicios para la navegación a la Nueva España. Después de su muerte, el piloto así lo hizo y llegó hasta los treinta y cinco grados norte, sin encontrar los vientos que buscaba. De nuevo faltaban bastimentos y resolvieron regresar a Tidore. Al llegar allí supieron cómo los españoles se habían visto obligados a abandonar la fortaleza y se habían refugiado en la isla de Gilolo, donde se seguían defendiendo de los portugueses y de los musulmanes.

Fueron los portugueses quienes dieron a De la Torre la noticia del Tratado de Zaragoza, que veremos adelante, con lo cual resolvió rendirse a condición que lo llevaran a él y a sus hombres a Portugal. Los portugueses así lo hicieron y los repatriaron por el sur de África. Entre los repatriados iba Andrés de Urdaneta.

CAPÍTULO III

LA EXPERIENCIA ESPAÑOLA EN MÉXICO

Las expediciones al oriente no habían constituido un éxito para la marina española. De doce navíos que zarparon de la península y tres de la Nueva España, tan sólo uno, el *Victoria*, había podido regresar, y eso infringiendo los derechos de la corona lusitana al tomar la ruta del Cabo de Buena Esperanza. Unos mil doscientos hombres habían tomado parte en las tres empresas y tan sólo un centenar había sobrevivido. Desde el punto de vista comercial, el déficit era también enorme y, aunque se había explorado una gran parte del Océano Pacífico y se habían encontrado tierras que prometían riquezas, como el Archipiélago de San Lázaro o la tierra poblada por gente negra y belicosa que viera Saavedra, no se había conquistado nada, no se había ocupado un solo metro de tierra ni fundado una sola villa o fortaleza capaz de resistir el embate simultáneo de los portugueses, los musulmanes y el hambre. Y para colmo de males, la ruta de regreso del Oriente hasta las costas americanas parecía ser imposible, con lo cual resultaba inútil para los españoles la posesión de cualquier tierra en Asia.

Por otra parte, el rey de Portugal se mostraba inquieto y receloso de las empresas españolas en tierras que consideraba suyas, conforme a lo estipulado en el Tratado de Tordesillas. Cosmógrafos españoles y portugueses discutían acaloradamente el punto vital o sea el sitio en el cual debería colocarse la línea de demarcación en el otro lado del globo. En el lado del Atlántico se había fijado sin dificultad, de acuerdo con la modificación hecha en Tordesillas a la bula Papal de 1493. Pero como no se conocía exactamente la medida del Ecuador,

la posición de la línea en las antípodas resultaba difícil. Los portugueses, mejores cosmógrafos, sostenían que las Molucas y las Islas de San Lázaro quedaban indudablemente dentro de la demarcación portuguesa y los españoles sostenían lo contrario, todos con muy sabios argumentos, tomados en parte de las escasas medidas que se habían hecho y en parte también de las Sagradas Escrituras. Las discusiones se prolongaban, sin llegar a ningún acuerdo hasta que uno de los sabios españoles dio con la única solución posible: ya que la ciencia no alcanzaba a resolver la cuestión, sólo quedaba la posibilidad de dirimirla a estocadas.

Pero el emperador, ocupado como estaba en los asuntos de Europa, no quería guerra con el rey de Portugal, sobre todo por una cuestión tan lejana y tan vaga como el Maluco, que le resultaba a España tan cara y de tan dudosos resultados. Así, en lugar de las estocadas propuestas por el agresivo cosmógrafo español, se llegó a un acuerdo que fue firmado en la ciudad de Zaragoza, por el cual Castilla le cedía a la corona de Portugal, mediante el pago de trescientos cincuenta mil ducados de oro, todos los derechos que pudiera tener sobre las Molucas y la especiería. Así Carlos V resolvía de un plumazo el problema y concretaba la acción de los españoles a las tierras americanas.

Antes de firmarse el Tratado de Zaragoza, Pedro de Alvarado había hecho capitulaciones con el Consejo de Indias para una nueva empresa al Oriente. En 1534 tenía ya dispuesta su armada en Guatemala, cuando llegó la noticia de que Francisco Pizarro se encontraba en Perú, cercado por indios de guerra. Alvarado cambió el rumbo para ir en auxilio de Pizarro y con la idea de participar en las riquezas del Perú, cuya fama corría por todo el mundo. En lugar de riquezas, encontró trabajos indecibles al cruzar los Andes con su ejército, tales que acabó por vendérselo a Pizarro en cien mil pesos de oro de minas y regresarse a Guatemala a preparar una nueva armada para el Oriente.

Hernán Cortés envió también dos navíos en auxilio de su pariente, al mando de Hernando de Grijalva. Cuando llegó a Paita supo cómo ya había pasado el peligro de los indios y el capitán resolvió emprender por su cuenta el viaje a las Molucas. Murió durante la navegación y sus hombres, después de las acostumbradas hambres y miserias, optaron por entregarse en manos de los portugueses de Ternate. Los dos barcos

de Grijalva hicieron que llegara a diez y seis el de los perdidos en las empresas de Asia.

Con el dinero que le había pagado Pizarro, y a pesar de las protestas del Ayuntamiento de Guatemala, Alvarado armó una nueva flota para la empresa de las Molucas y llegó con ella a las costas de Jalisco, donde pensaba acabar de equiparla. El virrey de México, don Antonio de Mendoza, supo de su llegada y quiso probar también fortuna en la difícil empresa del Oriente, con lo que citó a Alvarado para que se reuniera con él en Tiripitío y pudieran tener pláticas y ver la manera de realizar juntos la empresa. Alvarado accedió y se convino hacer dos flotas, la una para la conquista de las islas de Oriente, donde no se infringieran los derechos del rey de Portugal y la otra para seguir explorando hacia el norte la costa americana. Así es probable que, según el pensamiento de don Antonio de Mendoza, tanto las Molucas como las Islas de San Lázaro quedaban fuera de los límites de la expedición, pero Alvarado sigue hablando abiertamente de que se dirige al Maluco.

El virrey nombró como su representante a un famoso marino y cosmógrafo, Ruy López de Villalobos y, terminado el acuerdo, Alvarado tomó el rumbo de la costa. En el camino oyó de cómo los vecinos de Guadalajara se encontraban en peligro por un levantamiento de indios en el Mixtón y fue en su ayuda. Con su acostumbrada petulancia quiso tomar el peñol sin esperar refuerzos, fue rechazado por los indios y, durante la fuga, un soldado llamado Montoya cayó sobre él y lo hizo rodar con caballo y todo hasta el fondo de una barranca. De esa caída murió a los pocos días en Guadalajara.

Con la muerte del adelantado, se deshizo la empresa y no fue sino hasta el año siguiente de 1542 cuando el virrey ordenó que se tomaran algunas de las naves de Alvarado para que se hiciera el viaje al Oriente. El mando se puso en manos de Ruy López de Villalobos y la armada se compuso de tres naves. Villalobos sostenía que las Islas de San Lázaro, descubiertas por Magallanes, quedaban fuera de la demarcación portuguesa, lo mismo que la isla poblada de negros que había descubierto Saavedra, así que hacia ellas dirigió su armada.

Zarparon del Puerto de la Navidad o de Juan Griego, como se llamaba entonces, el 1º de noviembre de 1542 y con buena navegación llegaron en dos meses y medio a la isla de Leite donde Villalobos tomó formal posesión del archipiélago, que

llamó en honor al príncipe Felipe, Islas Filipinas. Más tarde, al tomar posesión de la isla de Mindanao, la bautizó con el nombre de Cesárea Caroli, en homenaje al emperador.

Se supone que fue durante este viaje cuando el marino español Juan Gaetano, navegando bastante al norte de la ruta señalada a los doce grados del Ecuador, dio con las Islas Hawai. Posteriormente se perdió su posición geográfica, y no fue sino hasta fines del siglo XVIII cuando el famoso capitán inglés, James Cook las encontró de nuevo y las bautizó con el nombre de Islas Sandwich y fue muerto en ellas por los naturales. Y es probable que estas islas, al ser vistas por Gaetano, hayan sido el origen de la leyenda de las Islas Rica en Oro y Rica en Plata que, años más tarde, habrían de buscar por esos mares tanto Sebastián Vizcaíno, de México, como los holandeses.

Los filipinos no recibieron a Villalobos en paz. Los rajás, datus y demás señores locales, estaban enteramente de acuerdo en traficar con quien llegara y les trajera artículos de su gusto, pero no podían entender el deseo de los españoles de intervenir en su gobierno, su religión y sus costumbres y, peor aún, demandar vasallaje para un emperador lejano y desconocido. Por otra parte algunos portugueses, temerosos siempre de la intromisión de los castellanos en los mares y el comercio de oriente, habían advertido a los naturales en contra de los españoles, y probablemente lo mismo habían hecho los comerciantes chinos y musulmanes que pululaban por esos mares.

— Cuando Villalobos llegó a Filipinas, los musulmanes eran también recién llegados en la mayor parte de las islas. Es probable que el desastre sufrido por ellos en Malaca a manos de los portugueses los haya arrojado hacia Borneo y las Filipinas. Hay que recordar que tanto en India como en Malaca, los portugueses respetaban las vidas y haciendas de chinos, brahamanes y malayos, pero pasaban a cuchillo a todo mahometano. Huyendo de ello, destruida la gran riqueza y centro cultural de Malaca, empezaban a establecerse, fundando pequeñas fortalezas, como la que tenían en la boca del río Pásig y que con el tiempo se habría de convertir en la gran ciudad de Manila. Aunque su influencia era total en las islas del sur, como Mindanao, Sulu y Jolo, casi no se percibe en las Bisayas y muy poco en Luzón. La población de estas últimas no se había convertido aún a la religión islámica.

Por su parte los chinos, desde hacía muchos siglos, comerciaban en Filipinas, trayendo telas y cerámicas a cambio de oro,

fibras y resinas. No consta que se hayan establecido en algún punto, aunque sí se sabe que explotaban minas de cobre en el norte de Luzón. Los portugueses no tenían ningún establecimiento en el actual territorio de Filipinas, pero ya iniciaban su avance hacia China y Japón y navegaban constantemente por el Mar de China del Sur. Hay varias menciones de portugueses que traficaban en las Bisayas y de algunos que aunaban un comercio pequeño con algo de piratería.

Con un estado de cosas semejantes, los españoles se encuentran en una situación que nunca habían visto en América. No se trataba aquí de conquistar naciones de indios con culturas aisladas, autóctonas, sino de pueblos, muchos de ellos de reciente inmigración que sostenían contactos más o menos fuertes con las grandes culturas euroasiáticas. Villalobos se da pronto cuenta de este problema y de que, con la escasa gente que lleva, no podrá establecer las villas que se le han ordenado ni hacer frente a los portugueses. Decide regresar a la Nueva España y la historia se repite. No puede avanzar hacia el este por encontrar por todos lados vientos contrarios y, al intentar la navegación, pierde dos de sus naves. Buscando una posibilidad por el sur, llega hasta las costas de la isla de negros que viera Saavedra, a la que bautiza con el nombre de Nueva Guinea. De allí, enfermo, sin bastimentos, con su única nave abriéndose por todos lados, sus hombres al borde del motín, decide ir a las Molucas y ponerse en manos de los portugueses. A fines de 1544 llega a Amboina y es bien acogido por el gobernador portugués y, sobre todo, por el misionero jesuita de la isla, quien luego sería mundialmente conocido con el nombre de San Francisco Xavier. La enfermedad de Villalobos va en aumento, a pesar de los cuidados que le dan los portugueses y, al final, muere en brazos de Francisco Xavier. Uno de sus compañeros, el clérigo Cosme de Torre, impresionado por la figura y el espíritu del misionero, decide seguirlo, ingresa en la nueva Compañía y lo acompañará al Japón.

San Francisco Xavier, que era español y había visto o había oído contar todos los fracasos de sus paisanos en Oriente, en 1552 le escribe desde la ciudad de Goa al padre Simón Rodríguez en Lisboa y le dice: "Hermano mío, maestro Simón, digáis al Rey Nuestro Señor y a la Reina que por descargo de sus conciencias deberán dar aviso al Emperador o los Reyes de Castilla que no manden más armadas por la vía de la Nueva España a descubrir Islas Platáreas, porque todas cuantas fuesen, todas se han de perder."

El fracaso de Ruy López de Villalobos puso un hasta aquí de veinte años a las empresas mexicanas en las Molucas. Pero no por suspenderse las operaciones transpacíficas, se dejó de explorar la costa americana. Ya desde 1532, a su regreso de España, Cortés despachó dos barcos desde el puerto de Acapulco, bajo el mando de Diego Hurtado de Mendoza, para que exploraran hacia el norte en busca de nuevas tierras e islas, de acuerdo con las capitulaciones que había firmado con el Consejo de Indias. Cuando sus barcos cruzaban frente a las costas del actual Estado de Jalisco, uno de ellos encalló en unos bajos y se perdió. El otro, con Diego Hurtado de Mendoza a bordo, se metió mar adentro y nunca se volvió a oír hablar de él.

En su busca mandó Cortés a Diego Becerra, con otros dos navíos que tenía armados en Tehuantepec. Apenas habían salido, los dos navíos se separaron. El uno, bajo el mando de Hernando de Grijalva, el mismo que años más tarde, como ya hemos visto, ha de tomar otros dos barcos de Cortés para irse a las Molucas, se separa y descubre unas isletas que llama de Santo Tomé. Becerra, con el piloto Ortuño Jiménez, siguió la ruta hacia el norte. Becerra era altanero, incompetente y sabía muy poco de las cosas del mar. Ortuño era buen marino, piloto experimentado y hombre ambicioso. La mayor parte de la tripulación estaba compuesta por vizcaínos, paisanos del piloto. Pronto estalló el motín y Ortuño y sus cómplices mataron a estocadas a Becerra y sus parciales y se alzaron con el navío. Siguieron la ruta hacia el norte, donde esperaban encontrar tierras de tantas riquezas que, a la noticia de ellas, se olvidara el motín y la muerte de Becerra. Llegaron a la punta sur de la Baja California, que llamaron Tierra de la Santa Cruz, y Jiménez creyó que podría haber mucha perla allí, así que resolvió desembarcar con algunos de sus hombres para explorar. Apenas lo había hecho, cuando salieron unos indios de guerra, dieron sobre los españoles y los mataron a todos, con lo cual los que habían quedado a bordo dieron vuelta a la Nueva España a llevar las noticias que habían logrado sobre esa nueva tierra.

Cortés fue debidamente informado de todo, sobresaliendo en el relato la existencia de perlas en gran abundancia. Por ese tiempo se pescaba mucha perla en las costas de la actual Venezuela, en Cubagua, Coche y Margarita y la fama de esa riqueza se había extendido por todo el Nuevo Mundo. Cortés creyó que sus hombres habían encontrado algo semejante y resolvió intentar la empresa en persona. Tal vez con esas nuevas rique-

zas se olvidara el desastre de la expedición a Las Hibueras. Con tres navíos que había mandado hacer en Tehuantepec, se hizo a la vela del puerto de Acapulco en 1535, llegó hasta la California, que bautizó con ese nombre, pero no encontró ni perlas, ni indios, ni agua, ni comida. Se repetía una vez la típica escena de la conquista: gente malhumorada e inconforme, hambre, sed, enfermedades y hombres "marisqueando". Cortés vio lo apurado de la situación y envió dos barcos por bastimentos, pero encallaron en las costas de Jalisco. Por fin, con el tercero, logró salvar los otros dos y llevar comida a sus hombres, algunos de los cuales, según cuenta Bernal Díaz del Castillo, comieron tanta carne que enfermaron y murieron de ello. La empresa estaba estancada. Las pocas entradas que se hicieron no sirvieron más que para descubrir una tierra árida, muerta. No había ni donde poblar ni nada que conquistar y Cortés, siguiendo los consejos de su mujer, doña Juana de Zúñiga, y del virrey Mendoza, optó por embarcar a su gente y regresarse a México, sin pena ni gloria, aunque con muchos pesos de oro de menos.

Al año siguiente despachó a Francisco de Ulloa, quien exploró las costas de California hasta la isla de Cedros y el Cabo del Engaño, a los treinta grados de latitud norte, de donde se regresó al Puerto de la Navidad. Pero al parecer la tragedia no podía faltar en esas empresas de las costas mexicanas. A los pocos días de haber desembarcado, uno de sus hombres lo mató a estocadas en la calle.

En 1540 el virrey don Antonio de Mendoza envió a Hernández de Alarcón para que explorara nuevamente las costas californianas. Alarcón se adentró por el Golfo de California o Mar de Cortés hasta la desembocadura del Río Colorado, de donde se regresó. En 1542, cuando se envió a Villalobos a Oriente, se despachó también otra armada para aclarar definitivamente el misterio de la Baja California, considerada como península por unos y como isla por otros. Se alistaron dos navíos, el *San Salvador* y el *Trinidad*, que se pusieron bajo el mando de Juan Rodríguez Cabrillo. Iba como piloto Bartolomé Ferrelo. Llegaron hasta la isla de Cedros, pasaron adelante hasta los treinta y cuatro grados de latitud norte y descubrieron la isla de San Miguel, que Cabrillo llamó de la Posesión. Allí murió Cabrillo el 3 de enero de 1543, y Ferrelo siguió hacia el norte, hacia el Cabo Blanco, a los cuarenta y dos grados. Doblado éste, descubrió otro cabo, que nombró Cabo Mendocino, en

honor del virrey, a los cuarenta y cuatro de latitud norte. En abril de 1544 regresó al Puerto de la Navidad.

Así, para mediados del siglo XVI ya quedaba explorada toda la costa americana, desde los cuarenta y cuatro grados norte hasta el Estrecho de Magallanes. Las exploraciones mexicanas se habían encargado de recorrer el litoral hacia el norte, mientras otras empresas por tierra avanzaban, como la de Vázquez Coronado, hasta cerca del río Mississippi. Las empresas panameñas primero y luego peruanas, se habían encargado del descubrimiento de la costa hacia el sur. Con esto, con la excepción del mitológico Estrecho de Amián que se situaba vagamente al norte de la Nueva España y que buscaban incesantemente los franceses y los ingleses, ya se sabía que no había un paso practicable de un mar al otro y que si se había de conquistar tierra en Asia, tendría que ser a través de América.

Para cruzar el Pacífico desde América al Oriente se habían explorado ya tres rutas. La de Magallanes por el sur, partiendo del estrecho y remontando lentamente hasta cruzar el Ecuador y llegar a las Islas Marianas y de allí a las Filipinas y al Mar de China por el Estrecho de San Bernardino que separa Luzón de Samar. La segunda ruta, tan fácil y segura que sería llamada "la ruta de las damas" era de Acapulco a Guam en las Marianas, siguiendo el paralelo doce al norte del Ecuador. Era la de Saavedra. La tercera, del Perú a las Molucas, era la de Hernando de Grijalva, al sur del Ecuador. Lo único que faltaba por descubrir era una ruta que le permitiera a un barco de vela regresar de Asia a la Nueva España, la ruta que, sin conocerse, se llamaba ya del "tornaviaje".

Como consecuencia de todas estas empresas marítimas, en las costas mexicanas del Pacífico se había creado una población marinera, tanto de hombres de mar como de carpinteros de ribera; de cosmógrafos y pilotos, como de soldados y aventureros en busca de nuevas empresas. Los primeros astilleros se establecieron en Tehuantepec, luego en la costa de Guatemala, en Zacatula y en Acapulco. Los puertos de la altura, desde el principio, fueron Acapulco y la Navidad, pero Acapulco triunfará finalmente y se quedará con la mayor parte del tráfico, gracias a su cercanía a la ciudad de México, la seguridad de su bahía y los vientos y corrientes seguros para entrar y salir de ella. Tan sólo hasta principios del siglo XIX San Blas, en Nayarit, pretenderá arrebatarle su lugar a Acapulco.

Las cosas del mar cobraron tal importancia en la Nueva España que en 1587 se publica en la ciudad de México el primer libro de navegación y arquitectura naval del mundo. Es éste la *Instrucción náutica para el buen uso y regimiento de las naos, su traza y gobierno, conforme a la altura de México,* escrito por el famoso doctor Diego García de Palacio. El libro sería utilizado como texto durante muchos años, no tan sólo por los marinos mexicanos y españoles, sino por la marina inglesa.

Pero la Nueva España no se había convertido, como Panamá en un sitio cuya única importancia era ser paso fácil para otros reinos. Aparte de esos centros marítimos, importantes pero no vitales para la naciente república, durante los cuarenta primeros años de la colonización, se había forjado algo mucho más importante y de mucho mayor trascendencia: el mestizaje. La experiencia adquirida en las Antillas, verdadera universidad de la conquista, como le llamara tan aptamente don Carlos Pereira, había rendido sus frutos. En México no se había repetido la destrucción de las Indias. Los naturales habían sobrevivido el proceso de la conquista y de la transculturación y la mayor parte de la población de la Nueva España era indígena; una población derrotada y conquistada, pero no destruida. Y al conservar al indígena, era necesario conservar también parte de su cultura, de sus formas de vida, de sus estructuras, tanto familiares como políticas.

Así se había respetado la autoridad de los caciques y de los señores indios, por lo menos en términos generales; se había conservado la forma comunal de la propiedad de la tierra, aun dentro del sistema de la encomienda y el *calpuli* de los nahuas fácilmente se había convertido en el ejido. En muchas partes las poblaciones indígenas se habían conservado intactas, trocando tan sólo los antiguos templos por los nuevos conventos. Cerca y lejos de esas comunidades indígenas, iban naciendo las ciudades de los españoles, como la Puebla de los Ángeles, Veracruz, Valladolid. A las ciudades nuevas los españoles, por lo general, les ponían nombres que recordaran los de la patria lejana, pero las ciudades indias, la misma ciudad de México, conservaban sus nombres y, poco a poco, esos nombres empezaron a ser mestizos; el nombre indio tomó junto a sí el nombre de un santo del Calendario Romano: Santa Ana Chautempan, San Andrés Chalchicomula, Santiago Excuintla... Otros se conservaron mexicanos, pero hispanizados por la mala pronunciación de los conquistadores, como Cuernavaca (Cuauhnáhuac), Orizaba o Yucatán. La división entre las ciudades de españoles y

las de indios no era estricta. Los indios podían vivir en cualquiera y en muchas había barrios para españoles y barrios para indios. Los misioneros se encargan constantemente de la fundación de nuevas ciudades y en la mayor parte de ellas no "puebla" gente de España o criollos, sino indios cristianos. Así se fundan ciudades como San Miguel el Grande. Otras crecen, necesariamente con poblaciones mixtas, cerca de las minas que se van descubriendo, como Guanajuato, Zacatecas, Taxco y San Luis Potosí.

Sin olvidar muchas de sus artes precortesianas, los indios aprendían con extraordinaria rapidez y facilidad las artes y oficios de los europeos, lo mismo que los sistemas agrícolas y el uso de las nuevas semillas, las nuevas plantas y las nuevas bestias de tiro o de pastoreo. Así se forjaban indios pastores, vaqueros, queseros, arrieros y carreteros. Hombres y mujeres aprendían a hilar y tejer las nuevas fibras, como la lana, en telares castellanos. Otros mejoraban la cerámica con el torno y se iniciaban, como en Santa Clara del Cobre, bajo la sabia mano de don Vasco de Quiroga, en la fundición de metales.

En todo lo que se crea e inicia en esos primeros años de la pacificación de México, se observa el nacimiento y el crecimiento vigoroso del mestizaje, tanto de la sangre como de la cultura. Muchos de los conquistadores habían engendrado hijos en las mujeres indias. La mayor parte de ellos, siguiendo el ejemplo de Cortés, los reconocieron y les dieron su nombre. Cortés, al hijo que tuvo con doña Marina, le da el nombre familiar, el de su padre, Martín Cortés. El idioma se va haciendo mestizo. No tan sólo son las palabras mexicanas las que se introducen al castellano. Hay otras que llegan en los barcos españoles del Caribe y que suplantan, en cosas tan mexicanas como el maíz y el maguey a las voces nahuas. El indio aprende a decirle "tortilla" al *tlaxcalli* lo mismo que el español a la estera, *petate*. El conquistador graduado en la Universidad de las Antillas, no aporta a las tierras nuevas sólo voces españolas, sino de los otros sitios que ha visitado o conquistado. Y si el español aprende a usar el *escaupil* que lo defienda de las flechas, el indio aprende a usar del caballo, del buey y del asno.

Los misioneros dan mayor impulso a esta labor y no tan sólo en las doctrinas y en las escuelas. Olmos, Sahagún, Motolinia y otros muchos se dedican a estudiar e investigan cuidadosamente las culturas y los idiomas indígenas. Sahagún sobre todo, en su monumental trabajo, conserva para las futuras generaciones mestizas los rasgos fundamentales de la cultura nahua. Y al estudiar esas culturas se enamora de ellas, se enamora de los idiomas y los defiende y trata de conservar tanto entre naturales como entre mestizos todo aquello que es bueno en las viejas culturas y que no va en contra de los preceptos de la moral cristiana. Así vemos como la vida india, totalmente descoyuntada por la conquista, se va convirtiendo con asombrosa rapidez en una vida mexicana, con profundos rasgos indios y enormes aportaciones españolas. En otras palabras, en los primeros cincuenta años de la pacificación y cristianización de México se ha creado una nueva cultura, que no es española, que no es indígena, que es mestiza y por lo tanto mexicana. Ha surgido en la historia el hombre mexicano.

En el primer documento impreso acerca de la expedición de Miguel López de Legazpi a las Filipinas se ve ya expresado claramente este concepto, tanto por el anónimo autor de la carta como por el impresor. Dice el segundo, Paul Cortey de Barcelona, al encabezar su hoja impresa: "Copia de una carta venida de Sevilla a Miguel Salvador de Valencia. La cual narra el venturoso descubrimiento que los Mexicanos han hecho, navegando con la armada que su Magestad mandó hacer en México. Con otras cosas maravillosas, y de gran provecho para toda la Cristiandad: son dignas de ser vistas y leídas."

Por su parte el anónimo autor de la carta, que nos informa que la armada costó seiscientos mil pesos de *atipusque*, después de relatar el viaje de Legazpi y del patache *San Lucas*, termina diciendo: "Ello es cosa grande y de mucha importancia: y los de México están muy ufanos con su descubrimiento, que tienen entendido que ellos serán el corazón del mundo."

Como se ve, tanto el impresor como el autor hablan de los mexicanos promotores de la empresa como distintos de los españoles. Son los de México los que se sienten ufanos, los que se creen ya ser el corazón del mundo con el descubrimiento que han hecho. El que se diga que la empresa es "mexicana" tiene su importancia. Hay que recordar que las grandes empresas de la conquista no partieron de España directamente, sino de alguna de sus posesiones: la de México salió de Cuba; la de Perú se inició en Panamá; la de Santa Fe de Bogotá en Santa Marta. Sin embargo, no se dijo nunca que la empresa cortesiana fuera una empresa cubana o la de Pizarro panameña. Eran empresas de españoles y así se les llamaba. El hecho de que la empresa de Legazpi reciba desde un principio el nombre de

mexicana nos indica que en la mente de los hombres de ese tiempo había ya un distingo entre lo que era español y lo que era mexicano, y que lo mexicano ya se reconocía como una cultura distinta a la española.

CAPÍTULO IV

LA EXPEDICIÓN MEXICANA

Para el año de 1560 parecían terminadas ya las grandes empresas de descubrimiento y conquista de los españoles. Ya América se había recorrido en su mayor parte. Cabeza de Vaca, Soto, Vázquez de Coronado, al norte de la Nueva España. Felipe de Hutten, Ordaz, Jiménez de Quesada, Orellana, en la gran cuenca amazónica y del Orinoco. Almagro y Ercilla en Chile. Caboto, el Río de la Plata hasta la Asunción de Paraguay. Ya hemos visto cómo el conocimiento de las costas era completo y no se habían hallado reinos como Perú o México o Santa Fe de Bogotá. Muchos conquistadores viejos habían gastado sus haciendas y algunos sus vidas en esas empresas, como Ordaz en el Orinoco o Cabeza de Vaca en las selvas del Chaco. Todos ellos van a fracasar como el mismo Cortés en las Hibueras y en California o Gonzalo Pizarro en el Amazonas.

Los hijos de los conquistadores que enriquecieron, los menos por cierto, no quieren saber de nuevas empresas. Se conforman con vivir en México, en Lima o en España y gozar de sus rentas. Pero hay otros muchos conquistadores que no han hecho fortuna, que en sus conquistas tan sólo han ganado heridas, enfermedades y miserias. Son los inconformes, los rebeldes a toda autoridad que trate de organizar la vida americana. Son los que van a seguir a Lope de Aguirre en sus aventuras de loco, los que se van a embarcar con Mendana o con Quiroz. Tanto virreyes como gobernadores tratan de encontrar empresas en las cuales utilizarlos o, por lo menos, alejarlos de las ciudades donde su presencia es un peligro para la paz pública, sobre todo en el Perú. Las grandes rebeliones de Gonzalo Pizarro y Hernández Girón están aún frescas. Hay otras muchas

pequeñas como la del tirano Lope de Aguirre o los constantes motines en los barcos que van a explorar.

Y llega también gente de España en busca de nuevas empresas donde ganar fama y dineros. Con la abdicación de Carlos V, el imperio se ha separado de España y ya son menos los asuntos que tiene España en Europa. El poder del islam ha sido roto en el Mediterráneo. Para los castellanos no quedan más que Flandes y las Indias americanas. Pero en las Indias ya no se trata de nuevas conquistas, sino de consolidar, de administrar, de organizar. Y los castellanos no van a abandonar sus tierras para ir a destripar terrones a las Indias. Todos se sienten Hernán Cortés o Pizarro sin Méxicos ni Perús.

Los virreyes de México y del Perú se dan cuenta de la necesidad que hay de abrir nuevos caminos a las empresas. Ya no hay campo para ellas en América. El norte de México ha probado ser un desierto inútil. La cuenca amazónica no tiene riquezas utilizables; tampoco las pampas argentinas o el Chaco. No queda más rumbo que el del Pacífico y hacia él se dirigen nuevamente los ojos de México y del Perú. Del primero surgirá la empresa de Filipinas, cuyas huellas existen aún. Del segundo tan sólo quedan recuerdos y algunos nombres españoles regados por el Gran Océano, como las Islas Marquesas, Florida, Guadalcanal, Espíritu Santo, Islas Salomón y Estrecho de Torres.

El 24 de septiembre de 1559, Felipe II firmaba en Valladolid una carta para su virrey en la Nueva España, don Luis de Velasco, en la cual le ordenaba: "Os mando que para hacer dichos descubrimientos envieis dos naos del porte y manera y con la gente que allí pareciere, los cuales envieis al descubrimiento de las Islas del Poniente y hacia los Malucos, que procuren traer alguna especiería para hacer un ensayo de ella y vuelvan a la Nueva España, para que se entienda si es cierta su vuelta."

El mismo día le escribió a fray Andrés de Urdaneta, fraile agustino en el Convento de San Agustín en la ciudad de México, diciéndole: "Yo he sido informado que vos, siendo seglar, fuisteis en la armada de Loayza, pasasteis el Estrecho de Magallanes y a la Especiería, donde estuvisteis ocho años en nuestro servicio. Y agora Nos habemos encargado a don Luis de Velasco, nuestro visorrey en esa Nueva España, que envía dos naves al descubrimiento de las Islas del Poniente, hacia los Malucos... Yo vos ruego y encargo que vayáis en los dichos navíos y hagáis lo que por dicho Visorrey os fuere ordenado."

Andrés de Urdaneta efectivamente había tomado parte en la empresa de Loayza y en todos los desastres de esa navegación. Había visto también el fracaso de Saavedra Cerón al tratar de regresar a la Nueva España y, por fin, los portugueses lo repatriaron por la vía de Lisboa. Pasó a la corte española y expuso allí sus teorías acerca del tornaviaje por el norte, inspiradas probablemente en la experiencia de Saavedra y su piloto. Según él, si las corrientes de vientos cerca del Ecuador iban de este a oeste, en el norte y en el sur debía haber otras que fueran en sentido contrario. Las situaba arriba de los cuarenta grados norte. Ya hemos visto cómo Saavedra, antes de su muerte, ordena que se navegue por lo menos hasta los treinta y cinco grados, cómo esto se hace y no se encuentran los buenos vientos. Esa experiencia aunada a su gran conocimiento del mar y la cosmografía, hizo probablemente que Urdaneta pensara en la posibilidad de ir aún más al norte. En España trabó amistad con don Pedro de Alvarado que estaba allí tratando su viaje al Maluco y regresó con él a Guatemala. Iba a tomar parte en la expedición de Alvarado y, a la muerte de éste, no sabemos por qué causas, no zarpa con Villalobos y queda en México en varios cargos fiscales, hasta que en 1552 ingresa a la Orden de San Agustín y profesa en el convento de la ciudad de México.

Las tesis de Urdaneta evidentemente eran bien conocidas en España y habían llegado a oídos de Felipe II. Por lo tanto, al ordenar a su virrey que hiciera el viaje en busca de especias, le manda que se busque sobre todo la ruta del "tornaviaje" y que vaya fray Andrés en la Armada para verificar la verdad de sus teorías.

Urdaneta, al recibir la real orden, prepara tres rutas posibles para la expedición que organiza don Luis de Velasco. Una de ellas es para ir a las Filipinas directamente, otra a la Nueva Guinea y la tercera al Japón. En el memorial que envía al rey en 1560 explica dichas rutas y las fechas en las cuales se debe partir de la Nueva España para cualquiera de ellas. Pero es indudable que el viaje a Filipinas le repugnaba por razones de conciencia, ya que añade: "podría haber algún inconveniente o escrúpulo en hacer la navegación que Vuestra Magestad manda hacer... pues es manifiesto y está claro que la Isla Filipina, no solamente cae dentro de los términos del empeño (el Tratado de Zaragoza) sino que la punta que sale a la parte del Levante, está en el meridiano de las islas del Maluco y

el asiento o concierto de lo capitulado es que ninguna de las armadas de Vuestra Magestad ni de sus vasallos pueda entrar, ni poblar, ni contratar ..."

Por lo tanto Urdaneta sugería que se hiciera la empresa para la isla de la Nueva Guinea, que daba muestras de ser rica, o para el Japón, ya que esas dos quedaban fuera de la demarcación portuguesa y fuera de lo pactado en el "empeño". En esta forma no se violarían los derechos del rey de Portugal ni se "cargaría la real conciencia".

No sabemos con exactitud cuál era el pensamiento de Felipe II al ordenar a don Luis de Velasco la empresa sobre las islas del poniente, ni qué entendía por dichas islas. Ya hemos visto la opinión de Urdaneta que, es seguro, pesaba mucho, tanto por ser tan buen cosmógrafo y conocedor de aquellas tierras, como por su indudable rectitud moral. Las grandes polémicas sobre el derecho de conquista, iniciadas por Las Casas y seguidas luego por Motolinia, Palacios Rubio, Sepúlveda y Vitoria habían modificado grandemente el pensamiento español en este punto. Ya no se creía en el derecho de conquista basado exclusivamente en la donación Papal. Para unos se podía conquistar tierra de infieles por el bien que se hacía a los naturales al salvarlos del poder del demonio. Otros, con Sepúlveda, justificaban la conquista haciendo ver que el gobierno de los señores naturales era tiránico. Otros más sostenían que tan sólo se podía conquistar si los conquistados aceptaban libremente el predominio del rey de España y la religión católica. Este pensamiento afecta mucho la conquista de Filipinas y vemos cómo para fines del siglo XVI se ordena investigar la libre voluntad que pudieran tener los filipinos de sujetarse a la corona de Castilla. Asimismo Toledo en Perú había investigado prolijamente el origen tiránico del reino incaico para justificar la posesión española. Pero fuera cual fuera el derecho de conquista, quedaba en pie el punto mencionado por Urdaneta. Una expedición a las Molucas o las Filipinas iba en contra de lo pactado en Zaragoza, en contra de un tratado internacional, libremente suscrito por Carlos V.

El virrey don Luis de Velasco parece haber estado de acuerdo con la tesis de Urdaneta y hablaba de que la armada iría a las Molucas tan sólo a rescatar a los españoles que aún se encontraban allá, para dirigirse luego a la Nueva Guinea o al Japón. En contra de esto estaba el conocido piloto Juan Pablo Carreón, quien había estado en Oriente con Villalobos y sostenía que las Islas Filipinas quedaban indudablemente dentro de la demarcación española y fuera de lo pactado en Zaragoza. Además afirmaba que era absurdo hacer la expedición a la Nueva Guinea, que era tierra de negros, sin especias y sin valor alguno. Su opinión, por lo menos en lo que se refiere a la Nueva Guinea, pesaba mucho, porque él había estado allí y Urdaneta no.

Mientras se alistaba la flota y se seguía discutiendo su destino final, murió en junio de 1564 el virrey, y el gobierno de la Nueva España quedó en manos de la Audiencia y del visitador real don Jerónimo de Valderrama, amigo de Carreón. Tal vez con el ánimo de evitar más discusiones que pudieran atrasar la salida de la flota, la Audiencia ordenó al hombre escogido como capitán general, Miguel López de Legazpi, que zarpara y puso en sus manos un pliego cerrado, con instrucciones de abrirlo cuando se encontrara a cien leguas de la costa y que allí vería el lugar al cual se debía dirigir.

Miguel López de Legazpi era natural de las provincias vascongadas, hombre ya de edad, que había servido lealmente en la Nueva España durante más de treinta años. Parece ser que era pariente y no tan sólo paisano de Urdaneta. Lo que es indudable es que era un hombre prudente y capaz, que había asimilado profundamente las enseñanzas de la conquista de México. La flota que se puso en sus manos consistía en dos naves gruesas, un galeoncete, un patache y una fragata. Iban a bordo trescientos ochenta hombres, entre soldados y gente de mar, con cinco sacerdotes agustinos, entre los cuales se destacaban fray Andrés de Urdaneta y el padre Rada, también cosmógrafo. Los ciento noventa soldados iban bajo el mando del maestre de campo Mateo del Saz y de Martín de Goiti. Como tesorero real iba Guido de Lavezares. Uno de los nietos de Legazpi, Felipe de Salcedo, criollo de la ciudad de México, acompañaba a su abuelo.

La cantidad de gente que iba en la armada nos indica que ya se pensaba en establecer un puesto permanente o colonia en las Filipinas, aunque no es de creerse que se pensara, con tan sólo ciento noventa soldados, iniciar una conquista total. Ya los españoles tenían un conocimiento bastante exacto de las islas, sobre todo las del sur, y habían visto la abundancia de naturales que había en ellas. Tenían que tomar también en cuenta el peligro de los musulmanes, lo mismo que el de los portugueses, así que no es de creerse que se hicieran ilusiones

de poder realizar todo aquello con tan pocos hombres. Por otra parte, si se trataba sólo de rescatar a los españoles que estuvieran aún en Oriente, adquirir especias y buscar la ruta del tornaviaje, eran demasiados soldados los que se llevaban. Probablemente el plan completo era el de dejar una fuerza en las islas, que investigara las posibilidades de una conquista total, mientras uno o dos de los navíos buscaban la ruta del regreso. Si ésta era factible, se mandarían refuerzos, como se hizo efectivamente. Si no lo era, los españoles que se habían quedado allá regresarían por la ruta portuguesa a España.

El 21 de noviembre de 1564 zarpó la armada del Puerto de la Navidad y el día 25, considerando que ya se encontraban a cien leguas de la costa mexicana, Legazpi convocó mediante el disparo de un cañón a los capitanes y gente importante para que se reunieran a bordo de la capitana. Hecho esto, ante el escribano real, Hernando Requel, y con las ceremonias acostumbradas, se abrió el pliego de instrucciones de la Audiencia. Andrés de Urdaneta se llevó la sorpresa más desagradable de su vida. Las órdenes eran precisas y terminantes. La armada debería dirigirse a las Islas Filipinas, establecerse en ellas en el lugar que mejor pareciera para el tráfico de las especias y despachar de regreso a México a una de las naves para ver si la ruta pensada era posible. Urdaneta, a pesar de lo que pensara, no tenía más remedio que cumplir con la orden y hacer lo posible por llevar una nao de regreso a la Nueva España. Más tarde en Madrid va a protestar, pero por lo pronto, ya en el mar, no tiene más remedio que seguir las instrucciones.

A los pocos días de navegación y por razones más tarde harto discutidas, el patache *San Lucas*, bajo las órdenes de Alfonso de Arellano y del piloto Lope Martín de Ayamontes, se separó de la flota y no volvió a reunirse con ella. El nueve de enero Legazpi y sus hombres dieron con unas islas bajas a los nueve grados de latitud norte. Vieron que estaban pobladas y cubiertas de cocoteros, así que el capitán general ordenó a su nieto Felipe Salcedo y a Urdaneta que desembarcaran y tomaran posesión de ellas a nombre del rey de España. Fray Andrés consigna su primera impresión de los micronesios: "El indio era muy dispuesto y las mujeres de buen gesto, andaban vestidos de palma, de unos *petates* que ellos hacen muy delgados y primos; había muchas gallinas de Castilla y muchos pescados y cocos; había *canoas* muy pulidas y anzuelos de hueso y redes; llevan el cabello suelto y luengo." También observó con sorpresa, acos-

tumbrado como estaba ya a la abundancia de cerámica en México, que no tenían objetos de barro.

En la primera descripción que hace Urdaneta de los habitantes de estas islas, probablemente algunas del archipiélago de las Marshall, parece poner ya en el idioma que usa el tono de la conquista de Filipinas. Se emplearán en ella palabras mexicanas y sistemas mexicanos. Los cronistas españoles como Herrera, Oviedo o Gomara nunca hubieran dicho que los indios andaban vestidos de *petates*. Tal vez ni hubieran entendido la palabra. Le hubieran llamado esteras o tejidos de palma. Pedro Mártir, en lugar de *canoa* hubiera dicho "monoligno".

El 24 de enero llegaron al Archipiélago de Ladrones o Marianas, del cual tomaron también posesión, aunque no se traba de un nuevo descubrimiento y el veinte de febrero arribaron a la isla de Samar y Legazpi tomó formalmente posesión de ella y de todo el archipiélago en nombre de Felipe II. En la isla de Leite fueron bien recibidos por el rajá Malitec, pero cuando llegaron a Bohol se encontraron el pueblo desierto, porque todos los naturales habían huido a los cerros al saber que se acercaba la armada. Desembarcaron los españoles y les enviaron toda suerte de recados de paz, atrayéndolos para que salieran a la playa. Allí encontraron a un marino musulman, natural de Borneo quien le explicó a Legazpi la causa de la actitud de los naturales. Dos años antes habían arribado a la isla ocho barcos pequeños con soldados portugueses, quienes dijeron ser españoles e hicieron toda clase de tropelías entre el pueblo. Legazpi no quiso entrar tierra adentro en son de guerra, aunque tenía fuerza suficiente para hacerlo, sino que siguió enviando mensajes de paz y amor al rajá Sicatuna, explicándole cómo no venían a dañar a sus súbditos, sino a ayudarlos y a defenderlos de sus enemigos. También, en sus mensajes, se cuidó de explicar cómo los que habían llegado antes no eran españoles y vasallos de su rey don Felipe. Sicatuna acabó por convencerse y salió a entrevistarse con el español. Los dos caudillos firmaron un pacto de amistad que se selló a la manera malaya, tomando ambos una copa de vino con sangre de los dos.

Al firmar este pacto, Legazpi seguía la costumbre establecida ya por los españoles en la conquista de América, de tratar de hacer sus conquistas en paz, con alianzas con los naturales. Así lo habían hecho, entre muchos otros, Vasco Núñez de Balboa con el cacique Careta y Hernán Cortés con el Senado de Tlaxcala. De Bohol partió la armada para Dapitán, donde fueron

recibidos en paz y se les unió el hijo del rajá local, de nombre Manoc, quien al ser bautizado recibió el de Pedro Manuel. El 27 de abril llegaron a la ciudad de Cebú, isla del mismo nombre, cerca de donde había sido muerto Magallanes.

El rajá recordaba a los españoles y el mal trato que su padre les había dado después de la derrota de Mactán, cuando quisieron matar a todos los sobrevivientes en una emboscada. Temeroso ahora de que se tratara de una venganza, recibió a Legazpi en pie de guerra. Hubo un beve combate en el cual vencieron los españoles y el rajá Tupas, confiando en la palabra y promesas de Legazpi, se rindió y firmo el vasallaje al rey de España. Los españoles desembarcaron y se establecieron allí. Legazpi dio órdenes terminantes para que no se molestara en nada a los naturales, ni se les quitara comida por la fuerza y que se siguiera tratando al rajá como al señor del lugar, en todo lo cual vemos que había aprovechado, como hombre prudente que era, lo que observara en la Nueva España.

Establecido ya en Cebú, que parecía ser rico en mantenimientos para su tropa, el primero de junio de 1565 Legazpi despachó al galeón *San Pedro* para que buscara la ruta a la Nueva España. Llevaba como capitán a Felipe de Salcedo, como piloto mayor a fray Andrés de Urdaneta, y a Rodrigo de Espinosa como segundo piloto. Se iba a poner a prueba la teoría del agustino de la cual dependía la posibilidad de establecer una colonia española en Asia. Se embarcaron agua y provisiones suficientes, así como un cargamento de especias, conchas y algunas otras "muestras de la tierra". El *San Pedro* desembocó al Pacífico por el mismo Estrecho de San Bernardino que, más tarde, se llamaría Embocadero de Acapulco y puso proa al norte, hasta llegar a los cuarenta y cuatro grados. El 26 de septiembre, después de ciento veinte días de navegación, vieron las costas americanas en la Alta California. Así quedaba comprobada la tesis de fray Andrés de Urdaneta y se abrían para España y México los caminos del Gran Océano y del Oriente. El Pacífico podía navegarse en cualquier sentido y la imposibilidad del tornaviaje era un mito más, entre los muchos que habían desaparecido desde los principios de la navegación ibérica, más de un siglo antes. El momento era propicio para este nuevo descubrimiento español y mexicano. El mismo Urdaneta da a conocer sus temores ante la noticia de que los franceses han encontrado el ansiado Estrecho de Amián por el norte de América. Si eso es cierto, van a navegar pronto por el Pacífico

y los mares de Oriente que México y Perú no podrán proteger nunca si no cuentan con una ruta para el tornaviaje.

A su llegada a Acapulco, puerto que Urdaneta prefería al de Navidad, se enteraron con gran sorpresa de que el perdido patache *San Lucas* había anclado en el Puerto de la Navidad el 9 de agosto, después de haber navegado, según su capitán don Alfonso de Arellano y su piloto Martín de Ayamontes, hasta las Filipinas y vuelta. Era por lo tanto el primer barco que lograba el tornaviaje. Lo que no se había logrado en cuarenta años de intentos, lo lograban dos barcos, uno un patache mínimo, en el mismo año de 1565. Urdaneta y Salcedo no creyeron la historia de Arellano y su piloto y los acusaron de deserción y de haber inventado el viaje.

Arellano había presentado ya un relato de su viaje y tanto su piloto con los otros diez y ocho tripulantes lo habían certificado. Según ellos, el 1º de diciembre el patache se había separado de la armada, en una mar gruesa que, si bien no ponía en peligro a las naves grandes, impedía la navegación del pequeño patache abierto, y estaba a punto de anegarlo. Al ver que se apartaban del resto de la flota y se venía encima la noche, pusieron un fanal en la popa, para que los otros barcos los vieran. La medida resultó inútil y al amanecer se encontraron solos. El piloto, con cierta razón, creyó que el resto de la flota había pasado adelante, con lo cual resolvieron seguir la ruta que se les había señalado. Iban en el patache veinte hombres en total y cuando se separaron su situación no era muy buena: "Mal apercibidos, tanto que ni un *escaupil*, ni una rodela, ni una munición para los arcabuces de los soldados nos dieron, que todo lo guardaron para dármelo en el mar", dice Arellano. El 15 de enero llegaron a unas islas donde los naturales lo recibieron en son de guerra y, aunque tenían necesidad de bastimentos, no pudieron hacer nada por no llevar armas bastantes. Arellano comenta: "Ya no había en el navío cosa que de comer fuese, porque lo que nos dieron en el Puerto de la Navidad estaba todo podrido y dañado, no por falta de beneficio, sino que debió ser constelación de la tierra; además de esto estábamos tan desproveídos de todo lo necesario, ansí de jarcias como de bastimentos y armas que por momentos temíamos morir."

Siguieron adelante, con la esperanza de encontrar el resto de la armada, sin poder desembarcar en ninguna de las islas que vieron, temerosos de ser atacados. Por fin, el 29 de enero descubrieron las costas de Mindanao. Se proveyeron de agua y

pudieron comerciar con el rajá local, quien les trocó por rescates, los víveres que tanto necesitaban y les dio permiso para sacar el patache a tierra y repararlo, mientras esperaban noticias de la flota. A los pocos días de estar en el puerto, algunos de los marineros se quisieron amotinar, pero Arellano pudo someterlos y se terminó la reparación de la nave. Los naturales daban ya muestras de no estar contentos con sus forzados huéspedes y Arellano, temeroso de un ataque, resolvió zarpar el 22 de abril, sin esperar más tiempo a la flota, de la cual no había oído hablar y que ya daban por perdida o de regreso a México. Así ante ellos se abrían dos posibilidades: la más segura era ir a Amboina o Ternate y entregarse en manos de los portugueses que, con el tiempo, los habrían de regresar a España, como ya era costumbre. La otra posibilidad era la de intentar el tornaviaje, con grandes posibilidades de fracaso, debido a lo desconocido de la ruta, lo pequeño del navío y la falta de armas y bastimentos. Optaron por el tornaviaje en la ruta que había trazado fray Andrés. Para ello contaban con una carta da marear en la cual, según Arellano: "A los cuarenta y tres grados no había en la carta más mar."

Sin perder tiempo tratando de forzar la ruta cerca del Ecuador, se remontaron hasta el punto donde no había más mar en su mapa y, con buenos vientos de popa, el 16 de julio dieron con tierras de California y el 9 de agosto llegaron por fin al Puerto de la Navidad, después de pasar una tormenta tal que se creyeron perdidos, ya con el objetivo final a la vista. En esa tormenta hicieron votos de llevar, si se salvaban, el palo de mesana y el papahigo en peregrinación a la ermita de la Virgen de Guadalupe en México.

Mucho se ha discutido, desde el principio, la veracidad del relato de Arellano, y Urdaneta negaba la posibilidad de tal viaje en un barco como el patache. La investigación moderna, ya sin las pasiones de aquellos tiempos, nos hace creer en la veracidad del relato, por lo menos en sus rasgos principales. La relación que hace Arellano de Mindanao y sus naturales puede haber sido tomada de cualquier relato de marinos anteriores y no es difícil pensar que alguno de sus compañeros, tal vez el mismo piloto Lope Martín, hubieran estado antes allá con Villalobos. La explicación de cómo se separaron de la flota en una mar gruesa es extraña. El mismo Urdaneta señaló que no había habido ni tormenta ni mar gruesa en esos días y que nadie vio el famoso fanal que pusieron en la popa. Pero, por otra parte, no es de creerse

que marinos experimentados, como tenían que serlo para hacer un viaje así, se seperaran voluntariamente de la armada sin llevar los bastimentos necesarios, sin armas y pocos repuestos para la nave que llevaba, como dice Arellano usando un nahuatlismo: "las velas amarradas con *mecates*". Pero hay un dato que nos demuestra que el viaje se llevó a cabo indudablemente. Arellano dice que a los treinta grados de latitud "descubrimos un peñol del tamaño de una casa pequeña y tan alto que dudo haber en el mundo torre más alta". Mucho tiempo se negó la existencia de este extraño peñol hasta que en 1788 el capitán John Meares, de la fragata de su majestad británica *Felice,* lo vio y situó exactamente a los 29.50 grados norte y 157.4 grados al este de Greenwich. Lo describe como una roca que emerge del mar, sin playas ni tierra a su alrededor y con una altura aproximada de trescientos cincuenta pies. Al principio los marinos ingleses creyeron que se trataba de un galeón español con todo el velamen desplegado. Esta roca nunca se ha vuelto a ver y se supone que ha desaparecido en el mar, pero el hecho de que Arellano la mencione y sitúe exactamente en el sitio donde doscientos años más tarde la viera el capitán Meares, atestigua la verdad de su relato. El hecho de que no haya encontrado al resto de la flota ni haya oído hablar de ella en Mindanao es creíble, ya que Legazpi entró directamente al Mar de China por el Estrecho de San Bernardino, muy al norte de Mindanao y de allí fue a Cebú sin tocar en las islas del sur del archipiélago.

Por todos estos datos, debemos creer que Arellano efectuó el viaje como lo dice y que fue el primer navegante que pudo hacer el tornaviaje. El que lo haya hecho en un barco tan pequeño y en tan malas condiciones, sin perder un solo hombre, demuestra que ya por esos tiempos los marinos de las costas mexicanas en el Pacífico eran consumados navegantes.

Como ya se ha dicho, Salcedo y Urdaneta pusieron pleito a Arellano y su piloto por deserción, pero el asunto no prosperó y la Audiencia en México creyó lo dicho por los tripulantes del patache. Urdaneta pasó a España a dar a conocer los resultados de su empresa y hacer ver, una vez más, la injusticia que se hacía a Portugal al ocupar tierras en Filipinas. Sus alegatos no gustaron a los del Consejo de Indias, que estaban seguros que con la nueva colonia y la ruta abierta en el Pacífico tenían en sus manos todas las riquezas de Asia. Sin honores y sin la mitra que todos esperaban que se le diera, Urdaneta se regresó al convento de la ciudad de México, donde lo encontró la muerte.

CAPÍTULO V

LA CONQUISTA DE FILIPINAS

Legazpi y sus hombres quedaron en Cebú aguardando refuerzos y nuevas instrucciones, y pronto empezaron a vivir las tragedias de toda conquista: el hambre, las enfermedades y las divisiones internas. Los naturales, ya pacificados desde la primera batalla, no traían comida suficiente, y Legazpi, con cautela y justa razón, prohibía que se les hiciera fuerza o se les arrebatara la comida que no quisieran vender libremente. Legazpi se dio cuenta de que, con los hombres y recursos que tenía, no podría ocupar el territorio de las islas, pobladas por gente belicosa, que conocía las armas de fuego y el arte de la navegación. La única política a seguir era la de Hernán Cortés: pacificar, atraer, formar alianzas y, a la vez, demostrar que los españoles eran mejores soldados, tenían mejores armas y más disciplina.

Así las cosas Legazpi logra, empresa no fácil, resistir un año en espera del socorro ofrecido. No era empresa fácil, dado el carácter violento siempre de los soldados cuando no tienen nada que hacer, cuentan con poca comida y no ven perspectivas de oro y riquezas. El hecho de que Legazpi haya podido controlar a sus soldados y mantener las relaciones pacíficas con los cebuanos, demuestra su gran habilidad y lo mucho que la experiencia mexicana había influido en su pensamiento.

Por fin llega el galeón *San Jerónimo* que había salido de Acapulco el 1º de mayo de 1566, bajo el mando de don Pedro Sánchez Pericón, cargado de soldados, armas y bastimentos. Pero este socorro no llegó completo. Como piloto iba nada menos que Lope Martín de Ayamontes, el cual deseaba todo menos encontrarse con Legazpi, quien seguramente lo mandaría ahorcar como desertor. Sánchez Pericón no era hombre de mar, y al parecer ni muy

inteligente ni precavido. Bajo sus mismas narices Lope Martín agitó a la gente del galeón para que se amotinara, haciéndoles ver lo mucho que podrían ganar alzándose con el navío y yendo al Mar de China a comerciar y piratear por su cuenta. Una noche se reunieron los amotinados, dieron sobre Sánchez Pericón y su hijo, los mataron a estocadas y se levantaron con la nao. Muchos de los otros tripulantes, especialmente los clérigos y los oficiales reales, no querían emprender esa nueva vida de piratas, y la situación era tensa a bordo. Lope Martín pensó que el mejor remedio era el abandonar a todos los que no estaban de acuerdo con él en la primera isla que encontrarían. A los pocos días dieron con una deshabitada. Lope Martín y algunos de sus parciales bajaron a tierra para reconocerla y para ver si podían dejar allí a sus enemigos. Mientras estaban en tierra, los que habían quedado en el barco dieron sobre la guardia, la vencieron, desembarcaron a los amotinados y zarparon hacia Filipinas. De Lope Martín de Ayamontes, el primer piloto que lograra llevar una nao de Filipinas a la Nueva España, y de sus veintiséis cómplices no se volvió a oír nunca.

Mermado así el socorro, no sirvió de gran cosa, sino fue para asegurar a Legazpi que en México no se le olvidaba y que el tornaviaje era factible, con lo cual la colonización de Asia se hacía viable. En 1569 llegó Felipe de Salcedo, con su hermano Juan y un buen socorro en hombres, armas y bastimentos, con lo que se pudo iniciar ya efectivamente la conquista de las Islas. Felipe de Salcedo trajo para su abuelo el nombramiento de gobernador y capitán general de Cebú y de las otras islas y tierras que conquistase para la corona de España. Hasta ese momento nunca había quedado muy claro el punto de si las instrucciones de Legazpi eran tan sólo de rescatar o de conquistar, y muchos de sus hombres estaban seguros de que muy pronto habrían de regresar ricos a la Nueva España. Pero ya resuelto el problema del tornaviaje, España parecía empeñada en extender su imperio hasta el Asia.

Con el socorro que le llegaba y el nombramiento real, Legaspi inició la verdadera conquista del archipiélago. Durante los cuatro largos años de espera, tan sólo había hecho algunas entradas y exploraciones por las islas cercanas, generalmente en busca de comida. El desencanto había surgido entre los hombres cuando un comerciante de Borneo, que acertó a pasar por Cebú, les dijo que el sitio era muy pobre para el tráfico y que no había especias en las islas que pretendían conquistar. Les aconsejó que era

mejor ir a vender su mercancía a Borneo o a Malaca que no allí, donde no habrían de conseguir nada en rescate. Un poco se animaron cuando el maestre de campo, Mateo del Saz regresó de una entrada a Masbate con algunas muestras de oro de minas.

Pero ahora, con el socorro recibido y la firme alianza de los cebuanos, ya se podía hablar de una verdadera conquista. Ya no se trataba de rescatar especias y oro, sino de adueñarse de la tierra. A principios de 1570 salió Juan de Salcedo con treinta españoles y quinientos aliados de los sultanatos de Aklán y Mindoro a combatir a los rajás musulmanes de Mindanao. Juan de Salcedo, muy joven aún, se mostró desde un principio como un soldado experto y un capitán excepcional, que nos recuerda en algo la figura de Gonzalo de Sandoval en la conquista de México. En su primera empresa a Mindanao logró una victoria rápida, una buena cantidad de oro y se ganó la confianza y admiración de sus aliados malayos.

Al regreso de Salcedo, el 1º de enero de 1571, Legazpi funda oficialmente la Villa del Santísimo Nombre de Jesús de Cebú y los padres agustinos establecen allí su primera doctrina y convento. Unos soldados han encontrado una imagen de un Niño Dios que dejara allí Magallanes cincuenta años antes. Está perfectamente conservada y de allí el nombre y la advocación de la nueva villa. Es ésta la primera ciudad hispanomexicana que se funda en el Oriente.

Mientras Felipe de Salcedo hacía su expedición hacia el sur, Martín de Goiti sale con ciento veinte españoles y seiscientos aliados hacia el norte para explorar la isla de Luzón, casi desconocida hasta esos momentos. Goiti ha oído decir que hay una bahía extraordinaria en esa isla y, cuando llega a ella, ve que hay dos fortalezas musulmanas en la boca de un río. Las fortalezas se llaman Maynailan y Tondo, y el río es el Pásig. De la primera fortaleza, defendida con artillería, era señor el rajá Solimán. Goiti quiere hablarles de paz, pero no lo logra y se ve obligado a tomar la fortaleza al asalto. Solimán se repliega al otro lado del río, reúne a toda su gente y obliga a Goiti a embarcarse de nuevo. A su regreso a Cebú, Goiti pondera en tal forma la bahía que ha descubierto, sus ventajas como puerto seguro y amplio y la riqueza que hay alrededor del río Pásig en campos de arroz, que al año siguiente Legazpi va allá en persona con doscientos diez españoles y un millar de aliados. Los rajás musulmanes tratan de defender sus fortalezas, se libra una batalla en el río y muere Solimán. Sobre su fuerte funda Legazpi la actual ciudad

de Manila y la declara capital del reino, al que pone el nombre de Reino de la Nueva Castilla.

Desde su capital en construcción, Legazpi envía a Martín de Goiti y Juan de Salcedo a terminar la pacificación de la isla con tan buena fortuna que casi sin combatir logran sujetar a los señores de Luzón, con la excepción de las montañas, donde las tribus primitivas siguieron su vida sin entrar casi en contacto con los nuevos amos de las tierras que algunos siglos antes habían sido suyas.

A la muerte de Legazpi ya estaba sujeto a la corona de España casi todo el archipiélago donde no había mayorías musulmanas. El sujetar a estos pueblos, sobre todo en Mindanao, las Islas de Sulu y de Jolo y otros sitios al sur, va a ocupar la historia de Filipinas hasta el siglo XIX. Al establecer la capital en Manila, Legazpi parece haber comprendido que en Filipinas le sería imposible lograr una parte importante del comercio de las especias, que era el fin principal de toda aquella empresa. Las especias se producían muy al sur, sobre el Ecuador y las rutas del comercio iban hacia Malaca y la India, sin tocar Luzón. El mejor punto para intervenir en este comercio, sin afectar las posesiones portuguesas en las Molucas, hubiera sido al sur de Mindanao o en la costa norte de Borneo. Pero Legazpi probablemente se dio cuenta de que aun allí, relativamente cerca a la fuente de las especias, no tendría gran participación en el comercio, ya totalmente convertido en monopolio de los portugueses, con lo que la situación económica de las Filipinas, si se basaba totalmente en ese tráfico, a la manera portuguesa, sería siempre precaria. Al radicarse en Manila, muy al norte de las rutas del comercio de las especias, basaba el éxito de su conquista en la ocupación total de la tierra y en la esperanza de que ésta fuera lo bastante rica en productos exportables para sostenerse. Para esa finalidad, la situación de Manila era inmejorable, con una bahía enorme y segura, llena de pesca, rodeada por campos fértiles y con un río que la comunicaba al interior y a la gran laguna de Bay.

Legazpi ha obrado una vez más bajo la influencia de la conquista cortesiana en México, sin tomar en cuenta las experiencias que en Oriente han tenido tanto los musulmanes como los portugueses. Ha resuelto que España va a poseer el Reino de la Nueva Castilla en "señorío" y no "a rescate", como tienen los portugueses sus fortalezas y factorías en las costas de las Molucas, China, Malasia y la India. La Nueva Castilla va a ser como la Nueva España, un reino que se baste a sí mismo, donde se inicie

una nueva cultura mestiza, donde surja una nueva nación. Los españoles no son comerciantes ni tratantes en caballos, sino soldados del más poderoso monarca de la tierra. Saben cuáles son sus deberes y saben cómo cumplirlos. Entienden perfectamente la necesidad de la conversión de los naturales al catolicismo y de la progresiva hispanización, tanto de indios como de mestizos. Al poco tiempo de la muerte de Legazpi se empiezan a presentar los factores que van a hacer imposible casi este sueño en Oriente.

El 29 de noviembre de 1574 se presenta frente a Manila, con una gran flota de juncos, el pirata chino Li-Ma-Hong. En la ciudad no había más de setenta españoles con sus murallas a medio hacer. El gobernador Lavezares convoca a todos los que puedan llevar armas, pero sucede un desastre. El maestre de campo y uno de los mejores soldados en la isla, Martín de Goiti se encontraba enfermo en una casa fuera de las murallas, donde lo encuentran los piratas y lo matan, junto a su mujer. Con la ayuda de aliados tagalos, Lavezares organiza la resistencia hasta que llega Juan de Salcedo, a marchas forzadas, con cincuenta y cinco hombres más. Salcedo ordena un ataque inmediato y los chinos, sorprendidos y ya seguros de su victoria, se encuentran desordenados. Li-Ma-Hong, al ver que la empresa no es tan fácil como le habían informado sus espías, se retira a Pangasinán, donde levanta tres fortalezas y se instala con sus hombres y barcos.

La situación para los españoles era grave. Si no lograban desalojar a los piratas de sus fortalezas, se verían obligados con el tiempo a abandonar la ciudad, ya que desde Pangasinán Li-Ma-Hong podía controlar todo el tráfico de la bahía. Por otra parte, si los nuevos aliados tagalos se dan cuenta de la debilidad de los españoles, pueden romper con ellos y unirse a los chinos. Guido de Lavezares ordena que se reúnan todas las fuerzas dispersas en las islas y se organice una campaña en forma. Un año más tarde logran desalojar a los piratas.

Pocos años después los japoneses desembarcaron con fuerzas considerables en el norte de Luzón y lograron alianza con algunos de los señores locales. Así se establecieron en las bocas del río Cagayan y pusieron nuevamente en peligro a la colonia. Juan de Salcedo ya había muerto de calenturas y fue el capitán Pablo Carreón, hijo del famoso piloto Juan Pablo Carreón, quien logró expulsarlos con grandes trabajos.

Por otra parte no se lograba sujetar ni destruir el poder de los señores musulmanes en el sur. Constantemente hacían éstos irrupción en las islas y poblaciones de los bisayos, sujetos ya a Espa-

ña, y en ocasiones llegaban hasta el mismo Luzón. Los españoles se veían obligados a utilizar la mayor parte de sus hombres y recursos en esta guerra constante. Muchas expediciones se organizaron en contra de ellos, tanto a territorios actualmente filipinos como a Borneo, pero el problema siguió en pie hasta la dominación norteamericana en los primeros años de este siglo y aún ahora se sabe constantemente de actos piráticos de los musulmanes de esas regiones.

Pero no todo era desastre en la empresa del Oriente. Unos españoles habían encontrado un junco de Cantón que estaba en grave peligro de zozobrar frente a la costa. Recogieron a los tripulantes y los enviaron a la primera oportunidad a su patria, dándoles tan buen trato que los comerciantes cantoneses quedaron impresionados ante la bondad de los castellanos. Al año siguiente llegaron a Manila algunos juncos a comerciar y se inició el tráfico. Los chinos, desde hacía muchos siglos acostumbraban traficar en las Filipinas y han dejado sus huellas en casi todas las costas. Arellano dice que cerca de Mindanao, en aguas del Pacífico, encontró un junco chino, del cual tomó algunas muestras de mercancías. Ahora que con ese accidente del junco se rompía el hielo entre chinos y españoles, el comercio se establecía a toda velocidad.

Aún estaba Li-Ma-Hong en la bahía de Manila cuando llegó un embajador chino. Las crónicas dicen que era enviado por el emperador, pero es más posible que fuera un emisario del gobernador de Cantón o de Fu-Kien. Sea como fuera, era indudablemente un personaje de importancia e intervino para tratar de hacer las paces entre los chinos y los españoles. No lo pudo lograr, dada la actitud altanera de Li-Ma-Hong, pero al triunfo de los de Manila, el embajador chino recibió de sus manos a quinientos prisioneros, para que los enviara a su patria. Este gesto asombró a los chinos, quienes estaban seguros de que todos los prisioneros serían hechos esclavos o muertos.

Cuando el emisario se fue con sus prisioneros, llevando regalos para quienes lo habían enviado, lo acompañó una embajada española, compuesta por los padres agustinos, Martín de Rada y Jerónimo Martín, más el alcalde de Cebú y algunos otros. Así se establecieron las primeras relaciones formales entre chinos y españoles de Filipinas, de las cuales nació el comercio de la "Nao de China" que acabó de modificar completamente el sistema colonial que se habría de utilizar en las Filipinas.

Aún sin terminar la conquista total de las islas, se intentaron

empresas a otros sitios, como al norte de Borneo, a las costas de Anam y a Cambodia. Se exploró en parte la cuenca del río Mekong y una gran cantidad de misioneros pasaron a China y Anam. Se hicieron fundaciones en un sitio cercano a Macao, probablemente una de las islas que ahora forman la colonia inglesa de Hong Kong, que se llamó Villa del Pinal y otra en Formosa, a principios del siglo XVII, para contrarrestar el establecimiento holandés allí. Todas esas empresas fueron de corta vida y apenas si dejaron huellas. Más larga y, en cierto aspecto más trágica, fue la relación con el Japón.

Con la expedición japonesa en el río Cagayan, los conquistadores se dieron cuenta de que tenían en ellos a un enemigo peligroso y ya en 1591 el gobernador Dasmariñas informaba a Felipe II que la conservación de la colonia dependía en gran parte de las buenas relaciones que se pudieran tener con el emperador de Japón y en 1618 fray Diego de Aduarte afirma, en su *Historia de la provincia del Santo Rosario de Filipinas, Japón y China* que los japoneses son los que más se temen en las islas, porque son "valerosos y arrogantes". Las relaciones directas y oficiales se iniciaron en 1592, cuando el gobernador Dasmariñas recibió una carta de Shogún Hideyoshi en la cual proponía un tratado de comercio y que se le pagara un tributo anual. Dasmariñas, conociendo bien el peligro en que se hallaba su gobernación si se oponía abiertamente al Shogún, envió con fray Juan Cobos una respuesta mesurada, diciendo que aceptaba el trato de comercio y amistad, pero que en lo que tocaba al tributo, él no tenía autoridad para resolver en ello y que ya pedía instrucciones a su soberano, "el monarca más poderoso del mundo". Así, pensaba él, evitaba la cólera de los japoneses y les hacía saber quiénes eran los españoles.

La actitud de Hideyoshi, uno de los más grandes gobernantes que ha tenido el Japón, se basaba en los informes que le había dado un tal Harada, japonés cristiano y luego renegado. Para esos años había en Japón bastantes cristianos, convertidos por los misioneros jesuitas que había dejado establecidos allí San Francisco Xavier y los portugueses comerciaban con algunos puertos del imperio. Así vemos que en esos tiempos el Japón, que estaba terminando su proceso de unidad nacional bajo los grandes shogunes, no se había cerrado completamente al resto del mundo, ni siquiera al occidental. Hideyoshi recibió a fray Juan Cobos y contestó una carta amistosa y Dasmariñas envió una nueva embajada, con fray Pedro Bautista, franciscano que habría

de acabar sus días crucificado en Nagasaki. En esta ocasión la respuesta japonesa fue tan altanera que ya no se podía disimular más. Dasmariñas había muerto mientras tanto, asesinado por los remeros chinos de su galera, cuando iba a una de las inacabables guerras de Mindanao y, en tanto la Audiencia de México resolvía otra cosa, había quedado en su sitio su hijo don Luis, quien repuso con nuevas evasivas.

En estas embajadas y tratos estaban, sin llegar a un acuerdo, cuando el año de 1596 el galeón *San Felipe,* que llevaba un muy rico cargamento para Acapulco, sorprendido por una tempestad, tuvo que refugiarse en la bahía de Hirado, donde los pilotos japoneses lo hicieron encallar de propósito y los descargaron. La mercancía desapareció y los tripulantes fueron encerrados en una estacada, a pesar de las protestas del capitán Matías de Landecho. Probablemente con el ánimo de infundir temor en los japoneses, el piloto del galeón enseñó al gobernador de Shikoka un mapa en el cual se veían todas las posesiones de España y Portugal, ya unidos bajo Felipe II. Explicó cómo se habían ganado todas esas tierras, gracias principalmente a la labor de los misioneros, que abrían los caminos a los conquistadores. Esto bastó para despertar las nunca dormidas sospechas que acerca de los frailes tenían los japoneses y habiendo llegado el asunto a oídos de Hideyoshi, ordenó que se confiscara el barco con todo su cargamento y que los sacerdotes que se hallaran entre los pasajeros o en cualquier otro lugar del territorio fueran crucificados. Así murieron los famosos veintiséis mártires de Nagasaki entre los cuales se encontraba fray Pedro Bautista y un franciscano lego, Felipe de las Casas, originario de la Puebla de los Ángeles y ahora conocido como San Felipe de Jesús. La orden de crucificar a todos los sacerdotes cristianos que se encontraran en el Japón no se llegó a cumplir debido a la muerte del Shogún Hideyoshi en 1598.

Al saberse en Manila la noticia de la suerte de *San Felipe* hubo una verdadera consternación, no tan sólo por la pérdida del cargamento, que don Antonio de Morga estima en más de un millón y medio de pesos, sino por el martirio de los frailes, todos ampliamente conocidos en Manila. Muchos pedían abiertamente que se hiciera guerra en contra del Japón; pero las autoridades sabían que no contaban con fuerza suficiente, sobre todo en esos años, cuando los holandeses empezaban a merodear por la zona y a hostilizar las colonias españolas y portuguesas de Asia y de América. Por otra parte el desastre del *San Felipe* había demostrado

la necesidad que se tenía, para el seguro paso del galeón en el tornaviaje, de un puerto en las costas japonesas donde avituallarse o refugiarse en caso de tempestad.

Movido por estos pareceres y tragando su cólera, el nuevo gobernador, don Luis Navarrete Fajardo envió una embajada para que tratara la restitución de los bienes robados y la firma del famoso Tratado de Comercio y Amistad. Con la embajada, envió algunos regalos al nuevo Shogún Iyeyazu, entre los cuales se destacaba un elefante que el rey de Siam había enviado como regalo al finado gobernador Dasmariñas. Tanto elefante como embajada fueron bien recibidos, pero Iyeyazu se negó a devolver la mercancía o a pagar su importe, alegando que estaba escrito en las antiguas leyes del Japón que cualquier barco que llegara a sus puertos en busca de auxilio se convertía, *ipso facto,* en propiedad del gobierno japonés. Para suavizar su respuesta, agregó que de ese día en adelante se haría una excepción con los barcos de Manila o de la Nueva España.

Iyeyazu demostró el valor de su palabra cuando, en 1609, los dos galeones que regresaban a Acapulco, el *Santa Ana* y el *San Francisco* tuvieron que recalar, mal averiados, en las costas japonesas. Iba a borde el gobernador saliente de Filipinas, don Rodrigo de Vivero. Los náufragos fueron bien recibidos, respetadas sus vidas y haciendas e Iyeyazu ordenó al piloto inglés William Adams, cuya extraordinaria historia no fuera creída en una novela, que construyera un barco a la manera europea, donde el gobernador y su séquito pudieran seguir su viaje a Acapulco. El barco fue debidamente hecho y Vivero se embarcó en él, junto con una misión comercial japonesa, la primera en llegar a playas mexicanas.

Iyeyazu mostró un gran interés en establecer una ruta directa de comercio entre Japón y la Nueva España, y en 1602 ya había enviado a Manila mensajeros con esa propuesta. A los comerciantes de Manila no les gustó el asunto, como tampoco les había gustado el establecimiento del Pinal en la costa china. Temían con esto perder el comercio floreciente, del cual vivía la ciudad, ya que si éste se establecía directamente entre China o Japón con la Nueva España, Manila quedaría fuera de la ruta. Ahora Iyeyazu habló de nuevo con el ex gobernador Vivero sobre su proyecto y éste se ofreció a tratarlo directamente con el virrey de México.

En 1611 el virrey envió a Sebastián Vizcaíno directamente al Japón, en el mismo barco que construyera Adams. Trajo a la

misión japonesa de regreso, con algunos regalos, pero sin una respuesta clara en lo que se refería al comercio directo con la Nueva España. Vizcaíno tenía también la orden de reconocer y planificar las costas japonesas y buscar las míticas Islas Rica en Oro y Rica en Plata que no se hallaron nunca.

En 1613 el Daimio Masamune envió una nueva misión a México y a Roma, más con carácter religioso que comercial. La misión iba a cargo del famoso padre Sotelo y de un japonés cristiano Hashikura, y constaba de sesenta y ocho miembros. Algunos de ellos pudieron llegar hasta Roma, y los que se quedaron en México fueron atendidos por don Antonio de Morga, que ya había regresado para esos tiempos. Al salir de nuevo para el Japón, se les advirtió que no intentaran más viajes directos a Acapulco y que si querían comerciar, lo hicieran en Manila. Aún en 1616 el Daimio Masamune envió una nueva misión a Acapulco, donde se les volvió a advertir que no debían regresar. Esta misión recogió lo que quedaba de la misión que había ido a Roma y se regresó, junto con el padre Sotelo.

Pocos años más tarde el Japón se cerró a todo el mundo, permitiendo tan sólo una pequeña representación holandesa en la isleta de Deshima. Son muchas las causas por las cuales se cerró el imperio al comercio y una de ellas, indudablemente, fue la constante negativa de abrir los puertos de la Nueva España a su comercio. Otra fue la influencia cobrada por los holandeses, enemigos tradicionales de los españoles. No poco afectó también la conducta de las órdenes en las misiones, imprudente por decir lo menos y en constante guerra entre sí. El resultado fue trágico para todos los cristianos que habitaban en el imperio. Más de trescientos mil fueron sacrificados y se puso una ley mediante la cual todo extranjero que llegara a Japón tenía que pisar un crucifijo, para demostrar así que no era cristiano. Para el comercio del galeón fue también un golpe rudo y el no poder contar con un puerto seguro en las costas japonesas hizo que se perdieran varios navíos.

CAPÍTULO VI

LAS EMPRESAS PERUANAS

Abiertas ya por los mexicanos las rutas del Pacífico con el descubrimiento de la posibilidad del tornaviaje, los peruanos empezaron a interesarse por el océano que les quedaba enfrente y en cuyas costas habían fundado la capital del reino, Lima de los Reyes. Era natural que los peruanos tuvieran una mayor tradición marítima que los mexicanos. Para la Nueva España bastaba con la flota de la Plata, empresa netamente peninsular, que la ponía en contacto con Europa. Perú necesitaba de esa flota de la plata española, pero también de una flota propia que llevara sus productos de Lima a Panamá y que trajera las mercancías españolas, los virreyes, los obispos, misioneros, colonos, las leyes y reglamentos. Además necesitaba también de naves que comunicaran a Perú con Chile, ya que el camino por tierra era casi imposible. Por otra parte, al fundar la capital junto al mar, rehuyendo con esto toda idea de mestizaje y abandonando el altiplano a los naturales, Perú tenía que convertirse en país marítimo, al contrario de México con su capital y ciudades principales situadas todas ellas lejos del mar.

Pronto se empezó a hablar en el Perú de los grandes reinos y tierras maravillosas que seguramente estarían al otro lado del océano. El Continente Austral, las Minas del Rey Salomón y otros muchos mitos movieron, como tantas otras veces, a los hombres hacia la aventura. Además en Perú era mayor el número de españoles desocupados y peligrosos a quienes los virreyes deseaban alejar. Así el 19 de noviembre de 1567, cuando acababa de llegar al Perú la noticia de la posibilidad del tornaviaje, salían del Callao dos naves bajo el mando del joven Álvaro Mendana de Neira, sobrino del presidente de la Audiencia de

Lima, don Lope García de Castro. Como piloto llevaba a uno de los hombres más extraordinarios de América, al cosmógrafo, astrólogo, explorador, arbitrista y marino, Pedro Sarmiento de Gamboa, quien tenía también sus puntas y ribetes de brujo. Iban con destino al Continente Austral y a las islas de las cuales el rey Salomón sacaba el oro para el Templo de Jerusalén.

Navegando en conserva las dos naves, a los diez y seis grados de latitud sur tomaron el rumbo del poniente. Con buen viento y mar tranquila recorrieron ochocientas leguas sin ver tierra alguna. Sarmiento de Gamboa sostenía que la existencia del Continente Austral era indudable, ya que de otra manera no se podían equilibrar las masas de tierra y agua. Pero como a pesar de tan erudita tesis no daban con tierra alguna, optaron por poner proa primero al noroeste y luego al sudoeste y navegar en zig zag, recorriendo así mayor superficie del mar. Veinticuatro días más tarde dieron con isla pequeña y baja, probablemente un atolón del Archipiélago de las Ellice, a la que pusieron por nombre Jesús. Estaba poblada y siete canoas salieron de la playa, en demanda de los barcos, pero sobrevino una tempestad y, siendo la costa baja, se alejaron rumbo al sur. Después de estar a punto de estrellarse en unos bajos coralinos que llamaron de la Candelaria, el 9 de febrero dieron con una tierra grande y alta que, según todos sus datos, debería ser el buscado Continente Austral.

Los milagros estaban a la orden del día. Ya uno los había salvado del arrecife de la Candelaria y ahora, cuando la corriente los arrastraba sin remedio contra los bajos de la costa, el piloto Hernán Gallego opinó que no quedaba más recurso que el poner proa directamente a las rocas y confiar en la Virgen para su salvación. Cayó el sol en medio de esos peligros y apareció una estrella brillante por la cual se guiaron y, cuando ya se creían perdidos entre los escollos, se encontraron de pronto en una muy buena y segura bahía. Los naturales que había allí llamaban a la isla "Samba", pero Mendana la bautizó con el nombre de Santa Isabel.

Las relaciones con los naturales tomaban muy buen camino cuando el cacique o *tauriqui* le llevó como regalo a Mendana un muslo de hombre debidamente asado. Mendana, como es natural, se negó a comerlo y ordenó que se enterrara, con lo que ofendió al *tauriqui* gravemente. El maestro de campo, Pedro de Ortega hizo una expedición de ocho días y llegó con la noticia de que no estaban en ningún continente, sino en un grupo de islas. Con esta nueva Mendana mandó hacer un bergantín con la madera que para ello traían a bordo ya preparada y el piadoso piloto Hernán Gallego con el maestre de campo fueron a explorar. En un mes encontraron y bautizaron las islas de Ramos, Galera, Buena Vista, Florida, San Dimas, San Germán, Guadalupe, Sesarga, Guadalcanal y San Jorge, nombres que conservan aún muchas de ellas. Al archipiélago le pusieron el nombre del segundo mito que buscaban "Islas Salomón" o "Del Rey Salomón" que también conserva. Pero a pesar del nombre y las buenas intenciones, no encontraron oro.

Los melanesios caníbales empezaron a dar muestras de que, a su parecer, ya la visita se había prolongado demasiado y como no encontraban oro ni nada interesante, el 8 de mayo levaron anclas del puerto que habían llamado de la Estrella y se dirigieron a Guadalcanal en busca de provisiones. Allí los naturales los recibieron en son de guerra; hubo un encuentro, los españoles quemaron un caserío, pero no hallaron víveres. Pasaron a San Cristóbal, donde de nuevo encontraron a la gente en guerra y la situación de los víveres se volvió angustiosa, con lo que resolvieron regresar al Perú a dar la noticia de su descubrimiento.

Mucho discutieron los pilotos acerca de la mejor ruta para el regreso. Unos querían ir por el sur, bajando hasta los cuarenta grados. Otros opinaban que era mejor aprovechar la ya conocida ruta de Urdaneta. Se tomó este último parecer, remontaron hasta los cuarenta grados norte y el 23 de enero de 1569 llegaron al Puerto de Santiago en Colima. Lo logrado por esta primera empresa peruana se puede reducir en la frase del informe que el licenciado Juan de Orozco envía a Felipe II: "En estas descubiertas no hubo muestras de especiería, ni de oro, ni de plata, ni de otra mercadería ni aprovechamiento y la gente era toda desnuda."

El informe rindió su efecto porque se necesitaron veinticinco años de esfuerzos y súplicas por parte de Mendana para lograr que se le diera una nueva armada con la que seguir adelante en sus exploraciones. En 1595, con la ayuda del piloto portugués Pedro Fernández de Quiroz, logró reunir cuatro naves en las cuales se embarcó con su mujer, doña Isabel de Barreto y sus cuñados don Diego, don Luis y don Lorenzo. El virrey, ansioso de limpiar el Perú de maleantes, cooperó en la armada con tal que embarcaran en ella a muchos hombres sin oficio ni beneficio que había en el reino. Con tal gente a bordo, con la poca fuerza de voluntad del adelantado Mendana y con el

carácter arbitrario de Quiroz, las dificultades y divisiones se iniciaron aun antes de zarpar.

La armada se hizo a la vela finalmente, y el 21 de julio dieron con una isla alta, donde por primera vez entraron en contacto con los polinesios, con los cuales tuvieron el ya acostumbrado combate. En honor a la esposa del virrey de Perú, bautizaron estas islas con el nombre de Marquesas. Allí conocieron el famoso árbol del pan y, al ver la fertilidad de la tierra, Mendana quiso conquistarla y poblarla, pero el maestre de campo Pedro Merino Manrique y un capitán que se llamaba nada menos que Lope de Vega, se opusieron y, al ceder el adelantado, zarparon en busca de las Islas Salomón.

La navegación se fue alargando, los soldados empezaron a dar muestras de inquietud y a decir que el piloto Quiroz había errado la ruta y los llevaba a su muerte. Las cosas empezaban a tomar mal cariz, cuando vieron a lo lejos una gran humareda y, al acercarse, se dieron cuenta de que se trataba de un volcán en erupción. Esa noche, en forma misteriosa, una de las naves, la *Santa Isabel*, desapareció y no se volvió a saber de ella. Se acercaron a la isla del volcán, vieron que era grande y creyeron que formaba parte del grupo de las Salomón, pero al entrar en contacto con los naturales se dieron cuenta que habían descubierto nuevas tierras, que llamaron de la Santa Cruz. Como dieron con un buen puerto, resguardado, con abundancia de agua fresca y mantenimientos, el adelantado resolvió poblar allí y ordenó que desembarcaran los soldados con el maestre de campo y establecieran sus ranchos. Pronto empezó a cundir el descontento. Los soldados que habían salido del Perú en busca de otro tesoro de Atahualpa no se conformaban con sembrar camotes, que para eso, decían, bien se pudieron quedar en Lima. El ambiente estaba propicio para un motín y Mendana, gravemente enfermo a bordo, dejó todo en manos de su mujer y de sus cuñados, que eran mal vistos por la tropa y, especialmente, por el maestre de campo. Los Barretos convencieron a su moribundo cuñado que era indispensable matar a Merino de Manrique y acabar así, de una vez por todas, con el motín. Así lo hicieron, apuñaleando al maestre y degollando a sus parciales. Los soldados llenos de temor, se sometieron, no tan sólo por miedo a los Barretos y a doña Isabel, sino porque unos días antes habían asesinado al cacique del lugar y los melanesios, en lugar de llevarles comida, los mataban a flechazos en la espesura.

En medio de todos esos desastres, murió el adelantado y fue Lorenzo Barreto su sucesor quien, a su vez, murió una semana más tarde. Doña Isabel entonces se hizo cargo en persona de la gobernación de Santa Cruz con el título de adelantada. Pero Quiroz y los soldados ya tenían bastante de locuras y empresas que nada producían. Todos se habían dado cuenta de que en las islas no había oro ni especiería. Pronto Quiroz logró convencer a la adelantada que debían ir en busca del perdido *Santa Isabel*, que tal vez estuviera esperándolos en las Islas Salomón. Con ese intento zarparon de Bahía Graciosa, como le habían llamado al desafortunado puerto y a los dos días de navegación, olvidando la búsqueda del *Santa Isabel*, pusieron proa directamente a Manila, donde llegaron el 11 de febrero de 1596, con un solo barco. Los otros dos se perdieron, el uno en el mar y el otro en las costas de Mindanao.

Quiroz y doña Isabel pasaron a México y, de allí Quiroz prosiguió a España a promover una nueva empresa para el Continente Austral. En Roma logró interesar al poderoso duque de Sesa y con su ayuda consiguió que Felipe II le proporcionara los medios con los cuales armar una nueva flota en el Perú.

El 21 de diciembre de 1605, con dos galeones y un patache y trescientos hombres, salió del Callao, llevando como piloto a Luis Váez de Torres, marino experto y gran cosmógrafo. Descubrieron las Islas Tuamotú, las de la Sociedad y las de Samoa, hasta llegar a una isla grande que llamaron "Del Espíritu Santo", nombre que aún conserva, dentro del Archipiélago de las Nuevas Hébridas. Allí fundó Quiroz la Villa de la Nueva Jerusalén y creó, mediante poderes que para ello le había dado el Papa, la Orden del Espíritu Santo, nombrando caballeros a los principales que iban en la expedición y quedando él como gran maestre.

Pero orden o no, el 20 de junio, por razones que nunca han sido debidamente aclaradas, Quiroz tomó la nao capitana, salió del puerto diciendo que iba a explorar otras islas y abandonó a sus compañeros con las otras dos naves, poniendo proa rumbo a Acapulco. Más tarde quiso Quiroz explicar su extraña conducta diciendo que al salir de la bahía, vio cómo las otras dos naves se anegaban y sumían, con lo que resolvió, al verse solo, regresar a Acapulco para dar la nueva de su "gran" descubrimiento y que éste no se perdiera. Luis Váez de Torres sostuvo que no había razón para dar por perdidas dos naves que estaban ancladas en una bahía resguardada, cuando no había tempestad.

Afortunadamente para los que quedaron en la Nueva Jerusalén, Luis Váez de Torres era, además de un gran marino, un buen general. Pronto se dio cuenta de que no estaban en el famoso Continente Austral, sino en una más de las miles de islas que habían visto, en la cual no había ni oro ni especias. Con eso decidió tomar el rumbo de Manila y explorar algo más en el trayecto. En lugar de tomar dirección norte, torció hacia el oeste, cruzó los arrecifes del Mar de Coral y descubrió la cadena de islas que ahora se llaman "Las Luisiadas", relativamente cerca de las costas de Australia. De allí zarpó en demanda de la costa sur de la Nueva Guinea y penetró al Mar de Arafura por el estrecho que lleva su nombre y que separa el extremo norte de Australia, el Cabo York, de la Nueva Guinea. Es muy posible que allí haya sido Torres el primer europeo que viera el Continente Australiano. Después de rodear la Nueva Guinea en junio de 1607 llegó al puerto de Gernate, en las Molucas.

Ya el Gran Océano no tenía secretos importantes que revelar. Los marinos de México y del Perú lo habían explorado en toda su anchura, desde los cuarenta y cinco grados norte hasta las Nuevas Hébridas y del Estrecho de Magallanes al Japón. Pasarán aún más de ciento cincuenta años para que se reanuden las exploraciones en estos mares por marinos de la talla de Bougainville o de Cook. Y éstos seguirán cuidadosamente los mapas y relaciones de los mexicanos y los peruanos.

CAPÍTULO VII

LA MÁS LARGA Y DIFÍCIL NAVEGACIÓN

La línea de navegación que se conoce en México como "La Nao de China" o "El Galeón de Manila" y en Filipinas como "La Nao de Acapulco" ha sido, entre todas las empresas navieras del mundo, la que más larga vida ha tenido, la que ha surcado la ruta más difícil, larga y solitaria, y una de las que menos barcos ha perdido en proporción. Iniciada en 1565, vivió hasta 1815, doscientos cincuenta años durante los cuales, casi sin fallar uno solo, fueron y vinieron cada año uno o dos galeones.

Y durante todos esos años este tráfico fue el único contacto que tuvo Filipinas con el mundo occidental. Por él y de él vivía la remota colonia mexicana, y el desarrollo de Filipinas en lo social, en lo político y en lo económico, se vio profundamente influido por ese tráfico. La nao, además, afectó hondamente las economías de España, México, Perú y China, y el peso mexicano o "peso de a ocho", llegó a ser la moneda estable para el intercambio internacional en todo el Oriente. Aún se encuentran estas monedas en China y en Japón. Las mujeres *dyacks* de Borneo del Norte hacen con ellas sus cinturones. Muchas se encuentran aún con troqueles de bancos chinos que atestiguan su validez, ya que pronto se empezaron a falsificar.

Este sistema comercial no funcionaba propiamente entre México y Filipinas. Los dos países, teóricamente, eran tan sólo estaciones en el largo camino entre China y España. En Manila tan sólo se debería trocar la plata mexicana por mercancías como telas, cerámicas y marfiles. En México tan sólo, en teoría, se debía transbordar de Acapulco a Veracruz, para enviar esas mercancías a España. Pero en la práctica la mayor parte de esas mercancías se quedaban en México y algunas pasaban al Perú.

Todas ellas eran pagadas con plata mexicana o peruana. En Manila se reunía la mercancía que llegaba, en su mayor parte de la ciudad de Cantón, pero también había naves portuguesas o de hindús, que comerciaban con la India, Anam y la especiería. Mercancías españolas llegaban tan sólo las indispensables para las necesidades de los pocos colonos peninsulares y de la iglesia. Eran éstas por lo general vino, aceite de oliva, trigo, papel. El tráfico fue de tal riqueza para los vecinos de Manila que pronto se convirtió en el principal y casi único negocio de los españoles en las islas, quienes abandonaron prácticamente la minería y la agricultura para dedicar todos sus esfuerzos a la compra y venta de mercancías de la nao.

Desde tiempos inmemoriales, probablemente unos mil años antes de la llegada de los españoles, ya los comerciantes de la costa china del sur traficaban con las Islas Filipinas. La enorme cantidad de piezas de cerámica china que aún se encuentran en las excavaciones y tumbas en Luzón, Bisayas y Mindanao, atestiguan la antigüedad de este comercio, así como el que ya existía con los anamitas. En el capítulo XL del manuscrito chino conocido con el nombre de *Chu-Fan-Chih,* compuesto en el siglo XIII por Chao-Ju-Kua del puerto de Fo-Kien, se habla de la isla de Luzón y del comercio que los chinos hacían allá. Allí se nos informa que los productos que compraban los chinos eran cera amarilla, algodón, perlas, conchas, nueces de betel y tejidos de yute. A cambio de esos productos los chinos dejaban porcelanas, oro comercial, ánforas de hierro para perfumes, plomo, vidrio, cuentas de colores y agujas de hierro. A la llegada de los españoles los comerciantes chinos intentaron, como ya hemos visto, el comercio, y se regocijaron al ver que los recién venidos pagaban con plata maciza, metal siempre escaso y de alto valor en China.

Ya hemos visto cómo, después de arrojar a Li-Ma-Hong de la bahía de Manila, Lavezares envió una embajada a Cantón. Cuando esta embajada regresó, trajo consigo a nuevos enviados chinos. Pero ya era gobernador Sande que no veía con buenos ojos a los chinos, ni entendía la importancia del comercio con ellos. Él prefería la conquista violenta del imperio del medio y decía que con quinientos españoles podría hacerla. Lo cual, dicho sea de paso, nos indica que el gobernador Sande tenía una idea muy vaga de lo que era China. Por más que el padre Rada y otros le rogaron que tratara bien a los enviados cantoneses, no quiso hacerlo y los despachó sin regalos y afrentados. Como venganza los chinos, al salir de la bahía de Manila, toma-

ron a los padres Rada y Albuquerque que iban con ellos y los arrojaron al mar, cerca de la costa donde, con trabajos, pudieron salvar sus vidas. Pero el comercio ya había tomado tal fuerza que estos incidentes y otros muchos que se presentarán en la historia, como los levantamientos y matanzas de chinos, no pudieron acabarlo.

El establecimiento del comercio no fue un acto oficial, sino de la iniciativa privada china y española. Se organizó con asombrosa rapidez. Según el padre Zúñiga OSA., en 1572 se presentaron en Manila los primeros juncos chinos con mercancías. En 1573 el galeón llevóa Acapulco setecientas doce piezas de seda y veinte mil de porcelana fina dorada. En 1574 llegaron a Manila seis juncos, quince en 1575, veintiuno en 1580 y cuarenta y ocho en 1588.

Al crecer tanto el tráfico, las autoridades mexicanas, españolas y aun las chinas quisieron ponerle coto, pero siempre con éxito muy escaso. España quiere reducir el tráfico al mínimo, tan sólo lo suficiente para que pueda vivir la colonia, en parte porque las sedas y porcelanas chinas hacen competencia a las de España y también porque ve que la plata de México se va hacia el Oriente en lugar de llegar a las Cajas Reales. Leyes y reglamentos van y vienen, se cambian oficiales que vigilen su cumplimiento, pero nunca se logra acabar con el contrabando. Cuando se ha autorizado un máximo de doscientos cincuenta mil pesos plata para la compra de mercancía en Manila, hay galeones que llevan más de dos millones de pesos. Es tal lo que sube de valor la mercancía entre Manila y Acapulco, que no hay oficial del rey que resista por mucho tiempo y casi todos ellos acaban traficando por su cuenta. También se prohíbe que los peruanos tomen parte en el tráfico en Acapulco, pero llegan hasta Puerto Marqués y allí efectúan sus compras.

El galeón no era una empresa privada o una compañía como las que acostumbraban formar los ingleses y holandeses para el comercio con el Oriente. Era simple y llanamente propiedad de la corona, un servicio indispensable que la corona proporcionaba a los vecinos de Manila y a los misioneros en las islas. Su manejo presentaba siempre pérdidas considerables, aparte del situado, o sea la cantidad de pesos de plata que el gobierno de México tenía que suplir para sostener la administración de Filipinas. La única ventaja que recibía el Estado era el cobro del almojarifazgo, tanto en Manila como en Acapulco. A cambio de eso tenía que construir los galeones, mantenerlos, repararlos,

pagar las tripulaciones y los oficiales. La reparación del galeón costaba cada año, solamente en Manila, unos cien mil pesos de plata.

La conservación de las islas se hacía más costosa por la constante amenaza de guerra con los musulmanes en el sur, con los piratas chinos y japoneses, desde principios del siglo XVII con las flotas de Holanda y, un poco más tarde, con las de Inglaterra. Por lo tanto era necesario sostener tropas y fortalezas y una verdadera marina de guerra, formada por galeones, galeras y barcos nativos. Todos esos gastos pesaban sobre el virreinato de México y se puede calcular conservadoramente que en los doscientos cincuenta años que duró el tráfico, salieron de México al Oriente unos cuatrocientos millones de pesos de plata.

Aunque como ya hemos visto los galeones eran propiedad de la corona y ésta operaba la línea, eran los comerciantes de la Nueva España y de Manila y las órdenes religiosas quienes medraban en el comercio. En un principio los comerciantes de Manila adquirían, cada quien por su lado, las mercaderías chinas que llegaban al empezar el monzón a la desembocadura del río Pasig. Ya con la mercancía en su poder, pedían que se les permitiera embarcarla en el galeón que la entregaría a sus agentes en Acapulco. El transporte era gratuito y tan sólo se pagaban los impuestos. Pero los chinos eran más hábiles como comerciantes que los españoles y pronto se empezaron a aprovechar de la demanda que había de sus productos, para subir los precios y establecer una competencia ruinosa entre los españoles mismos. Para remediar este mal se estableció el sistema de la *pancada*, mediante el cual un oficial real compraba toda la mercancía de los chinos y la distribuía entre los comerciantes que tuvieran derecho a un espacio en la nao. A la vez, como el espacio era limitado, se estableció el sistema de las boletas. Se calculaba el cupo total del galeón y se dividía en "fardos", esto es, espacios donde cupiera un bulto de unos dos y medio pies de largo, dos de ancho y diez pulgadas de alto. Para cada uno de esos "fardos" se hacía una boleta. El sistema y el tamaño de los "fardos", nos indica claramente que todo el sistema estaba calculado para el transporte de telas, ya que la cerámica, sobre todo los grandes tibores, no se podían embalar en esa forma. Listas ya las boletas se reunía la Junta de Repartimiento, integrada por lo general por el gobernador, un representante de las órdenes religiosas y de las obras pías y otro de la ciudad y el comercio. Cada vecino español o criollo tenía derecho a boletas

en forma gratuita, lo mismo que las congregaciones religiosas y las obras pías. Por lo general el reparto provocaba toda suerte de discusiones y hubo gobernadores, como Hurtado de Corcuera, que lo hizo a su antojo, sin tomar en cuenta otros pareceres, provocando con ello muchas banderías y enredos que aparecieron un poco más tarde en su *Juicio de residencia*.

Teóricamente cada galeón no debía llevar más de cuatro mil fardos; pero, por lo general, llevaba por lo menos el doble, y algunos, como el galeón *San José* que se perdió en el mar, llevaba doce mil. Como la corona había decretado que el valor de la mercancía no excediera los doscientos cincuenta mil pesos, el valor de cada fardo debía ser de ciento veinticinco pesos en Manila y de doscientos cincuenta en Acapulco. Pero era tan alto el valor de la mercancía y tan hábiles los empacadores chinos para comprimir telas en los fardos, que los comerciantes de Manila calculaban el valor de cada uno en cerca de cinco mil pesos. Y no tan sólo se comerciaba en mercancías, sino que muchos de los españoles radicados en Manila, por pereza o por ser demasiado pobres, preferían vender sus boletas a los grandes comerciantes y vivían todo el año del importe de ellas, sin trabajar. Varias veces quiso el gobierno de las islas acabar con ese tráfico de boletas, pero todas las medidas que se tomaron para ello resultaron inútiles.

Al recibir las boletas, los comerciantes empezaban a empacar sus mercancías, ayudados por los chinos especialistas en ello. Luego se traía el galeón de Cavite, donde se había reparado y calafateado y se cargaba. Por lo general era tanto el peso de los fardos que iba sobrecargado y, además, los marinos y oficiales de la nave, que tenían derecho a llevar una poca de mercancía, metían más de contrabando en los espacios destinados a llevar víveres, armas y agua. Cuando el pirata inglés Thomas Cavendish tomó el galeón *Santa Ana* frente a las costas de California, éste no pudo defenderse porque el espacio destinado a los cañones, a la pólvora y a las armas estaba ocupado por mercancía.

Por real orden se había fijado que la salida del galeón de Manila para Acapulco debía ser en el mes de junio, para aprovechar así los buenos vientos que lo llevaran hasta fuera del embocadero de Acapulco y los estrechos de San Bernardino. Debido a toda suerte de tardanzas y discusiones sobre boletas y preeminencias, la salida se demoraba, con grave riesgo de encontrar tifones en el Pacífico o frente a las costas japonesas. Una vez cargado, se traía el galeón de Cavite y se anclaba frente a las

BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE MEXICO
FILOSOFIA

murallas de Manila, donde se celebraba la procesión con la Virgen de la Paz y del Buen Viaje. El arzobispo bendecía al barco y la tripulación, repicaban las campanas en todos los templos de la ciudad y el gobernador daba la orden de zarpar. Se tendían las velas, volaban los gallardetes y se levaban las anclas. Pero muchas veces el viento no cooperaba y según el explorador francés Le Gentil, en algunas ocasiones tardaba hasta tres semanas en poder salir de la bahía. Cuatro o cinco semanas más tarde lograba salir al Pacífico por el Estrecho de San Bernardino. Hasta allí el viaje era agradable, había comida fresca que llevaban de los diferentes puertos e islas entre las cuales pasaba. Después empezaba un infierno increíble.

Por lo general el galeón iba sobrecargado y los pocos pasajeros que lograban una litera en la cual acostarse, se encontraban con una especie de ataúd en el cual tenían que dormir y guardar sus efectos personales y su comida. Los que no lograban litera, dormían sobre cubierta o donde podían. El rey sólo proporcionaba agua y bizcocho y los pasajeros tenían derecho a leña y cocina cuando el tiempo lo permitía, Aquellos que tenían algún dinero, contrataban con alguno de los oficiales de la nave, ya fuera el contramaestre, alguno de los pilotos o de los oficiales administrativos, para que les proporcionaran sus alimentos durante el viaje. Éstos consistían en bizcocho, cerdo salado y arroz hervido. A las pocas semanas el bizcocho tenía tal cantidad de gusanos que los pasajeros, al comerlo, no sabían si estaban observando la vigilia. La carne de cerdo se convertía en una masa hedionda. Tan sólo el chocolate, que se llevaba dentro de los tibores chinos, soportaba el largo viaje sin descomponerse y sostenía la vida de los pasajeros acomodados. Si no llovía con frecuencia en el trayecto, el agua tomaba un color verdoso y un olor insoportable.

Del embocadero a las costas de California no volvían a ver tierra y el trayecto podía durar de cuatro a seis meses. En este tiempo empezaban a aparecer toda clase de enfermedades, como el escorbuto, que diezmaba a los tripulantes, sobre todo a los que iban atenidos a la comida proporcionada por el rey. La gente moría en proporciones verdaderamente increíbles. En los últimos días del viaje a veces se arrojaban al mar hasta cuarenta cadáveres diarios. En el viaje de 1606 murieron ochenta hombres durante la travesía, ciento catorce en el viaje de 1643. El galeón *San José*, el primero de ese nombre, tardó más de un año en llegar a Acapulco. Ya lo habían avistado frente a San Blas y como no llegaba a Acapulco, se envió un patache en su busca.

Lo encontraron navegando plácidamente frente a las costas de Oaxaca, con toda la tripulación muerta de hambre.

Además de ir sobrecargado y ser el viaje uno de los más peligrosos en el mundo, los galeones, fabricados en Cavite, eran naves incómodas que navegaban mal. Su altísimo castillo de popa los hacía difíciles de gobernar en cualquier viento que no fuera casi de popa, y era poco lo que podían ceñirse al aire. También, por lo general, pecaban de una arboladura demasiado alta, que los volvía peligrosos en una mar gruesa. Le Gentil, que vio de cerca los astilleros de Cavite y era gran conocedor de las cosas del mar, habla de las muchas discusiones que se forjaban alrededor de cada galeón que se hacía, como el *San Carlos*, el *Santa Rosa* o el *Santísima Trinidad*, que se fabricaron en la segunda mitad del siglo XVIII. Los marinos y gente entendida querían rebajarles los castillos de popa, pero los comerciantes se oponían, porque era allí justamente donde podían ir los pasajeros con un poco menos de incomodidad. Aunque el galeón no pudo modificarse en su forma, sí se modificó la ruta. En un principio, siguiendo los lineamientos de fray Andrés de Urdaneta, se remontaban hasta cerca de los cuarenta y cinco grados norte. Más tarde los pilotos de la nao se fueron dando cuenta de que no era necesario, si se calculaba bien el tiempo, llegar tan al norte, y ya desde los principios del siglo XVIII tan sólo subían hasta los treinta y dos o treinta y tres grados, ahorrando así por lo menos un mes al viaje.

Para remediar en algo la suerte de los viajeros se intentó, a los principios, tener puertos en las costas japonesas. Cuando se vio que esto era imposible, se buscaron las Islas Rica en Oro y Rica en Plata. El mito se desbarató y se optó por crear misiones o puestos de socorro en las costas de California. Así nacieron varias misiones que fueron de corta vida y, por lo general, el galeón no tocaba tierra alguna entre San Bernardino y Acapulco.

La primera terminal en las costas mexicanas fue el Puerto de la Navidad, en el Estado de Jalisco, pero muy pronto se trasladó más al sur, al Puerto de Acapulco. Varias veces se quiso mudar a San Blas y en el siglo XIX el poco comercio que siguió en vida, terminado ya el tráfico del galeón, fue por ese puerto. En aquellos años, según el testimonio de muchos viajeros, Acapulco era todo menos un paraíso. Fray Domingo Fernández Navarrete dice que la voz Acapulco significa en lengua mexicana "la puerta del infierno" y aunque la etimología está obviamente

equivocada, demuestra la mala opinión que se tenía del sitio. La voz Acapulco, a la cual también se le ha querido encontrar la raíz latina de *aqua pulcra,* significa simplemente en náhuatl "el lugar de los juncos o cañas rotos". Lafond de Lurcy lo describe diciendo: "Todo el aspecto es sombrío y salvaje e inspira una profunda melancolía... El clima es tremendo, un cielo de bronce, un calor agobiante y ningún movimiento en el aire. Nada hay que compense ese cuadro desolador." El italiano Gemelli Carreri opina: "Creo que más bien se le puede llamar un miserable puerto de pescadores que no el principal mercado de los Mares del Sur, el puerto del Viaje a China, tan miserables y pobres son sus casas, hechas todas de madera, lodo y paja... La mala condición del aire y de la tierra montañosa son causas de que Acapulco debe ser abastecido desde otras partes y, por lo tanto, es muy costoso vivir allí... El lugar, además de caro, es sucio y lleno de inconvenientes." Mejor opinión no tienen de Acapulco ni el barón de Humboldt o el gobernador de Filipinas. don Simón de Anda, quien le llama "infierno abreviado" y "sepulcro de mexicanos y filipinos".

Como vemos estas opiniones de Acapulco en los años del gran tráfico no coinciden con la opinión que ahora se tiene del lugar, sino es en lo que dicen de lo caro de la vida. Navarrete se queja de que es el lugar más caro del mundo, donde tenía que pagar por concepto de renta de una mala choza de palma cuatrocientos pesos de a ocho.

El viaje entre Acapulco y Manila era mucho más rápido y agradable, y diósele el nombre de "el viaje de las damas". Los vientos alisios empujaban la nave en forma casi permanente durante los dos meses en promedio que duraba la travesía de Acapulco a Guam, donde por lo general se hacía escala cuando los chamorros, como se les llamaba a los habitantes de las Marianas no estaban en rebelión. De Guam a Manila se hacían veinte o treinta días.

Durante los doscientos cincuenta años que duró la ruta, se perdieron un total de treinta naves. Cuatro de ellas cayeron en manos de los ingleses. Una se quemó en el mar y perecieron todos sus tripulantes. El *Santa Margarita,* que salió de Manila en 1600, trató inútilmente de remontarse hasta los cuarenta grados durante cerca de ocho meses. Por fin, sin comida y sin pilotos, vino a encallar en una de las Islas Marianas donde, dos años más tarde, el *Jesús María* logró rescatar a dieciséis sobrevivientes. Se habían embarcado doscientas sesenta personas.

En 1766 llegó a Manila, directamente de Cádiz el navío de alto bordo el *Buen Consejo.* Era el primer barco español que llegaba al archipiélago desde 1525 y era como un anuncio del final del comercio del galeón. Carlos III había abierto los puertos del imperio español a los barcos de todo el mundo y, aunque los dos viajes del *Buen Consejo* no dieron el resultado económico que se esperaba, ya que navegando por la ruta del Cabo de Buena Esperanza tardó dieciocho meses en la travesía, los comerciantes de Manila se dieron cuenta de que llegaba el momento de modificar sus sistemas de comercio, si querían sobrevivir ante la libre competencia del mundo. Algunos solicitaron a la corte de España que siguiera adelante el tráfico y al *Buen Consejo* le pusieron por nombre el *Mal Consejo.* Pero ya todo era inútil y pronto las guerras de independencia en Hispanoamérica iban a dar el golpe de muerte a la orgullosa nao de Acapulco. En 1815 salió de Acapulco el *Magallanes,* el último galeón de la línea, para no regresar nunca. Posteriormente, hasta 1825, siguió un tráfico esporádico en naves particulares entre el puerto de San Blas y Manila y, después, absolutamente nada. Pronto los *clipers* norteamericanos y los barcos mercantes ingleses y franceses van a tomar en sus manos ese comercio. Los primeros seguirán llevando plata mexicana a Oriente, por lo que aún ahora se encuentran miles de pesos de la República.

El largo tráfico con China a través de Manila pudo iniciarse y sostenerse gracias a esa plata mexicana. La plata en China, comparada con el oro, tenía un valor más alto que en las otras partes del mundo y en México pasaba lo contrario. Así el comerciante chino podía ofrecer a cambio de plata, mucho mayor cantidad de mercancía que a cambio de cualquier manufactura occidental. Aunque los portugueses tenían y tienen aún la ciudad de Macao cercana a Cantón, su tráfico decayó notablemente, porque no tenían plata con la cual pagar la mercancía. Los holandeses se veían en las mismas dificultades y, una vez que hubieron arrebatado las Molucas y Malaca a los portugueses, lograron sostener su comercio con China a base de especias, lo cual no daba salida a los productos manufacturados en los Países Bajos. Esto los obligó a establecer un comercio triangular entre Holanda, Batavia y China o Japón. Los ingleses se vieron en tales dificultades para encontrar algún producto que pudiera interesar a los chinos, que tuvieron que forzarlos al consumo del opio y librar dos guerras para que la Corte de Pekín aceptara dicho comercio.

Si se estudia el tráfico entre Oriente y Occidente en los últimos dos mil años se verá cómo siempre Oriente ha vendido artículos de lujo a cambio de metales preciosos. Plinio ya protestaba de ese comercio, que estaba empobreciendo a Roma a razón de cincuenta y cinco millones de sertercios al año, y un poeta tamil de Ceilán nos habla de las naves que llegaban de Roma a las costas Malabar y Coromandel, cargadas de oro y de plata, para regresar llenas de canela, pimienta, clavo, nuez moscada y marfil. Vespaciano, al ver la enorme cantidad de plata romana que se iba al Oriente, dictó leyes para que ese comercio se hiciera mediante el intercambio de productos elaborados y no con metales preciosos. En tiempos de Cómodo se puede calcular que ya habían salido de Roma unos trescientos millones de dólares en oro y plata. La economía de Bizancio también sufre con la adquisición de sedas y especias de Oriente, tanto por la ruta de las caravanas al norte del Himalaya, como por la ruta del Golfo Pérsico. El islam, cuando se adentra al oriente, no tiene plata que ofrecer, como tampoco la tienen los portugueses, y ambos tienen que convertirse en comerciantes de productos asiáticos en Asia. Así, la llegada de los mexicanos y de la plata mexicana es providencial para los chinos y para su comercio exterior.

La principal beneficiaria de los doscientos cincuenta años del comercio de la nao fue China, al recibir una enorme cantidad de plata de la cual carecía. Se benefició también la ciudad de Manila que pudo vivir una época de considerable lujo, semejante al de la Nueva España, aunque su economía estaba siempre sujeta a las altas y bajas del comercio, no tan sólo las provocadas por la pérdida de algún galeón, sino por la situación económica del Atlántico, que se refleja siempre en el Pacífico. El resto de las Islas Filipinas se beneficiaron en cuanto este comercio pudo sostener a la administración española y la labor misional de las órdenes religiosas que es un factor decisivo en la civilización actual de Filipinas. Para España el comercio fue muy costoso. La enorme cantidad de plata que pasaba a Manila hubiera ido a España a remediar en algo la eterna quiebra de las Cajas Reales. Y a cambio de esa plata eran muy pocos los productos del Oriente que llegaban hasta la madre patria. La mayor parte de ellos, como ya hemos visto, se quedaban en México y en Perú. Y por otra parte, las sedas y telas chinas le restaban mercados a los productos elaborados españoles.

Para México el tráfico de la Nao de China tuvo consecuencias de diferentes aspectos. La plata mexicana que salía hacia el

Oriente no representaba una pérdida total. El "situado", de no ir a Filipinas, hubiera ido a España sin utilidad para México. Con el comercio de la nao, en cambio, se dio vida al Puerto de Acapulco y a la costa del actual Estado de Guerrero que, de otra manera, hubiera quedado totalmente abandonada. El tráfico daba medios de vida a gran cantidad de hombres, no tan sólo los comerciantes y los que trabajaban directamente en el galeón, sino arrieros, mesoneros y venteros en los caminos entre México y Acapulco. También es indudable que ese lujo mexicano que tanto asombrara al barón de Humboldt, debe mucho de su esplendor a la Nao de China.

Pero, por otra parte, a México le sucedió lo mismo que antes le había pasado a Filipinas, a Roma y a las ciudades mercantiles mediterráneas. En muchos productos elaborados no podían competir con China, tanto en calidad como en precio. Los estudios arqueológicos realizados en Filipinas por el doctor Robert Fox, del Museo Nacional de Filipinas, demuestran que hubo una verdadera industria de cerámica nativa que desapareció totalmente ante la importación de cerámica china de superior calidad. En Roma había sucedido lo mismo. La famosa tela llamada "bombacina"' que se tejía en la isla de Cos, desapareció ante la seda china que logró tejerse en la ciudad de Gaza, tan ligera y transparente que hará exclamar a Plinio: *ut denudet feminas vestis.* Cuando los bizantinos en el siglo VI logran robar el secreto chino de la seda, el cultivo de la morera y del gusano se riegan por todo el Mediterráneo. Parece que todo se ha resuelto, pero aun teniendo en sus territorios la seda, los artesanos occidentales no logran competir en precio y en calidad con los chinos y la mayor parte de las naciones europeas que producen seda, como España, se ven obligadas a defender sus industrias mediante leyes que prohiban la importación de sedas chinas.

En México la nao acabó por completo con el incipiente cultivo de la seda y fue un grave estorbo para el desarrollo de la industria textil del algodón. Las telas de algodón chinas, la "manta blanca" que vistió durante siglos a los campesinos de México, era más barata que la elaborada en la Nueva España. El lujo de bordados en los trajes típicos de México, no tan sólo el de la china poblana, le debe mucho a la influencia oriental que nos llegaba, junto con las telas, de China. El uso de las especias en la extraordinaria cocina mexicana fue posible por esa misma nao que nos ha mejorado los moles y los dulces típicos y nos ha entregado el ya indispensable "tecito de canela" para la ama-

necida. La pirotecnia mexicana tiene también sus orígenes en el comercio con Manila, y la cerámica de talavera de Puebla se mejoró notablemente con la imitación de la que nos llegaba de China. También en la nao nos llegaron el "papel de China", el sistema de pelear gallos con navaja y los exquisitos mangos de Manila. Así, cuando vivimos la fiesta del Santo Patrono del pueblo, tan mexicana, tan nuestra, el adorno de papel de china, los "castillos", los "toritos", las peleas de gallos, la riqueza de la fruta, son el resultado del galeón de Manila.

CAPÍTULO VIII

LA CRISTIANIZACIÓN DE FILIPINAS

El conquistador español, por lo general, no se detuvo a observar las diferencias que había entre los naturales de las diferentes zonas de América o de Filipinas. A todos los bautizó con el absurdo nombre de "indios". En Oriente el mosaico tan complejo de razas que encontró lo obligó a hacer varios distingos. A los musulmanes del sur de Filipinas o de Borneo les endilgó el nombre, también absurdo y que se conserva, de "moros". A los chinos les llamó "sangleyes" o chinos. A los habitantes de Nueva Guinea les llamó negros o guineos y a los miembros de las tribus negroides pigmeas, "negritos". Pero fuera de eso, todos los otros, como en América, eran "indios". Claro está que no todos los conquistadores llegaron a una ceguera extrema como Ulloa cuando dice que quien ha visto a un indio, los ha visto a todos. Conquistadores y misioneros, desde un principio, trataron de entender y estudiar la vida filipina malaya y, aunque no hubo entre ellos uno de la talla de fray Bernardino de Sahagún, lograron en conjunto dejarnos una imagen bastante clara de lo que fueron los habitantes de las islas, en Luzón y Bisayas, antes de la llegada de los occidentales.

El primero en hablar de los naturales filipinos fue Pigaffeta en su crónica del viaje de Magallanes. Era éste un hombre observador, que gustaba de recopilar vocabularios. Su experiencia con pueblos no europeos se reducía al trato con algunos patagones, a un breve encuentro con los habitantes de las Islas de Ladrones o Marianas, que no fue muy grato, y a Filipinas y las Molucas. Por lo tanto en Pigaffeta no se encuentra la acostumbrada y casi imprescindible comparación entre los naturales de América y los de Filipinas, que ha de plagar más tarde todos

los escritos de la naciente antropología de las islas. Tampoco tiene en su observación de los naturales un sentido moralista. Lo que ve lo escribe tal y como lo ha entendido.

Posteriormente Legazpi, Lavezares y Sande nos dejan sus impresiones sobre los naturales, por lo menos los tagalos y los bisayos, y más tarde los misioneros ampliarán estos informes, lo mismo que don Antonio de Morga. Todos ellos están más o menos de acuerdo en los puntos generales y coinciden en los aspectos más importantes de la organización social. Cada pequeño grupo era independiente y no existía un poder central en el archipiélago y ni siquiera en cada isla. El anónimo autor de la *Relación de la conquista de Luzón* dice: "No debe entenderse en la Nueva España o en España que los señores de esta tierra son señores absolutos, o que tienen gran autoridad o poder. Más bien lo contrario es lo cierto. Con frecuencia sucede que en un pueblo, por más pequeño que sea, hay cinco o seis y hasta diez señores, cada uno de los cuales tiene veinte o treinta esclavos." Legazpi, en su carta de relación, dice que él cree que los filipinos pueden ser conquistados fácilmente con buenos tratos y muestras de simpatía, porque no tienen señores y están tan divididos entre sí y se tienen tan poco los unos a los otros, que nunca se podrán unir para tener fuerza ni dar obediencia a nadie.

Don fray Domingo de Salazar, primer arzobispo de Manila, quien desde 1586 viene insistiendo en el peligro que representa el aplicar sin discriminación las leyes y experiencias mexicanas a las Filipinas, dice en carta a Felipe II: "Vuestras Islas no son como la Nueva España, donde hay un pueblo principal y muchos otros que le son sujetos. Aquí todos son pueblos pequeños y cada uno es su propia cabeza." Don Antonio de Morga opinaba: "En todas estas islas no había reyes y señores que las dominasen, al modo de otros reinos y provincias; sino que en cada isla y provincia de ella se conocían muchos principales, de los mismos naturales, unos mayores que otros, cada uno con sus parcialidades y sujetos, por barrios y familias, a quienes obedecían y respetaban; teniendo unos principales amistad y correspondencia con otros y a veces guerras y diferencias."

Como se ve, la organización social era completamente distinta a la de los mexicanos o los incas. Las pequeñas poblaciones se llamaban "barangay", palabra que en malayo significa navío. El padre Delgado de la Sociedad de Jesús lo explica en esta forma: "Cada familia vivía por sí, bajo su jefe y tomaron el

nombre de barangay, de los barcos que los trajeron a estas islas." La memoria del barco que los trajera como invasores nos indica que su llegada a Filipinas era reciente.

Entre los cronistas religiosos encontramos al franciscano Plasencia quien sigue en sus estudios los sistemas de fray Bernardino de Sahagún, a quien es muy posible que haya conocido en México. De él sabemos que pedía opinión a indios viejos y entendidos en las cosas antiguas, provenientes de las diferentes regiones e islas, y así pudo estudiar su vida prehispánica, descartando muchas impertinencias, según dice.

Desgraciadamente el conocimiento que tenemos del filipino prehispánico no se puede confrontar con la evidencia arqueológica. Los filipinos no construían con piedra y en épocas muy remotas dejaron de fabricar cerámica, así que sus huellas son muy escasas. Los trabajos realizados por el Museo de Historia, bajo la dirección del doctor Robert Fox, han dado luz a la antigüedad muy remota con el descubrimiento de restos humanos, en la cueva de Tabón, que datan de más de veinte mil años. Pero al contrario de lo que sucede en México, los habitantes de las épocas cercanas a la conquista no dejaron más huellas que las de su comercio con los chinos y los anamitas por un lado y con los malayos de Borneo por el otro. Mediante estos hallazgos se puede trazar con bastante exactitud la historia del comercio con esos países, sobre todo con China, pero no la vida del filipino.

Pero a pesar de las opiniones que ya hemos visto acerca de las diferencias existentes entre filipinos y mexicanos prehispánicos, los conquistadores y los misioneros van a usar de la gran experiencia que habían adquirido en México en la conquista y pacificación del archipiélago y, posteriormente, en la organización de la nueva colonia. Fundada ya la ciudad de Manila y establecidos en ella los españoles, Legazpi y sus sucesores se dedican a la organización del sistema de gobierno y de la administración pública.

Naturalmente que la base de su gobierno era netamente española: un gobernador nombrado, al principio por el virrey de México y posteriormente por la corona, asistido y controlado por una audiencia, que funge a la vez como corte de justicia y cuerpo consultivo. En la rama administrativa se nombran los oficiales necesarios, como son el tesorero real, el contador y los alcaldes. Pero la experiencia adquirida en la pacificación de México hace que Legazpi y sus sucesores creen una especie de

subgobierno de naturales. Así como en México se habían quedado los caciques y señores naturales al frente de sus pueblos de indios, en Filipinas quedarán las cabezas de barangay nativas y los que más tarde se han de llamar capitanes de barrio o "gobernadorcillos".

En verdad los barrios filipinos, nombre con el cual se conocen aún ahora los pueblos pequeños, quedaron con un gobierno idéntico al que tenían antes de la conquista. Los cabezas de barangay o capitanes de barrio tenían la obligación de cobrar el tributo personal y escoger la gente para el "repartimiento", esto es el trabajo personal en obras del gobierno o de la iglesia, al cual estaban obligados los naturales. A los que trabajaban en el "repartimiento" se les pagaba un salario. El sistema de la encomienda, con todas sus ventajas y todos sus males, fue implantado en Filipinas por Legazpi desde un principio, pero un sistema ya dulcificado en la experiencia de México, así como la conquista armada, como ya hemos visto, fue pacífica por esa misma influencia.

Por su parte, los religiosos, tanto misioneros como obispos, trataron de copiar las experiencias que habían vivido en la Nueva España. Los primeros misioneros fueron los agustinos que habían venido con fray Andrés de Urdaneta y el padre Rada; pero a poco llegaron los franciscanos, los jesuitas y, un poco más tarde los dominicos y los agustinos recoletos. Para evitar las discordias que se presentaron en los principios de la labor misional de México, se tomó la medida adoptada allá de dividir el territorio entre las órdenes, dando a cada una de ellas una provincia o grupo de provincias, pero conservando todas sus casas principales en Manila. En el problema, tan espinoso y que tantos disturbios provocara en México, de los sacramentos a los indígenas, la experiencia que se había logrado allá fue totalmente aplicada a Filipinas y en las zonas que pudieron ser cristianizadas, esto es, las zonas en las cuales la influencia musulmana no era predominante, no hubo el conflicto de los sacramentos del Bautismo, Penitencia, Eucaristía y Extremaunción.

La educación quedó totalmente en manos de los religiosos y éstos se preocuparon, siguiendo también los lineamientos que se habían experimentado en la Nueva España, en dar una educación cristiana a los hijos de los principales. Como en México, los niños ayudaron grandemente a la conversión de los mayores, y se dieron casos también en Filipinas de que los

hijos denunciaran a sus padres cuando éstos volvían a sus costumbres paganas. Pero al parecer el "indio", tanto en México como en Filipinas, necesitaba de cierta presión para asistir a los sagrados oficios y a la doctrina. Así como en México se estableció el cargo de "mandoncillo", en Filipinas se estableció el de fiscal, para ver que los naturales cumplieran con sus deberes religiosos. Para facilitar la adoctrinación y el cuidado de las almas, se trató de implantar el sistema de reducciones, con bastante escaso éxito en las islas. Por lo tanto, para ampliar el sistema misional hasta fuera de los muros de los conventos, se adoptó el sistema ya ensayado en México de que cada convento controlara también "capillas" y "visitas".

Al finalizar el siglo ya estaba en Manila el primer arzobispo, y se había traído una imprenta de México. El primer libro en salir de esa prensa fue *Doctrina en lengua tagala,* traducida casi a la letra de la *Doctrina en lengua mexicana* que se imprimiera en México por órdenes de fray Juan de Zumárraga.

La conversión de los naturales no musulmanes tomó el mismo ritmo acelerado que en América, y para 1591 ya había un total de seiscientos setenta mil filipinos bautizados y ciento cuarenta sacerdotes que atendieran sus necesidades espirituales. De éstos, setenta y nueve eran agustinos; cuarenta y dos, franciscanos; nueve, dominicos; y el resto jesuitas y del clero secular. El arzobispo Salazar fue nombrado protector de indios, como lo fuera Zumárraga en la Nueva España, y tuvo que luchar en contra de los conquistadores, sobre todo en lo que se refiere al tributo personal, de ocho reales al año, el más bajo en los dominios españoles, pero que a Salazar le parecía excesivo. El reino de la Nueva Castilla estaba dividido en doscientas diecisiete encomiendas, de las cuales treinta y una eran de la corona y, como es lógico de suponerse, los encomenderos fueron los primeros en oponerse a las reformas del arzobispo, aunque nunca se llegó a los escándalos que por este motivo hubo en México entre la Audiencia y fray Juan de Zumárraga.

La encomienda, como hemos visto en México, no afectaba la propiedad en sí de la tierra, que seguía siendo de los naturales y sus antiguos señores. El "repartimiento", en cambio, afectaba la vida de casi todos los pueblos. En Filipinas, debido a la constante amenaza de los musulmanes, los chinos, los japoneses y los holandeses, cayó sobre los indios el trabajo ímprobo de fabricar los galeones, galeras y otros barcos de guerra en el arsenal de Cavite para la defensa de las islas. Este trabajo,

que se iniciaba con el corte de maderas y su acarreo, fue un constante motivo de fricción entre conquistados y conquistadores y provocó un buen número de rebeliones locales. Pero en sus principios, gracias a la experiencia que se había logrado en México cuando la Audiencia de Nuño de Guzmán, se pudo evitar el aspecto más cruel, y no se dieron casos como el de los indios de Huejotzingo.

Los religiosos de Filipinas y las autoridades civiles heredaron también de la Nueva España lo que bien se pudiera llamar el caso de conciencia acerca de la justa posesión de la tierra. En el primer sínodo de Manila, convocado por Salazar, surge inmediatamente el problema que, en el caso de Filipinas es un poco más complicado. Primero hay que estudiar si se tiene derecho a conquistar y cristianizar por la fuerza y sin su voluntad expresa a los naturales. Segundo, de existir ese derecho, le pertenece indudablemente a Portugal, en cuya demarcación se encuentra el archipiélago, de acuerdo con las bulas del Papa Alejandro y los tratados de Tordesillas y Zaragoza. Claro está que desde 1580 Portugal ha aceptado, aunque por la fuerza, a Felipe II como su rey, pero al hacerlo ha quedado estipulado que los dos reinos son completamente independientes y que los españoles no pueden infringir los tratados celebrados acerca de la partición de las Indias. Ya hemos visto cómo el concepto mismo del derecho internacional se había modificado al extremo de no considerar las bulas Papales como títulos de posesión. La justa posesión se tiene tan sólo cuando los naturales de las tierras que se han de colonizar y cristianizar la aceptan voluntariamente. En Filipinas, como en la Nueva España, se llega a la conclusión que los señores de Luzón y Bisayas, por lo menos, han aceptado libremente al rey de España como a su señor natural y, de su libre voluntad, han recibido la fe cristiana. Con esto el sínodo de Manila resuelve los dos puntos, basándose ya no en la donación Papal, sino en la libre voluntad de los filipinos.

En ese mismo sínodo se ordena a los misioneros que aprendan los idiomas nativos para predicar en ellos la doctrina y poder confesar, como se había hecho anteriormente en México. El predicar en lenguas indígenas y conservarlas entre los naturales tenía dos motivos: el primero era indudablemente el facilitar la predicación del Evangelio; el segundo, era colocar entre la simplicidad del indio y la codicia del español la barrera del idioma. Los resultados de esta medida fueron muy dis-

tintos en México y en Filipinas, por razones que veremos adelante.

Como sucedió en México en un principio, las órdenes religiosas tomaron a su cargo la mayor parte de la labor parroquial. Posteriormente los arzobispos y obispos pretendieron que las parroquias pasaran a manos del clero secular, cosa que no pudo lograrse. Las inacabables disputas acerca de las visitaciones atormentarán la historia de la iglesia en Filipinas durante muchos siglos. La situación llegará a extremos increíbles. Hay frailes que no aceptan la visita episcopal porque pertenecen a una orden, pero a la vez no aceptan las órdenes de sus superiores porque son párrocos. Por otra parte, el predominio de las órdenes, a la larga, significaría el predominio del clero español sobre el escaso clero nativo. Este problema constante desembocará, al terminar el siglo XIX en el cisma de la iglesia aglipayana.

En 1601 el padre Chirino de la Compañía de Jesús funda el primer seminario, que pone bajo la advocación de San José, y en 1611 los dominicos fundan la Universidad de Santo Tomás, que aún existe y es la más antigua universidad occidental en el Oriente. En 1640 fray Domingo Fernández de Navarrete, OP, dice que está "incorporada y anexada a la de México" y en 1648 el padre Morales trajo consigo el decreto que la creaba como Universidad Pontificia. Al parecer, por esos tiempos, el padre Navarrete y otros dominicos que habían tratado y conocido al obispo Palafox de Puebla, quisieron aplicar los reglamentos que éste había preparado para la Real y Pontificia Universidad de México.

Con esto hemos visto, en forma somera, cómo en la mayor parte de los casos se utilizaron en Filipinas sistemas ya practicados y perfeccionados en México. Se esperaba que en situaciones iguales y con procedimientos iguales se lograrían resultados idénticos. Pero, como ya habían intuido varios de los misioneros y los cronistas, la premisa primera era falsa, ya que las culturas de los naturales de México y de Filipinas eran completamente distintas y las situaciones, tanto históricas como geográficas, variaban mucho.

Es indudable que el resultado de una conquista no depende exclusivamente de la voluntad del conquistador, sino de ésta y de la manera de ser o de la cultura del conquistado. Si el conquistador encuentra una cultura demasiado fuerte, perfectamente establecida, como en el caso de los ingleses en la India, la conquista es prácticamente imposible. Habrá, cuando más

una ocupación militar y administrativa. Por otro lado, si los pueblos conquistados carecen casi por completo de una cultura estable y viven como nómades o como cazadores y recolectores, se irán replegando al interior de sus tierras y la conquista se convertirá en una colonización, como en los casos de los Estados Unidos, Australia, Argentina o el Canadá. En cambio, si el conquistador encuentra una cultura media, agrícola y estable, tipo mexica o peruano, la conquista se podrá realizar, los naturales serán cristianizados u occidentalizados y, si el conquistador así lo desea, como en México y en Colombia, se podrá crear el mestizaje de la sangre y la cultura.

Por lo tanto conviene hacer una comparación breve entre las culturas de México y Filipinas en tiempos prehispánicos. Lo primero que salta a la vista es el hecho de que las culturas mexicanas están completamente desconectadas de las grandes culturas eurasianas. En cambio la cultura filipina era parte de ese enorme campo cultural de Europa y de Asia. Los mexicanos habían logrado, por sí mismos, en forma autóctona, desarrollar sus sistemas políticos y sociales, hasta llegar a la idea de un Estado perfectamente constituido. Los filipinos vivían aún en la época tribal o, por decir, del clan. Pero en cambio el filipino, por esos contactos eurasianos, tenía una escritura perfectamente desarrollada, que usaba extensamente. Conocían también las armas de fuego y las bestias de carga y tiro, como el carabao. Eran grandes navegantes, cosa indispensable y lógica en una región formada totalmente por islas. En cambio no construían con piedra ni eran alfareros.

Pero a la llegada de los españoles, la diferencia capital entre ambas culturas radicaba en sus contactos con el mundo externo. Los mexicanos tenían relaciones con culturas semejantes a las suyas, en un área relativamente pequeña. Estos contactos eran con los mayas, ya en decadencia, los zapotecas, los totonacas y los purépechas, culturas todas ellas de origen y desarrollo semejantes. En cambio los filipinos, desde hacía siglos estaban ya en contacto con China, Japón, Siam, Indonesia y la India. Por medio del islam, establecido firmemente en el sur de las islas, estaban en contacto con el mundo mediterráneo. A la llegada de los españoles ya habían trabado conocimiento con los portugueses que traficaban en las islas. Sus nexos culturales van del Mediterráneo al Japón, de Persia y Mongolia a las Molucas.

Cuando Cortés toma la ciudad de México-Tenochtitlan y la destruye, para reedificar en sus ruinas la ciudad actual, podemos afirmar que la cultura nahua, como tal, ha desaparecido para siempre. Más tarde se podrá hablar de una cultura mestiza, mexicana, formada por elementos indígenas y elementos españoles. En cambio, cuando el virrey don Alfonso de Albuquerque toma la ciudad de Malaca, los malayos resienten un golpe tremendo a su economía, su comercio y su organización; pero no desaparecen ni la cultura malaya ni su manera de vida. Los comerciantes y sabios malayos musulmanes, perseguidos por los portugueses, se irán a Borneo, a Mindanao, al interior de la península de Malaca y seguirán con su vida y su cultura hasta los tiempos que vivimos.

Hemos visto cómo los filipinos, al igual que todos sus hermanos malayos, eran grandes marinos. El mar era su vida. Era el campo de la pesca, de la piratería y del comercio. Era el camino de las invasiones. Para ellos la libertad del mar era un principio básico. Por algo se llamaban a sí mismo *orang laut*, esto es, hombres del mar. Los blancos no eran para ellos ningunos dioses o seres maravillosos que emergen del mar. Eran más bien, según opinaban muchos de ellos, torpes navegantes, unos más en la larga fila de invasores y mercaderes que había caído sobre ellos desde tiempos inmemoriales. Y a pesar de la llegada de estos hombres blancos, con algunas novedades notables, el poder central, el poder tradicional, seguía siendo el del Imperio Florido del Medio, el de los emperadores chinos. Ya los portugueses, a su llegada a Calicut a principios del siglo XVI habían tropezado con ese problema de la libertad de los mares y de la libertad del comercio marítimo para todos los pueblos de la tierra. Para Vasco de Gama, siguiendo a la letra lo escrito en las bulas pontificias, todo mar al oriente de la línea de demarcación era propiedad exclusiva del rey de Portugal. Pero los miles de navegantes y mercaderes que traficaban por el Océano Índico, el Golfo de Bengala o el Mar de China no lo entendían así. En Calicut, en Malaca, en Ormuz, en Zanzíbar, en Cantón, se reunían naves de muchos países, de muchas lenguas y muchas religiones. Había juncos chinos, prahos malayos, barcas árabes, dows africanos y naves de la India, de Gujerat, de Persia y de Egipto. Y todos comerciaban y el comercio era productivo para todos, no tan sólo en lo que se refiere a llevar mercancías del Oriente a los mercados de Europa, sino

sobre todo en llevar y traer bienes a China, a Japón, a la India y a las Islas Indonesias.

Y los marinos y comerciantes de todas esas razas entendían y respetaban las leyes del mar. Había piratas y muchos comerciantes no desdeñaban, cuando podían, algún acto de piratería pero era obligación de los señores que cobraban tributo en los grandes centros de comercio el ver que los piratas no molestaran a los comerciantes que pagaban el debido tributo. En la gran zona del Asia Sudoriental, desde el Golfo de Bengala hasta el Mar de Japón, la flota imperial china había establecido una especie de *Pax Clinica* y los señores de las grandes ciudades marítimas de esas zonas eran, por lo general, vasallos del gran emperador.

Al principio los portugueses no entendieron ese sistema. No tenían tan sólo la idea del dominio absoluto de los mares y del comercio, sino la de destruir al islam en la retaguardia. Pero la guerra de cristianos en contra de musulmanes no interesaba a los señores de las ciudades marítimas como Calicut. Pronto se hizo la guerra. Gracias a su valor y sus naves de alto bordo y su mejor artillería, los portugueses lograron derrotar en algunos encuentros a las flotas combinadas de Calicut y Egipto y ocupar algunas plazas en las costas de la India, África y Arabia, tratando así de cerrar el paso del Océano Indico al Golfo Pérsico y al Mar Rojo. Pero el fracaso que sufrieron cuando quisieron tomar la ciudad de Calicut por la fuerza los hizo ver que una conquista total de la India era completamente imposible. Cuando mucho podrían aspirar a suplantar a los musulmanes como los principales comerciantes en esos mares y a ocupar algunas ciudades en las costas, como Ormuz, Goa y Cochín y, más tarde, Malaca, Ternate, Amboína y Macao. Pero fundamentalmente los portugueses no serán conquistadores. Serán unos comerciantes más, los más importantes del siglo XVI en esa zona, quienes pronto se dan cuenta de que el comercio más productivo no es necesariamente con Europa, sino con los mismos pueblos asiáticos. Las naves portuguesas, aseguradas por su artillería superior que las defiende de los piratas, abren el tráfico entre China y Japón. Traen caballos de Ormuz para la India, aletas de tiburón, cuernos de rinoceronte, bálsamos, algodón y nidos de golondrina; junto con las especias tan codiciadas a China. Más tarde, los holandeses y los ingleses van a seguir ese ejemplo y no será sino a mediados del siglo XVIII cuando intenten conquistas totales en Asia, partiendo de las factorías costeras con las cuales se habían conformado anteriormente.

Siguiendo este sistema, en nada intervienen en la vida local, mientras ésta no entorpezca el comercio o ponga en peligro la existencia misma de la factoría. No se interesan por la moral, la religión o la política de los naturales y no pretenden ni su conversión a la religión cristiana o su occidentalización. La Compañía Holandesa de las Indias Orientales se opone sistemáticamente a todo lo que pueda representar un gasto inútil, incluyendo las exploraciones, como las de Tassman. Posteriormente los vemos establecidos miserablemente en el Japón, en la isla de Deshima, tolerados apenas, burlados y convertidos en payasos de la corte del Shogún en Tokio, cuando se les obliga a ir allá a llevar regalos. Y todo lo soportan por la ganancia que tienen en ese comercio. Los portugueses al principio inician un amplio movimiento misional, sobre todo con la recién formada Compañía de Jesús y ese hombre increíble en los trabajos de conversión que fuera San Francisco Xavier; pero pronto se dan cuenta de que la labor es imposible y la abandonan casi totalmente, para sostener parroquias, hospitales y escuelas tan sólo en las factorías mismas, para el uso de portugueses y naturales convertidos ya. Por un tiempo sostienen misiones en China y en Japón, hasta que los dos imperios se cierran al trato con Occidente.

A este mundo completamente desconocido e ininteligible para ellos llegan los españoles. Sueñan con realizar en el Oriente una conquista a la manera americana. Ya Cortés mismo lo había ofrecido en su carta al emperador: "Yo me ofrezco a descubrir desde aquí toda la Especiería y otras islas que hubiera cerca del Maluco y Malaca y la China y aun de dar tal orden que vuestra majestad no halla la especiería por vía de rescate, sino que la tenga por cosa propia y los naturales de aquellas islas lo reconozcan y sirvan como a su rey y señor." Como se ve, no les interesan a los españoles las fundaciones de factorías y de depósitos fortificados de mercancías, en los que se puedan trocar los artículos de Europa por los productos de la tierra. Quieren una Nueva España, un Perú. No son mercaderes, son conquistadores; no son tratantes de caballos, sino soldados del más poderoso monarca de la tierra. Pero a la región a la que han llegado, el Oriente antiguo y sabio, las reservas humanas y culturales son inagotables. No es cosa de un golpe de audacia, de ganar algunas batallas o formar unas alianzas para lograr una conquista total, con su subsecuente colonización y pacificación. Si han de lograrlo, con el mismo

asombroso éxito que han tenido en América, tienen que ampliar en mucho su radio de acción. No pueden conseguir la conquista total de Filipinas y dejar a los vecinos poderosos en libertad. Sería necesario conquistar el imperio de la China, el de Japón, los reinos de Siam y los sultanatos de Borneo; tendrían que dominar con sus flotas los Mares Amarillo, de China, de Sonda, de Arafura, además del Pacífico y el Golfo de Bengala por lo menos. La labor, a simple vista, se sabe que es imposible. No logran ni siquiera la reducción total de los musulmanes en Mindanao y Jolo.

Convertir al cristianismo a las tribus animistas de Luzón y las Bisayas resulta relativamente fácil. Legazpi lo ha predicho: "Estos naturales se podrán convertir fácilmente a nuestra Santa Fe Católica, porque la mayor parte de ellos son paganos, con la excepción de los naturales de Borneo y Luzón, que son en su mayoría moros." Y así resultó. Los tagalos y pampangos y todos aquellos que no eran musulmanes se convirtieron con rapidez, con los mismos sistemas que se han experimentado en México. Pero allí para la cosa. Los budistas, los musulmanes, los confucianos en China, los brahamanes en la India no se rinden con facilidad ni a la nueva religión, ni a los nuevos invasores. Si los españoles quieren traficar, como lo hacen los portugueses, serán bienvenidos porque la competencia siempre es saludable en el comercio, y los españoles parecen tener cantidades ilimitadas de plata. Pero si quieren conquistar y adueñarse de la tierra, es otra cosa.

Y por la fuerza de las armas una conquista total de toda la zona necesaria para la seguridad de las Filipinas resulta prácticamente imposible. No falta un gobernador que pida quinientos soldados españoles para ir a la conquista del imperio chino, pero todos saben que es impracticable. La distancia a España es enorme; enorme aun a la Nueva España; los españoles radicados en México no se interesan por la aventura filipina, con lo cual nunca se podrá reunir gente de armas suficiente para una empresa semejante. Traer un ejército español en forma desde España presenta dificultades impasables y gastos que difícilmente va a arriesgar la corona.

Y para colmo de males, en las islas no hay oro, ni especias, ni facilidad para hacer fortuna. Llega el momento en el cual los españoles desesperan de su empresa y hasta piensan en abandonar Filipinas. Esta medida drástica no se toma por razones religiosas y morales. Ya hay muchos cristianos en Filipinas

y sería cargar gravemente la real conciencia el abandonarlos a su suerte entre musulmanes e infieles. Así, no pudiendo abandonar las islas, no logrando una conquista total, se llega consciente o inconscientemente a un acomodo necesario. Todo lo que no sea la ciudad de Manila se abandona prácticamente en manos de los conventos de misioneros, y los españoles tan sólo van a las provincias, una vez al año, a cobrar los tributos, y esto acompañándose varios de ellos, pues no se atreven a ir solos. En Manila, para defenderse de los chinos establecidos en los alrededores, de los piratas musulmanes y de los holandeses, se levantan murallas formidables, dentro de las cuales, la zona llamada "intramuros", no pueden vivir naturales ni chinos. Establecido el comercio con China y Acapulco, la ciudad se convierte en una enorme factoría. Todos los españoles que viven allí se dedican casi exclusivamente a ese comercio.

Así mientras en Manila se vive con derroche, la vida filipina en el campo, en las provincias, sigue su curso igual al tiempo prehispánico, con el aditamento único del convento. Junto con el Padrenuestro, el campesino ha aprendido el uso del arado, pero nunca conocerá el asno y poco el caballo. Tampoco se establecerán grandes haciendas ganaderas ni se implantarán nuevos cultivos, fuera del tabaco, el cacao y un poco de maíz. Por lo tanto, el filipino sigue viviendo del arroz y de la pesca. No sucede como en la Nueva España que el indio empieza rápidamente a usar los productos y los animales de España, como el trigo, la cebada, el ganado, los caballos y los asnos, los borregos y las gallinas. Asimismo en Filipinas, en el campo, las costumbres españolas, fuera de las aportadas por la religión, no permean ni se logra establecer el idioma. En verdad el filipino se entera de la presencia de los "castilas" cuando tiene que pagar el tributo o ir al "repartimiento", por lo general a los astilleros de Cavite. Así no hay un verdadero contacto entre el indio y el español. Hay una casta de "castilas" que viven intramuros y hay otra de "indios". En medio de las dos quedan los comerciantes y artesanos chinos y los "guachinangos", esto es, los soldados y marinos mexicanos.

Con tal sistema el mestizaje resulta casi imposible y el indio que se cristianiza no se hispaniza, no se occidentaliza. Y como el hombre de intramuros no suele quedarse de por vida en Filipinas, sino que una vez hecha su fortuna o cumplido el servicio real que le fuera encomendado, se regresa a la Nueva España o a España, tampoco se llega a formar la clase criolla

que tanta preponderancia habría de adquirir en la América española. Durante los primeros años de la conquista y pacificación el filipino no aprende el español, porque tiene pocos tratos con el "castila". Posteriormente los mismos frailes, celosos de su poder sobre los pueblos de naturales, se opondrán a la enseñanza del castellano, para seguir siendo siempre el mediador indispensable entre las autoridades de Manila y el pueblo. Órdenes van y vienen, reyes y virreyes escriben ordenando, sobre todo en el siglo XVIII, la enseñanza del español, pero el misionero local es más poderoso que todos ellos y aplica la vieja fórmula "obedézcase, pero no se cumpla", y el español no se enseña. Aún en la segunda mitad del siglo XIX una de las grandes quejas de hombres como José Rizal o Jaena es que no se enseña el español a los filipinos y se les tiene así fuera de la vida política de la totalidad hispánica. Por otra parte el problema entre el clero regular y el secular no se llega a resolver totalmente, siendo así en muchos aspectos nula la autoridad episcopal y llegándose a extremos, como sucediera al arzobispo de Santa Justa y Rufina, quien se empeñó en ordenar un clero filipino, mal preparado o sin preparación alguna y llegó a un desastre, no tan sólo para él, sino para el futuro del clero nativo.

Claro está que cuando se hace la independencia americana y, sobre todo, cuando se abre el Canal de Suez y se populariza la navegación al vapor, miles de españoles se vierten sobre Filipinas. Ya no existe el tráfico del galeón y esos hombres se derraman sobre todas las islas, fomentan la agricultura, la minería, el comercio y la industria. Pero esto en verdad sucede en la segunda mitad del siglo XIX y el esfuerzo ya es tardío. Mientras los españoles vienen a Filipinas en busca de fortuna, los filipinos van a España en busca de un clima de libertad en el cual poder expresar sus ideas de igualdad, prohibidas en Manila. Y en España esos hombres pueden escribir, hablar, fundar periódicos y editar libros que circulan en la península abiertamente y de contrabando en Filipinas. Así surgen las dos extraordinarias novelas del doctor José Rizal, *Noli me Tangere* y *El filibusterismo*.

CAPÍTULO IX

LAS REBELIONES FILIPINAS

La independencia de Iberoamérica fue obra de los criollos. Era la rebelión del criollo, con su naciente nacionalismo y su amor a la tierra que lo viera nacer, en contra del peninsular que por lo general sólo veía las nuevas naciones como lugares donde explotar hombres, minas y tierras, para llevarse sus riquezas a la corte decadente de Madrid. Francisco de Miranda, José de San Martín, Simón Bolívar, Sucre, Santander, Morazán, Cecilio del Valle, Hidalgo, Allende, Aldama, Iturbide eran criollos. En muchos casos los indios puros, como los de la ciudad de Coro, en Venezuela, se oponen a los movimientos de independencia. Como lo dirán claramente, desconfían más de los criollos, a quienes han tenido siempre cerca, que de un rey lejano y que es, para ellos, una justicia en último recurso.

Filipinas ha dependido en lo económico, en lo social, en lo religioso y hasta cierto punto en lo político de la Nueva España. Su lazo de unión único era el galeón de Manila. Al finalizar el siglo XVIII el tráfico agoniza y el golpe de muerte se lo da la Independencia de México. Desde Carlos III y el envío de el *Buen Consejo* en 1766, el galeón está sentenciado a muerte, pero por inercia sigue hasta 1815. Agustín de Iturbide, al firmar los Tratados de Córdoba que afianzan la Independencia mexicana, envía cartas a las gobernaciones que dependieran del virreinato, Guatemala y Yucatán aceptan unirse al movimiento, pero Cuba y Filipinas lo rehuyen. En Guatemala el mismo gobernador, reunido con los criollos, declara la independencia. Pero en Filipinas no hay criollos como ya hemos visto. El gobernador Folgueras no se da por enterado de la carta de Iturbide. Los filipinos, en general, ni siquiera

se enteran de la noticia, si no son algunos de los miembros de la administración y de la milicia.

Pero Filipinas ha estado ligada a México durante doscientos cincuenta años. Resulta imposible el imaginar que después de dos siglos y medio de unión, el gobierno de Filipinas pasa de México a España sin que se note efecto alguno en las islas. Sabemos que por lo menos los filipinos de la ciudad de Manila se enteraron de los sucesos y estaban al tanto de las actividades de Agustín de Iturbide. La Gironiére cuenta cómo su mujer, que dice ser la marquesa viuda de Salinas, ha pedido que le envíen sus bienes de México. Éstos, en forma de monedas de plata, se mandan de la ciudad de México al puerto de San Blas para embarcarse con destino a Manila, junto con dineros de otros filipinos. Agustín de Iturbide asalta la conducta y decomisa el dinero. Por falta de él, la Gironiére tiene que quedarse en Filipinas muchos años y fundar la empresa agrícola de Jala-jala en la Laguna de Bay. Así vemos que los manileños, por lo menos, estaban hasta cierto punto al tanto de lo que sucedía en la América española. Por otra parte, sabemos que el gobernador de las fortalezas de Zamboanga era nada menos que don Juan de San Martín, hermano del Libertador de la Argentina. No es de creerse que no estuviera al tanto de la fama de su hermano. Y surgen los primeros disturbios de tipo americano en Filipinas.

El 17 de abril de 1821 se descubre en Manila la conspiración de don Francisco Bayot, criollo. Era éste un coronel del batallón de mestizos "Príncipe Real", emparentado con gran número de militares en el archipiélago. La conspiración se ve descubierta, pero el gobernador interino Folgueras se da cuenta del grave peligro que corren los españoles en Filipinas, donde la mayor parte de las tropas son nativas o de "guachinangos". Inmediatamente informa a la corte, y ésta envía al nuevo gobernador don Juan Antonio Martínez Alcovendas y Varela con todo un nuevo cuerpo de oficiales peninsulares. Como llegan con uniformes nuevos y kepis lujosos el pueblo de Manila, irónico siempre, los bautiza con el nombre de los "cachuchas". Estos oficiales toman los cargos que tienen tanto los criollos como los mexicanos, lo cual ahonda el descontento en las tropas y va a provocar la segunda revuelta, esta vez sangrienta, de Andrés de Novales.

Pero antes de hablar de esta segunda revuelta, con indudable influencia mexicana, conviene estudiar, aunque sea en forma muy somera, las muchas revueltas que se habían sucedido en Filipinas en contra del poder español. En todas ellas, como la de Diego Silang y Gabriela su mujer, o la de Malong o la de Dagohoy encontramos algunas características semejantes. No se trataba de revoluciones de independencia, movidas por un ideal nacional o nacionalista. Probablemente los caudillos de esas revueltas no tenían una idea clara de independencia política. Todas fueron provocadas por razones locales, cuestiones del "repartimiento" o del tributo; otras, simplemente por malas autoridades pueblerinas, torpemente sostenidas por la capital. Son indudablemente Francisco Bayot y sus colegas en la conspiración los primeros que tienen una idea clara de independencia para Filipinas.

Entre los oficiales de guarnición en el Fuerte Santiago, en Manila, se encontraba un cierto Andrés de Novales. Según algunos era criollo de Manila, según otros era originario de la Nueva España. A la llegada de los "cachuchas" se le remueve de su mando en Santiago, para enviarlo a las fortalezas del sur, en la zona musulmana. La noche del 1º de julio de 1823 debe embarcarse, pero su nave no puede zarpar debido al mal tiempo, así que regresa al fuerte y habla con su hermano. Los ochocientos hombres de la guarnición, mexicanos en su mayoría, escuchan las palabras de los hermanos Novales y se entusiasman ante la idea de independencia. Con este apoyo, resuelven dar un golpe de mano y apoderarse de la persona del gobernador Martínez de Alcovendas y del ex gobernador Folgueras. Al segundo lo sorprenden en su casa y lo matan. El primero estaba descansando en el Palacio de Malacañang, que era entonces la casa de campo de los gobernadores y es ahora el Palacio Presidencial. Advertido del levantamiento, llama a las tropas leales del Regimiento de Pampanga y se inician los combates dentro de la ciudad. Novales es derrotado y hecho prisionero y el mismo día 2, después de un juicio sumario, es fusilado en la Plaza de Manila, con dieciséis compañeros.

Durante la revuelta Novales había tomado o sus hombres le habían dado el título de "Emperador de las Filipinas", probablemente siguiendo los lineamientos de Iturbide. Ahora puede movernos a risa ese título, pero hay que tomar en cuenta que en esos años se vivía la era napoleónica. Si un oficial de artillería de Córcega pudo llegar a ser emperador de Francia, los tronos estaban al alcance de todo el mundo. Agustín de Iturbide hizo lo mismo y fueron muchos otros los que lo in-

tentaron. A Simón Bolívar le ofrecieron repetido número de veces la corona. Recordemos durante el siglo XIX los ridículos reinos de Peter Dillon en Ticonderoga o de Raousset de Boulbon en *Le Royaume de la Sonora*. Jurgen Jurgensen se haría rey de Islandia. Pero Novales, al adoptar el título imperial, indica con ello que su revuelta pretendía una total independencia filipina, idea muy distinta a los movimiento de los naturales en años anteriores.

La conspiración de Bayot y el levantamiento de Novales son los primeros movimientos libertarios criollos en el archipiélago y en todo el Oriente. Son en verdad parte de la gesta de la independencia de la América española. En Filipinas aborta porque en esos años, como ya hemos visto, no existía un elemento criollo lo bastante numeroso y organizado para dirigir y llevar a buen término una revuelta de ese tipo. Tendrán que pasar setenta años para que se vuelva a formar una conciencia nacional que promueva por la fuerza de las armas la independencia.

Una vez lanzadas las ideas de una posible independencia, persistieron durante muchos años. La decadencia política de España les daba mayor fuerza. Entre los hombres que meditaban y trabajaban con el fin de lograr por lo menos igualdad entre el filipino y el español, debemos recordar al sacerdote Peláez, muerto prematuramente en el terromoto de Manila y al padre Burgos, ajusticiado por los españoles, junto con los padres Zamora y Gómez. El ajusticiar a estos tres sacerdotes filipinos fue uno de los errores más graves del gobierno español. El otro fue el fusilamiento del doctor José Rizal en el Parque de la Luneta, en Manila.

Rizal y un grupo de hombres cultos trabajaron muchos años en Europa y Filipinas para hacer permear la idea de una igualdad en todos sentidos entre españoles y filipinos. Sus ideas eran nobles, pacifistas y prácticas si los gobiernos que se sucedían entonces en la península hubieran tenido la capacidad o el tiempo necesario para aplicarlas. Pero el pueblo se agitaba también. En Manila, la población urbana, que empezaba a educarse, se agitaba ya y surgió, bajo la dirección de Andrés Bonifacio, el movimiento llamado "Katipunan" que propugnaba por una completa independencia, lograda si era necesario, por la fuerza de las armas.

El momento histórico era contrario a las aspiraciones justas de los filipinos. El final del siglo XIX marcaba el triunfo mundial del colonialismo en todos sus aspectos. El místico y poeta de este colonialismo, Rudyard Kipling, con una gran inocencia que más parece cinismo, va a llamarle a este sistema *the white man's burden*, la carga del hombre blanco que tiene que civilizar, organizar y salvar a todos los hombres de color, negros, amarillos, rojos o cafés. Ésa es la responsabilidad del hombre blanco y el hombre blanco no puede dejarla. Tiene que echarse ese trabajo sobre las espaldas. Al hombre de color, infantil, irresponsable, no le queda más tarea que la de dejarse civilizar y producir todas las materias primas que le interesan a su redentor y consumir lo que su sacrificado civilizador le quiera vender. En este sistema colonial no se trata de formar un mestizaje o una raza universal sin distingos. No se trata de elevar al hombre de color a la altura inalcanzable del hombre blanco. Pensar en la posibilidad de eso es una herejía que va en contra de todos los sacrosantos principios del colonialismo y, sobre todo, en contra de los porcentajes utilitarios.

Por esos años la India corona a la reina Victoria como emperatriz de la India; Hawai, que fuera un reino independiente durante cerca de cien años, pide su anexión a los Estados Unidos, aunque sea en calidad de territorio, ya que no logra la categoría de Estado de la Unión. Egipto y el Sudán piden el protectorado inglés. Los sultanatos de Borneo piden quien los proteja y se entregan, no a Inglaterra, sino a una compañía británica que recuerda las mejores novelas de Joseph Conrad. África es colonizada, lo mismo que partes de Siam que ocupa Francia y Bélgica se lanza a la aventura del Congo. Rusia redondea su larga expansión en Asia y toma los territorios del río Amur que eran parte integral del imperio chino. Es el momento del triunfo del hombre blanco, del europeo. El hombre de color sabe que lo necesita y "voluntariamente" pide a gritos su gobierno y su tecnología. Pide sobre todo su mano paternal que lo redima. Es el tiempo en el cual todas las islas del Pacífico caen en poder de los países occidentales, de los Estados Unidos y del Japón que se ha sentido, en medio de sus adelantos técnicos, partícipe en llevar sobre sus hombros la carga del hombre blanco.

Y es ése el momento que escogen los filipinos para iniciar su lucha por la independencia, para constituir la Primera República con la Constitución de Malolos. Es obvio el preguntar el porqué de esta actitud filipina tan contraria a las corrientes de la historia. Se ha dicho que la carga impuesta por España sobre el archipiélago era tan dura, tan tiránica, que obligó a los filipinos a

buscar su independencia. Probablemente era menos dura que el peso del colonialismo de otros países europeos. El régimen español era viejo, decadente y, por lo tanto, menos gravoso para el pueblo dominado. Por otra parte, España para fines del siglo XIX, no estaba tan débil que pudiera desbaratarse en cualquier momento. En verdad estaba en esos días más fuerte que lo que había estado en muchos años e iniciaba su expansión colonial en África. Así vemos que no tan sólo no era el momento oportuno históricamente hablando para un movimiento de independencia en contra del hombre blanco, sino que España tenía los medios para vencerlo. Sin embargo, es el momento que escogen Cuba y Filipinas para lanzarse a la lucha por la independencia. Desde que se disparó el último cartucho en las guerras libertarias de la América Española, no se había disparado un tiro en busca de la libertad de una colonia. Todo lo contrario. Como ya hemos visto, se había incrementado enormemente el número de colonias europeas en el mundo, sobre todo en Asia y en África.

Tampoco podemos considerar a los movimientos libertarios de Cuba y Filipinas como un prólogo para las ideas libertarias y anticolonialistas que habían de surgir en todo el mundo cincuenta años más tarde y culminar con la independencia de los países asiáticos y africanos que estamos presenciando ahora, lo mismo que la autonomía, concedida en forma pacífica, a las antiguas colonias inglesas en América. Del movimiento filipino y cubano al actual pasan cincuenta años y dos guerras mundiales que cambian por completo el pensamiento político del hombre en el mundo. Para poder entender el movimiento de independencia filipino en los finales del siglo XIX tenemos que verlo, no como un prólogo de la emancipación asiática, sino como una conclusión lógica de la Independencia de México, retardada, pero con los mismos lineamientos generales.

La independencia filipina se ve abortada por la intervención de los Estados Unidos en 1898. El presidente McKinley declara la guerra a España y el almirante Dewey destruye a la flota española en la bahía de Manila y ayuda a los rebeldes, bajo las órdenes del general Emilio Aguinaldo, que ya tienen sitiada la ciudad. Pero los norteamericanos viven la época histórica del colonialismo. Los filipinos son los *little brown brothers* a quienes hay que llevar por los caminos del bien, de la democracia. Con ese pensamiento pactan con España en París y ocupan las Islas Filipinas y conceden graciosamente su libertad a Cuba. No tiene en ese momento ninguna importancia el hecho que los

filipinos no estén de acuerdo, que se levanten en armas y combatan con un heroísmo pocas veces igualado durante dos años. Las grandes potencias han pactado en París y las Filipinas será una colonia norteamericana. Tal vez los habitantes de las islas tomen la actitud ilógica de rechazar esa nueva colonización. La carga del hombre blanco es el hacerles saber que están en el error.

Los Estados Unidos estuvieron presentes en Filipinas durante cincuenta años. Sin justicia ocuparon el territorio de una república ya constituida. Pero para decir la verdad, tal vez por aquello de la "real conciencia" que en este caso sería la "presidencial conciencia", pronto se dieron cuenta de que estaban en un territorio que en justicia no les pertenecía y se ocuparon en gran cantidad de obras trascendentes, como la educación del pueblo y, cuando ofrecieron conceder primero la autonomía, en el *Commonwealth,* lo cumplieron y, más tarde, sin luchas, concedieron la libertad total pasada apenas la guerra mundial.

CAPÍTULO X

MÉXICO EN FILIPINAS

Las rutas del comercio no sirven tan sólo para llevar mercaderías. Llevan también hombres y, con los hombres, las ideas, las palabras, las maneras de vida, las artesanías y las artes. Doscientos cincuenta años de contacto y comercio entre Filipinas y México tuvieron que dejar enormes huellas en los dos pueblos. En una estampa mexicana del siglo XIX el artista representa al puerto de Acapulco. Es un pintor de la época romántica, cuando el mar siempre se veía encrespado. Así en la estampa las olas rompen en la playa de Hornos, mientras algunos veleros se inclinan ante el viento. Y casi en primer plano vemos algo sorprendente, algo que no es de América: una canoa con balancines a la manera malaya o polinesia, una canoa que no se vuelca aún en las olas más altas. En ninguna otra parte de América, ni aun entre los caribes, grandes navegantes, se encontrará un artefacto semejante que ha llegado a Acapulco con los marinos de Filipinas que tripulaban el galeón de Manila.

Y asimismo llegaron a Filipinas, desde México, una gran cantidad de cosas. No tan sólo la plata de las minas, que hizo posible el comercio con China, sino miles de productos, de ideas, de maneras de vida, importantes unas, humildes las otras, que son ahora parte integrante de la cultura filipina, que el filipino actual consume y usa, sin saber muchas veces de su origen mexicano. Pero las ideas y los productos viajan siempre con los hombres y por lo tanto conviene, antes de ver esas cosas mexicanas que aún existen en Filipinas, el tratar de entender a los hombres que las trajeron.

Hubo en Filipinas tres tipos diferentes de hombres mexicanos, tanto criollos, como indios y mestizos. Unos eran los oficiales del

rey, miembros de la Audiencia, de la administración pública y los comerciantes, a quienes podremos llamar los hombres de intramuros. Otros eran los clérigos, obispos, sacerdotes, misioneros miembros de las diferentes órdenes religiosas. Los terceros eran los "guachinangos", los hombres del pueblo, los soldados y marinos, anónimos, olvidados, absorbidos en su totalidad por la población filipina. De los primeros y los segundos conocemos muchos nombres y muchas biografías. De los terceros no conocemos más que la huella que dejaron de su paso por la vida filipina. Los dos primeros grupos se integraban con criollos de las diferentes provincias del virreinato. El segundo se formaba con indios y con mestizos.

En los grupos de criollos podemos contar en primer lugar a los dos nietos de Legazpi, Felipe y Juan de Salcedo, naturales de la ciudad de México. Juan se destacó por su grandes dotes militares en la conquista y la pacificación y por salvar a Manila del ataque del pirata Li-Ma-Hong. Pero dejó también fama por su amor y comprensión de los naturales. Murió a los veintisiete años de edad, dueño ya de una encomienda considerable que heredó a sus mismos vasallos filipinos. El primer tesorero de la catedral de Manila era el padre Luis de Salinas, originario también de la ciudad de México. El primer misionero de Cebú, el padre Agustín de Villegas era también mexicano.

La hija de don Antonio de Morga, el inquieto y célebre cronista, casó en Manila con un mexicano, Juan Alonso de Mojica. Y también criollo de la Nueva España, originario de la Puebla de los Ángeles era Felipe de las Casas, más conocido como San Felipe de Jesús, mártir del Japón, quien vino a Filipinas castigado por su familia y allí se convirtió e ingresó como hermano lego al Convento de San Francisco.

En 1653, junto con el nuevo gobernador don Sabiniano Manrique de Lara, llegó a Manila el arzobispo don Miguel Millán de Poblete, natural de Puebla, quien había sido gran amigo y compañero del obispo Palafox y que trajo a las islas el mismo deseo que tuvo siempre su amigo, de controlar las actividades de los misioneros del clero regular. Fracasó en su intento por no contar con los suficientes sacerdotes seculares, ya que por entonces había en las islas doscientos cincuenta y cuatro miembros de las órdenes y tan sólo sesenta sacerdotes seculares. Con el arzobispo Poblete vino también el dominico fray Rodrigo de Cárdenas, nombrado obispo de la Nueva Segovia y que era natural del Perú. Por cierto que una piadosa leyenda nos cuenta que fue el arzo-

bispo mexicano Millán de Poblete quien logró que las sardinas regresaran a las aguas de la bahía de Manila, cuya ausencia había hecho padecer gravemente a los naturales. Resulta que el gobernador Hurtado de Corcuera tuvo tan graves diferencias con el arzobispo de Manila que recurrió al extremo de desterrarlo de la ciudad a la isla de Corregidor. El arzobispo, como respuesta, puso en entredicho a la ciudad y el mismo día desaparecieron todas las sardinas de la bahía. Millán de Poblete, al llegar a Manila, logró un acuerdo con el gobernador don Sabiniano y levantó las censuras eclesiásticas que pesaban sobre la ciudad. Para celebrarlo se organizó una lucida procesión, con todas las corporaciones y el cabildo y ese mismo día volvieron a aparecer las sardinas en las aguas de la bahía.

Por esos tiempos estaban en Manila otros criollos mexicanos de importancia en la vida colonial. Miembros de la Real Audiencia eran don Sebastián Caballero de Medina y don Salvador de Espinosa, mexicanos.

En 1762 era arzobispo de Manila don Manuel Antonio Rojo, natural de Huichapan, México. A la muerte del gobernador don Pedro Manuel de Arandia, fue declarado gobernador interino y a él correspondió el defender la colonia de los ataques de los ingleses y el triste deber de entregar la ciudad a las fuerzas invasoras. Pero al hacerlo tuvo buen cuidado, aun a riesgo de su vida y libertad, de salvar las fuerzas filipinas y mexicanas que estaban bajo las órdenes de don Simón de Anda, para que pudieran seguir la lucha en contra de los ingleses. Asimismo pudo poner a salvo la plata del galeón que llegaba de Acapulco.

Entre los primeros misioneros que pasaron a Filipinas encontramos a muchos mexicanos. Ya hemos visto cómo fray Andrés de Urdaneta había profesado en la ciudad de México y trabajado largos años en la Nueva España. Lo mismo podemos decir de fray Martín de Rada su compañero, que se preciaba también de ser gran cosmógrafo y de haber estudiado matemáticas en Salamanca. Pasó de España a México en 1567 y se especializó en el estudio de la lengua otomí.

Agustinos también eran fray Diego Ordóñez de Vivar, natural de la ciudad de Guadalajara en la Nueva Galicia, quien llegó a Manila en 1570 y murió en un pueblo de la Pampanga, en la isla de Luzón en 1603. Fray Gerónimo Marín era originario de la ciudad de México y pasó a Filipinas en 1571, donde se destacó al lograr la pacificación de los rajás Lacandola y Ladia Solimán quienes, aprovechando la llegada de Li-Ma-Hong, habían aban-

donado su nueva fe y se habían unido con los chinos en contra de los españoles. Más tarde fue con el padre Rada a China y posteriormente fue enviado de regreso a España como comisario de la orden, para ir a morir al Convento de Tlayacapán en 1606. Fray Juan Gallegos, definidor de la orden, muerto en 1581, era natural de la ciudad de México, lo mismo que el padre fray Juan de Bihuerta quien fue a morir junto al gobernador Dasmariñas cuando los remeros chinos de su galera se amotinaron en la ruta a las Molucas en 1593.

El primer prior del Convento de Guadalupe en Filipinas, nombrado en 1601 fue fray Juan de Montesdoca, quien siendo muy niño había sido llevado por sus padres a México, donde se educó y profesó. Según fray Elviro Pérez, OSA, la primera imagen de la Virgen de Guadalupe que hubo en dicho convento fue una de talla, traída de Extremadura. El mismo año de 1601 murió a manos de los naturales el fraile mexicano Esteban Martín.

Era tal la cantidad de agustinos criollos que pasaron a Filipinas que se llegó a crear un conflicto grave entre los peninsulares y los mexicanos. La cuestión hizo crisis cuando fray Vicente de Sepúlveda quiso reformar la orden y hacerla a su imagen ascética y estricta en todo. La idea era laudable sin duda, pero al parecer fray Vicente no tenía mucho tacto y se echó en contra a los frailes criollos de México. El 30 de junio de 1617 un grupo de frailes descontentos asesinó en su celda a fray Vicente. Fue tal el escándalo provocado por este crimen que, por un tiempo, pareció acabarse la cuestión entre españoles y criollos aunque en los capítulos de la orden de 1623, 1626 y 1629 se volvió a hacer sentir con tal fuerza que las autoridades civiles tuvieron que mandar una guardia especial que cuidara de la paz en las deliberaciones.

También fueron muchos los franciscanos mexicanos que pasaron a Manila en los primeros años de la pacificación y cristianización. Uno de los primeros fue fray Juan de Ayora, el cual, aunque no era mexicano, tenía un largo historial en la Nueva España, donde había compuesto un *Arte de la lengua mexicana* y un *Vocabulario mexicano*. Felipe II lo había propuesto para obispo de Michoacán pero, por la santa humildad, renunció a ello y vino ya anciano a Filipinas, donde murió.

De Matlazingo, cerca de Toluca, era fray Antonio de Villanueva, quien fuera guardián del Convento de Metepec y ya de más de sesenta años pasó a las Filipinas y, posteriormente, a

China, donde murió en 1582. De la ciudad de México eran fray Miguel de Siria y fray Alonso de Jesús, alias "El Capitán" porque en sus mocedades había sido soldado en ciertas conquistas de América. Vino a morir en Manila en 1586. Fray Miguel de Bustos llegó a Manila siendo aún lego y murió en 1585 a los pocos días de cantar su primera misa. Era originario de la ciudad de México. De Lagos en Jalisco era fray Diego Bernal que murió ahogado cuando iba de regreso a México, junto con el padre Rufino de Esperanza, hijo también de la provincia del Santo Evangelio de México. El tlaxcalteca fray Juan Lorenzo había sido minero y acuñador de moneda en sus juventudes y ya tenía más de cuarenta años cuando tomó el hábito en Manila.

En el galeón de 1592 se embarcaron en Acapulco muchos franciscanos, entre los cuales encontramos a doce que habían profesado en el Convento de San Diego y a tres en el de San Cosme en México. Posteriormente pasaron muchos otros mexicanos aunque poco a poco, como lo podemos ver en el *Catálogo biográfico de religiosos franciscanos* del padre Eusebio Gómez Platero, dejaron de ir mexicanos a Filipinas y se incrementó el número de españoles hasta que a fines del siglo XVIII ya prácticamente no se encuentran franciscanos de México en las misiones filipinas. Prácticamente lo mismo se puede decir de los dominicos y los agustinos.

Fueron también muchos los misioneros dominicos que pasaron a Filipinas de Puebla, México, Chiapas y Guatemala. La primera misión dominicana que salió de España era la presidida por fray Juan de Castro. El 17 de julio de 1586 se embarcaron en España cuarenta frailes, pero tan sólo quince de ellos llegaron a Manila un año más tarde. De los veinticinco faltantes, algunos quedaron en México, pero la mayor parte murió en el trayecto. En la tercera misión de la Orden de Predicadores, en 1589, pasó fray Alonso Montero, quien había profesado en el Convento de Santo Domingo de la ciudad de México, aunque era castellano de nacimiento. En la misión de 1595 pasaron fray Juan de Zarfate y el hermano Dionisio, lego, ambos originarios de la ciudad de México. En 1598 llegó a Filipinas fray Francisco Martínez, originario de Zacatecas, con fray Gerónimo de Celis y fray Gerónimo de Molina, de México y fray Diego Carlos de Guatemala. En 1604 pasó fray Luis de Illescas, de Puebla y en 1611 fray Martín de Plaza con otros tres compañeros mexicanos. Posteriormente llegaron trece frailes mexicanos más, antes de 1650. Otros muchos do-

minicos eran probablemente mexicanos, pero en el Catálogo no se da su patria ni su origen.

También llegaron jesuitas mexicanos desde los orígenes de la Compañía en Filipinas. En el grupo que trajo el padre Humanes en 1595 venía el lego Juan de Ribera, de Puebla, quien cantó su primera misa en Manila en 1599. En 1604 profesó en la Compañía el padre Tomás de Montoya, originario de Zacatecas. Con él habían zarpado de Acapulco el oaxaqueño Juan del Bosque y el poblano Diego Sánchez.

En 1601 llegó un nuevo grupo de jesuitas a Filipinas, trayendo como superior al padre Gregorio López. Con él venían Tomás de Villanueva, nacido en Puebla en 1572 y Pedro de Segura, zacatecano, quien recibió las Sagradas Órdenes en Manila a los cuarenta y dos años de edad. El padre Francisco de Roa, originario de la ciudad de México, fue electo provincial dos veces. En su primer periodo, en 1644 un terremoto asoló la ciudad de Manila. El padre Roa estaba a la sazón con el padre Salazar en la residencia que tenía la Compañía en San Miguel, extramuros de la ciudad. Al desplomarse el edificio murió el padre Salazar y el padre Roa quedó mal herido. Quince años más tarde volvió a ser electo provincial.

El padre Juan de las Misas había nacido en la ciudad de México en 1593 y murió a manos de los piratas musulmanes de Sulu, cuando tomaron la galera en la que iba, cerca de la isla de Marinduque en 1624. Notable fue el padre Gerónimo Cebreros, nacido en la ciudad de México en 1631. En 1653 llegó a Manila y fue enviado a las misiones de las Islas Molucas que, más de cien años antes, había fundado San Francisco Xavier. Cuando España ordenó la rendición de las islas a las fuerzas protestantes de Holanda, el padre Cebreros y un compañero se quedaron en la pequeña isla de Siao, donde había un gran grupo de católicos. Allí se sostuvieron a pesar de los ataques de los holandeses, hasta que ya no fue posible resistir y en 1677 rindieron la isla y pasaron todos, pueblo, datu católico y jesuitas a Manila, donde se radicaron en Cavite y trajeron consigo el idioma que aún se conoce como "chavacano" del cual se hablará más tarde.

Éstos eran los criollos, los hombres de intramuros, los hombres del poder civil y del poder eclesiástico. Es indudable que su influencia ha sido enorme en la moderna cultura filipina y, aunque como hemos visto, muchos de ellos eran mexicanos, su huella se pierde dentro del gran cuadro de la influencia española. El oidor mexicano traía las leyes españolas; el obispo las formas de

la vida católica. Los oficiales reales y los comerciantes trajeron muchos de los productos y frutos mexicanos. Un tiempo se trató de suplir el consumo del arroz con el del maíz. No se pudo lograr en parte porque a la mujer filipina le pareció que el trabajo de preparar el maíz en forma de tortillas era excesivo y que el sabor no era tan agradable como el del arroz hervido en agua, la famosa "morisqueta". Tal vez si los mexicanos del pueblo hubieran traído mujeres que prepararan las tortillas, se hubiera podido implantar el maíz como alimento básico. Pero los mexicanos del pueblo llegaban a Manila sin mujeres y es sabido que el mexicano, que suele y puede intervenir en muchos aspectos de la cocina, como hacer el pan o asar la carne, no tocará jamás el metate, ni hará tortillas.

La gente de intramuros llevó también de México el cacao, que se aclimató maravillosamente y es ahora uno de los productos más importantes de las islas. Antes de que el chocolate se industrializara, se elaboraba en las casas, como en México. Había chinos que iban de casa en casa, con sus piedras de moler, preparando las diferentes recetas de chocolate, según los gustos de cada familia, como las famosas chocolateras de México. También de México se trajo oficialmente el tabaco que se ha convertido en uno de los productos de exportación básicos en las islas. Los cigarros y los cigarrillos son de una extraordinaria calidad. La caña de azúcar fue llevada también de México, aunque no era un producto de América, sino llevado a ella por los españoles. Como rastro de que en un tiempo fuera ésta una industria mexicana, quedó el uso de la palabra "panocha" para designar el azúcar morena, palabra que con ese sentido tan sólo se emplea en México y en Filipinas. En un principio los hombres de intramuros trajeron caballos y ganado vacuno de México; pero no se aclimataron bien y posteriormente optaron por traerlos de China y de Siam.

En cuanto a la labor de los misioneros, tanto mexicanos como españoles, se ha discutido extensamente. Siguiendo los diferentes lineamientos políticos de las épocas y los autores, se les ha vilipendiado o se les ha puesto por encima de los cuernos de la luna. Hay quien destaque en ellos tan sólo los graves escándalos en que se vieron envueltos, la codicia de algunos, las frecuentes faltas en contra de la castidad y la imposibilidad constante que tenían las órdenes de disciplinarse a sí mismas. Se les tacha su rebeldía frente a los obispos y, en ocasiones, frente a sus mismos superiores, así como muchos y muy graves descuidos en contra

de las mismas reglas de sus congregaciones. Todo eso es cierto, indudablemente, pero es tan sólo un lado de la estampa. Por el otro encontramos que la unidad filipina, por lo menos su más importante eslabón, el catolicismo, se debe a ellos. La sólida vida del filipino en el campo, en los barrios y pueblos es obra de los misioneros. La imprenta, los colegios, las universidades, los hospitales tienen en ellos su origen. Durante más de trescientos años fueron omnipotentes en Filipinas. En muchas ocasiones había más sacerdotes que civiles entre los españoles y mexicanos del archipiélago. Ellos eran los únicos que estaban en contacto directo con el pueblo, los que con el pueblo vivían las alegrías y las miserias campesinas que los criollos de intramuros ignoraban. Los escándalos que dieron fueron en verdad muy pocos para hombres con tanto poder durante tantos años. Pero los escándalos se recuerdan siempre, el asesinato del superior de los agustinos, los ridículos pleitos por las preeminencias, sobre todo entre dominicos y jesuitas. Y en cambio se olvida su inagotable caridad, sus sufrimientos, su soledad y, en muchos casos, sus muertes heroicas. La existencia ahora mismo de una gran mayoría católica en Filipinas es el mejor monumento a su obra y es su huella imborrable.

Pero, en cierto aspecto, a pesar de la enorme influencia que el fraile tenía sobre el pueblo, era también uno de los hombres de intramuros. Vivía tras de los muros de su cultura, de sus votos, de su convento, de su carácter de párroco, juez, árbitro y por lo general gobernante del barrio. No podía por lo tanto formar parte de la familia filipina; no podía influir en las palabras de la casa, de todos los días; no lograba modificar la comida y las costumbres que existen entre las paredes de nipa y bambú del *bahay gubu*. No podía crear un mestizaje, ni en la sangre ni en la cultura.

Pero hubo otros hombres mexicanos que sí entraron a las casas con los productos humildes de su tierra, como la jícama, el chico zapote, el chayote, la papaya, la flor de la calabaza y el camote. Llevaron sistemas de cocina, como el tamal y el atole. Eran los "guachinangos", los soldados y marinos. Eran hombres del pueblo, muchas veces mandados a Filipinas por la fuerza, ya fuera por justicia o huyendo de la justicia. Por lo general eran hombres jóvenes, sin grandes arraigos familiares en México, sin mujeres, quienes gozaban por primera vez de la calma de una familia en Filipinas. Otros eran los marinos del galeón, enganchados por la fuerza para acabalar la tripulación y que desertaban en

llegando a Manila, temerosos del largo viaje de regreso donde, lo sabían bien, muchos morirían. También marinos filipinos desertaban en Acapulco y se quedaron en el actual Estado de Guerrero.

Sabemos que muchos grupos mexicanos obtuvieron tierras en Luzón, en Masbate y otros sitios de Pampanga, lo mismo que en Cavite. Esta gente, como era lógico, al poco tiempo se perdía entre el pueblo filipino, casaba con mujer filipina, aprendía un nuevo idioma, una nueva vida y unas costumbres nuevas, pero enseñaba también parte de las suyas. Por las palabras mexicanas que encontramos aún en uso tanto entre el pueblo de habla tagala, en el español y en el idioma "chavacano", podremos tal vez darnos cuenta del tipo de hombres que eran estos mexicanos. Veamos algunas:

AJONJOLÍ: Sésamo. Palabra que ya casi no se escucha en Filipinas, pero que encuentro citada en el libro *A Visit to the Philippine Islands* de sir John Bowring, quien estuviera en las islas en 1859.

ACHUETE: Achiote. Se emplea, lo mismo que en México, para dar color y sabor a ciertos guisos, sobre todo carnes.

ATOLE: Masa de arroz desleída en agua. En México se hace con masa de maíz y en las dos partes se usa para preparar el *champurrado*.

AVOCADO: Anglificación de la palabra nahua *aguacate*. No he encontrado mención de esta fruta en las crónicas antiguas para saber si se llamaba con su nombre mexicano. Es fruta que tiene mucha antigüedad en las islas.

CACAHUATE: En Filipinas se le llama así a un arbusto que se utiliza para formar setos vivos alrededor de las casas. A la raíz que en México se le llama cacahuate, en Filipinas se le da el nombre caribe de *maní* y, últimamente, con mayor frecuencia, el nombre inglés de *peanut*.

CACAO:

CAMACHILE: Un arbusto semejante al árbol del pan (*artocarpus comunis*). El nombre es de indudable origen mexicano. En el chavacano que se habla en Cavite encontramos un verso: "Bajo un pono (árbol) de camachile grande."

CALACHUCHI: Una flor semejante a la que en México se llama *cacalosúchitl*.

Camote: En Filipinas se le da este nombre exclusivamente al camote blanco. El que en México se llama *camote morado* recibe el nombre tagalo de *ube*, emparentado con el nombre que recibe en Polinesia. En Hawai se dice *uhi* y *uti* en las Islas de la Sociedad. Probablemente es planta de origen asiático que pasó a América, tal vez con las migraciones polinesias. Más tarde regresó a Filipinas con su nombre mexicano. Existen dos islas llamadas de Camotes y una montaña con ese mismo nombre al norte de Luzón.

Chico: Contracción de *chico zapote*, fruto del árbol del chicle o *tzictli*. La palabra nahua se hispanizó a *chico*, nombre con el cual se conoce la fruta en México y en Filipinas.

Chiquilite: Hierba mencionada por Quiroz en la relación que le hace a don Antonio de Morga de su viaje. Es extraño que siendo Quiroz de extracción peruana use este término mexicano. El doctor José Rizal, en sus notas al libro de Morga, dice que probablemente se refiere a la planta conocida en Filipinas con el nombre de *kilite*, esto es, el quelite de México.

Chocolate:

Guanábana:

Guava: Probablemente una degeneración norteamericana del nombre de la guayaba. Esta fruta es muy conocida en Filipinas.

Guayaba:

Guachinango: Mote con el cual se conocía a los soldados mexicanos en Filipinas. Así lo asientan varios cronistas, como Fulgosio en su *Crónica general de España* en el tomo referente a las Filipinas. En México es el nombre que se da a un pez.

Kilitis: Ver chiquilite.

Mecate: Cuerda.

Nanay: Madre, mujer anciana de respeto. En México se usa el término: nana.

Panocha: Azúcar morena sin refinar. No he podido encontrar el origen de esta voz con ese significado. En España se refiere a los campesinos de Murcia. En Centro y Sudamérica el producto se conoce popularmente con otros muchos nombres, como *mancuerna, panela, papelón, piloncillo,* pero sólo he oído el nombre panocha en México y en Filipinas.

Papaya:

Pazote: Epazote. En Filipinas se utiliza como planta medicinal y muy rara vez como condimento en las comidas. Es indudablemente una planta traída de México.

Petaca: Maleta. Úsase especialmente para la cartera hecha por lo general de palma tejida, donde se guarda el tabaco.

Petate: Estera. Hemos visto cómo Urdaneta usaba ya este término, que se sigue utilizando, tanto en el español, como en tagalo y otros idiomas, y en chavacano.

Sayote: Chayote.

Sili: Chile.

Sincama: Jícama. Gemelli Carreri le llama "xicama" con mayor propiedad.

Súchil: Flor. Ramo pequeño de flores para olerse que encontramos mencionado en Fernández Navarrete y en el *Diccionario* de Stevens.

Tamal: Manjar envuelto en hojas de plátano y cocido al vapor. En Filipinas se suele hacer de arroz, de cacahuate y otros condimentos.

Tatai: En México, tata. Padre, hombre de respeto.

Tianqui: Tianguis, mercado. En Luzón se ha perdido casi por completo el uso de la palabra y, por lo general, se dice "palenque", pero se conserva como voz popular en Bisayas y el norte de Mindanao.

Tomate: Palabra ya de uso universal, se refiere a "jitomate" de México.

Zacate: Pasto, grama utilizada especialmente para forraje de caballerías. En un cuento chavacano de Cavite "El viejo Religioso y su Puelco" encontramos "... entre mañga zacate".

Zapote: Árbol frutal que produce el *chico* o el *zapote prieto*. A la fruta del primero se le llama simplemente *chico* y a la del segundo *zapote*. Entre Manila y Cavite existe un río, famoso por las batallas del general Aguinaldo, que se llama así.

Además de éstas y otras muchas voces de origen nahua, se encuentran algunas de etimología caribe, traídas también indudablemente por los soldados y marinos mexicanos o por los españoles. Podemos citar las siguientes:

BARBACOA: Se da este nombre a una carne asada en las brasas, ensartada en varas de bambú. Probablemente el término viene del barbarismo norteamericano *barbecue*.

CACIQUE: Ya casi se ha perdido esta voz, pero los escritores del siglo XIX en español aún la usaban con frecuencia.

CANOA: Voz también ya casi perdida y lógicamente suplantada, siendo el filipino un pueblo de marinos, por las voces locales como *vinta, bangka* o *prao*.

CASABA: Harina de yuca.

MAÍZ:

MAGUEY: Aunque la humedad del clima filipino no se presta a este tipo de vegetación, hay maguey henequenero en algunas zonas, al sur del Golfo de Ligayen.

MAMEY: Fruta del mamey.

MANÍ: Cacahuate.

NAGUA: Falda, saya.

TABACO:

YUCA:

Por otra parte, en el habla española que aún queda en Filipinas encontramos varias voces que toman el sentido mexicano y no el español, como "banqueta" por "acera"; "apurarse" por darse prisa; "jalar" por tirar de algo y "champurrado" para nombrar una bebida hecha con atole y chocolate. En España champurrado es un refresco de vino y jugos de frutas.

Como ya hemos visto, existe en Filipinas un idioma que se llama "chavacano", mezcla del español y varios idiomas vernáculos. Antiguamente había tres dialectos chavacanos: el ermitaño que se habla en Ermita, zona cercana a la ciudad de Manila, ahora absorbida por la ciudad. Este dialecto se ha perdido. El caviteño que se hablaba en Cavite y se habla en la actualidad en ese puerto, y el zamboango de la provincia de Zamboanga, en Mindanao. Originariamente estos dialectos fueron traídos a Filipinas por las familias cristianas, mestizas de malayo y portugués que huyeron de las Molucas cuando los holandeses se adueñaron de esas islas. Pronto se fueron perdiendo las características portuguesas para tomar las españolas. Se calcula que los ternateños que emigraron a Manila y se establecieron principalmente en Cavite y Ermita en un principio y, posteriormente, en Zamboanga, eran unas doscientas cincuenta familias. En Cavite estaban

los astilleros donde se fabricaba y reparaba el galeón y donde abundaban, por lo tanto, los soldados y marinos mexicanos. Al ir modificando el dialecto, de una base portuguesa a una base española, tomaron el español de esos mexicanos. Así el doctor Keith Whinon de la Universidad de Hong Kong, en su brillante estudio: *Spanish Contact Vernaculars in the Philippine Islands* afirma: "Es el español mexicano quien da la base para esos contactos vernáculos."

Por las voces mexicanas o mexicanizadas que encontramos en Filipinas vemos qué tipo de mexicanos eran los que transculturaron tan profundamente al filipino. Eran hombres del pueblo, no de las élites culturales o económicas. Traían frutos humildes que les eran necesarios para sus pequeños goces de la mesa, como la jícama o el chayote y condimentos como el chile y el achiote. Con ellos modificaron hasta cierto punto las costumbres alimenticias de los filipinos, introduciendo no tan sólo los frutos, sino maneras de guisar, como en el caso del atole o del tamal.

Y el mexicano que entraba en la vida filipina diaria, afectó también las relaciones familiares. De México, por ejemplo, vino la institución del "compadrazgo", no tan sólo como una relación extrafamiliar, a la manera de la iglesia, sino como un lazo de enorme fuerza entre individuos y familias, que afecta profundamente la estructura social y hasta la política. En contra de la costumpre europea cristiana de que cada niño tiene un padrino de bautismo, en México y en Filipinas se extendió el número de padrinos, hasta abarcar la mayor cantidad posible de personas. Hay padrinos de bautismo, de confirmación, de primera comunión, de boda, de velación, de la casa nueva, del primer diente, etcétera. A la vez la relación de mayor importancia no se estableció entre el padrino y el ahijado, sino entre el padre del ahijado y el padrino, esto es, entre los nuevos compadres. En esa forma, la relación se hizo mucho más estable y de mayor fuerza, ya que se formó entre gente en la misma etapa de la vida y dentro del mismo límite de edad. Tanto en México como en Filipinas existe la tendencia de escoger padrinos entre la gente de importancia, de ser posible de más alta categoría social o económica que los padres del ahijado. Al principio en ambos países los naturales recién convertidos buscaban como padrinos para sus hijos y, por lo tanto, como compadres a alguno de los conquistadores o de los españoles de importancia, y es frecuente ver que el bautizado adopta el nombre del padrino. Es claro que la relación más importante que se

buscaba en este sistema, no era la del ahijado niño con el padrino, sino la del compadrazgo. La práctica llegó a tales extremos que en 1599 la Audiencia de Manila tuvo que prohibirle a los chinos que vivían extramuros de la ciudad el que sirvieran como padrinos a los hijos de los tagalos. Se consideró que la fuerza del parentesco que se estaba creando, podía poner en peligro la seguridad de la sociedad española en las islas. Así, desde aquellos tiempos ya se observaba la importancia política del compadrazgo y en la actualidad en Filipinas se podría usar el dicho mexicano: "No le pido a Dios que me haga Presidente, sino que haga a mi compadre."

En materia religiosa la influencia mexicana fue de gran importancia. Por un lado se nota la influencia, que ya hemos estudiado, de los mismos misioneros, mexicanos los unos y españoles los otros con muchos años de trabajo en la Nueva España. Saben ya por ejemplo, debido a su experiencia en la conquista espiritual de México que, al traducir las oraciones cristianas a los idiomas vernáculos, tienen que dejar en castellano los nombres de Dios y de la Virgen, para que los naturales no los confundan con sus antiguas divinidades. Saben también que no lograrán desterrar las costumbres indígenas paganas sin aportar algo nuevo, algo atractivo que alegre y de interés periódico a la monótona vida campesina. Así, como en México, establecen las grandes fiestas de los santos, con sus danzas y juegos. Pasa a Filipinas la danza de "moros y cristianos". Entre los indios de México el moro era una ficción imaginativa, algo completamente irreal, como un cuento de hadas. Ninguno sabía bien a bien quién había sido Mahoma y los versos de los antiguos romances carolingios se recitaban, como se siguen recitando ahora, sin entenderse. Son cosas completamente ajenas para el nahua, para el purépecha o el maya. Pero cuando la danza llega a Filipinas, llevada probablemente por los padres franciscanos, el pueblo sabe lo que es un moro, conoce a Mahoma y ha sufrido las invasiones del islam, ha visto las grandes empresas de corso y de piratería. Naturalmente que para el filipino la danza cobra un sentido nuevo. Se convierte en el "Moro-moro" que aún se celebra en muchos barrios y fiestas populares. Pero los romances carolingios se han muerto ante la realidad de los rajás y datus de Jolo y Sulu o de Mindanao. El Moro-moro se vuelve una representación teatral, con sus reyes, sus princesas y sus caballeros que tanto gustan al pueblo. En México se ha conservado el recuerdo de las guerras en contra de los moros que se hacían

en tiempos "mitológicos" en España, con esa fidelidad con la cual los pueblos conservan sus cuentos de hadas. Pero cuando la base de la historia es real, como en Filipinas, ésta toma una vida nueva y se transforma en cada generación.

En estas grandes fiestas de los santos encontramos otras aportaciones mexicanas. En la isla de Marinduque, uno de los lugares más hermosos del mundo, por Semana Santa se celebra el festival de los Moriones. Hombres con máscaras de centuriones romanos persiguen a Longinos por las calles y entre los cocotales o el lecho seco de los ríos, hasta que lo alcanzan y lo degüellan, quitándole su máscara. El castigo de Longinos se debe a que han aceptado la divinidad de Cristo. Esta costumbre, según una muy vieja tradición, fue llevada de México, por un misionero jesuita que había estado en Cuernavaca anteriormente.

En la misma celebración en Marinduque se observa otra costumbre de marcada influencia mexicana, que no proviene probablemente del clero, sino del pueblo. Los "penitentes" de Marinduque y otros muchos lugares de las islas se azotan las espaldas durante la Semana Mayor. Penitentes públicos se encuentran en España y en Italia con gran abundancia, pero se trata por lo general de hombres que quieren expiar sus pecados, que hacen penitencia por ellos, para que les sean perdonados por la Divinidad. En México y en Filipinas, por lo general, el "penitente" no está expiando ningún pecado. Se sacrifica porque así se lo ha prometido a Dios o a algún santo para adquirir la salud perdida, la propia o la de algún familiar; para tener suerte en los negocios; para escapar un peligro y, en algunos casos, para pedir la muerte pronta de algún enemigo. Es una "manda" que puede durar varios años y hasta heredarse de padres a hijos.

Entre las imágenes religiosas, hay muchas mexicanas. En uno de los primeros galeones llegó a Manila una imagen de la Virgen igual a la de la Salud de Pátzcuaro, a la de San Juan de Lagos, de Zapopan y Talpa. En Filipinas se le venera aún bajo la advocación de Nuestra Señora de la Paz y del Buen Viaje. En su advocación van dos aspectos de la vida filipina de capital importancia: la paz en sus relaciones con los moros, con los holandeses y los ingleses, y el buen viaje, factor imprescindible si la ciudad habría de seguir floreciendo en el tráfico del galeón. Otras imágenes de origen mexicano son El Cristo Negro de Quiapo, objeto de singular veneración en la parroquia de ese nombre que quedaba fuera de las murallas de la ciudad

y era barrio de tagalos. En 1687 llega una imagen de la Virgen de Guadalupe de México para la villa de Pangsanján, en la provincia de Laguna. Se le declaró patrona de esa villa. En 1945 una bomba americana destruyó tanto la imagen como la iglesia, que ha sido reconstruida bajo la misma advocación, con una nueva imagen mexicana.

En la música popular filipina se observa también una marcada influencia mexicana, no tanto de ahora, sino de hace dos o más siglos. En la actualidad la música popular moderna mexicana, sobre todo el mariachi, está de moda en Filipinas y por todos lados se escucha. Pero en Zamboanga, en idioma chavacano, encontramos rastros de muy viejas canciones mexicanas, como en ésta:

> Abajo de mi ventana — tiene un pono de limoncito,
> cada rama siete plores — cada plores un bisito.
> Abajo de mi ventana — tiene un pono de naranjita,
> ya partí para comé — ya salí siete bonita.
> Siete palo tiene el monte — sambón, sampáloc, sandía,
> santol, sampinit, sampaga — hierba de Santa María.

Como se ve, hay un indudable rastro de la canción antigua de México en esta letra. También en la música se encuentra el jarabe que aún se baila en varias provincias.

Hay otro aspecto de la transculturación popular mexicana que nos hace ver que los hombres que llevaron allá a Filipinas las maneras de ser de México, eran de origen humilde, gente del pueblo. No alteraron prácticamente los nombres geográficos de las islas. Ya hemos mencionado el río del Zapote y las islas y cerro del Camote. Hay una ciudad ya unida a Manila que se llama Caloocan. Su etimología parece confusa. Puede ser nahua y puede ser tagala mexicanizada, como sucedió con el nombre de una población en Pampanga, México, cuya etimología es la voz pampanga *Masicu* la cual, hispanizada o vertida a sonidos que el español conocía ya, se convirtió en "México". También en Filipinas, como en la Nueva España se formaron esas curiosas palabras híbridas, como *tlapalería,* con raíz nahua y desinencia española. En Filipinas encontramos *carindería* o sea un sitio donde se vende un manjar llamado *carin* en tagalo. Encontramos también *pancitería,* el sitio donde se vende el *pancit,* especie de fideo de origen chino.

Por la huella que dejaron, podemos conocer a los mexicanos anónimos que pasaron a Filipinas. Eran del pueblo, como ya hemos dicho y probablemente no fueron muchos. Durante los

doscientos cincuenta años de contacto, se puede calcular que habrán pasado de treinta a treinta y cinco mil hombres. Muchos de ellos pasaron posteriormente a las Islas Marianas, donde también dejaron su huella.

Al observar las palabras que españoles y mexicanos aportaron al idioma tagalo que se habla ahora en Manila y sus alrededores, nos encontramos con una sorpresa. En la actualidad más del cuarenta por ciento de las palabras usadas en el habla diaria tagala son españolas o mexicanas. Muy pocas se han originado en el inglés. Las palabras necesarias para el comercio, para la industria, para la política, la administración y la justicia, lo mismo que para la religión, son, españolas. Así en una reciente campaña política electoral se veían carteles con este texto: "Partido Nasyonalista, kandidato opicyal ng pagka konsehal." Se dice *koreo* y *konpesyon.* Los días de la semana y los meses tienen nombres en español. En español se cuenta el dinero.

Pero en cambio las palabras del uso familiar, las palabras que pudiéramos llamar íntimas y diarias, son mexicanas. Nombre mexicano tiene el petate sobre el cual se duerme; nombres nahuas tienen el zacate para el caballo y los cerdos, el tianguis, la petaca, el atole para el desayuno o la merienda y el tamal de las celebraciones pascuales en familia. Del caribe, traído por esos mexicanos, encontramos la *nagua* que entraña todo lo femenino, todo lo familiar.

Esta diferencia tal vez nos dé la clave de esa transculturación entre el mexicano y el filipino. El español, el "castila" es el gobierno, es la religión, es el comercio y la industria. En ellos no hay criollismo ni mestizaje. Pero el mexicano es aceptado en Filipinas como un igual, es parte de la familia y tiene sitio dentro de esa casa que "ayudamos a construir".

CAPÍTULO XI

1564-1964

El final del siglo XVIII y los principios del XIX trajeron al mundo colonial enormes cambios. La mayor parte de América se desgajó de sus amos europeos, tanto hispánicos como sajones o franceses, y surgieron los Estados Unidos de Norteamérica, un pequeño grupo de colonias en las márgenes frías del Océano Atlántico. Nacieron también a la vida independiente las naciones del continente iberoamericano y la república francoafricana de Haití. En todo el continente no quedó bajo el dominio europeo más que el Canadá, algunas islas y posesiones de Inglaterra, Holanda y Francia en el Atlántico y Alaska en poder de los rusos. A España, de su enorme imperio, le quedaron tan sólo algunas islas del Caribe, como Cuba y las Filipinas. Portugal, en América no pudo conservar nada.

Pero las nuevas repúblicas hispanoamericanas, al perder su contacto con la madre patria, parecieron perder también los contactos existentes entre ellas y, sobre todo, con el amplio Pacífico, en el cual habían jugado un papel tan importante. En México murió muy pronto la tradicional navegación al Oriente. El mexicano, ocupado en sus guerras intestinas, se entregó en cuerpo y alma a la enorme tarea de conocerse, de encontrarse a sí mismo, de integrarse y defenderse. Mientras tanto, los Estados Unidos emprendían su fabulosa expansión hacia el oeste, hacia el Pacífico. Pasaron al Ohio, arribaron al Mississippi, cruzaron las estepas pobladas de búfalos y, para mediados del siglo, irrumpieron en California, después de salvar las Montañas Rocallosas. En la guerra de agresión contra México en 1847, se adueñaron de cerca de dos millones de kilómetros cuadrados de territorio, incluyendo la Alta California que les abría las puertas al Pací-

fico. Sus *clippers* zarpaban de Boston, doblaban el Cabo de Hornos y cruzaban el Gran Océano para comerciar con China, la India, Australia y, más tarde, con el Japón. Para ese comercio seguían llevando pesos de plata mexicanos que exigían los orientales. Ya el hombre de México no estaba en las Islas Filipinas, pero su plata seguía siendo vital para el comercio, en manos ahora de los norteamericanos y los ingleses.

Mientras, los balleneros acababan de descubrir los misterios del Pacífico y llevaban la destrucción y el pánico a todas las Islas Polinesias, junto con el aguardiente, el catarro común, la tuberculosis y la lepra. Pronto Francia, Inglaterra, Alemania y los Estados Unidos se habrían de anexar esas islas y a los naturales que quedaban en ellas después del paso de los balleneros y los comerciantes o *traders*.

Por cierto, y valga decirlo como paréntesis, en esta ocupación de las Islas Polinesias y Micronesias faltó una voz viva y valerosa como la de fray Bartolomé de las Casas, que hubiera escrito con entusiasmo y tal vez más verdades su *Destrucción de las islas del Mar del Sur*. Con guerras y matanzas insensatas, con enfermedades y aguardiente, con trabajos forzados a los que no estaban acostumbrados, los habitantes de las Islas Polinesias desaparecieron casi totalmente. El capitán James Cook calculó que en las Islas Marquesas había más de ochenta mil almas. Ahora hay cuatro mil. Se dio el caso de que capitanes balleneros cañonearan la actual ciudad de Honolulú para protestar el hecho de que la casa real hawaiana quisiera poner un coto a la prostitución reinante entre las mujeres nativas. En otros casos, aventureros que lograban descubrir una isla rica en madera de bálsamo o en sándalo, al abandonarla después de obligar a los polinesios a trabajar en el corte de los árboles y su acarreo, incendiaban los pueblos y mataban a cuantos podían, para que cuando llegara un competidor no pudiera trabajar o comerciar allí.

Ya hemos visto cómo Rusia también inició su avance hacia el Pacífico, pasó a las costas americanas, perdió allí sus fortalezas y factorías y obligó a China a cederle los puertos que necesitaba en las costas. Japón, bajo la sabia mano del emperador Meiji, una vez terminado el larguísimo Shogunato, se abre al mundo y se convierte en un Estado moderno con una extraordinaria tecnología. Con su nuevo poder, ocupa Corea y Formosa y algunas islas del Pacífico, como las Ryukyu.

Y Latinoamérica, la descubridora de todos esos mares, duerme

sobre sus laureles. Cuando a principios del siglo xx se abre el Canal de Panamá para que norteamericanos y europeos puedan llegar más rápidamente al Gran Océano, los peruanos y chilenos lo utilizan para llegar más cómodamente a Europa. Desde que saliera el *Magallanes*, Acapulco duerme. El gobierno de Porfirio Díaz quizo hacer de Salina Cruz el gran puerto de altura en el Pacífico, pero ya no había una flota mexicana y ya no había un comercio exterior mexicano en barcos mexicanos. Nuestras exportaciones de materias primas se hacían principalmente a Europa y los Estados Unidos por los puertos del Golfo de México. Parece como si hasta esos mismos puertos se quisieran fugar de la patria. Tampico y Coatzacoalcos eran escasamente mexicanos, con sus casas inglesas y americanas. Y como los sajones no pueden pronunciar el nombre de Coatzacoalcos, se le llamará Puerto México. Hubiera sido más exacto llamarle Liverpool y Plymouth. Salina Cruz se llena de azolve, esperando ese gran comercio internacional que no le llega nunca. Mientras San Francisco, Los Ángeles, Seattle, Yokohama, Kobe, Hong Kong, Sidney crecen desmesuradamente y las grandes rutas de navegación se establecen al norte del Trópico de Cáncer. Hispanoamérica le ha dado la espalda a su mar, le ha dado la espalda a su verdadero mundo.

Cuando en el Tratado de Versalles se discute la situación del Pacífico, nadie toma en cuenta a las naciones ribereñas hispanoamericanas. Alemania pierde sus colonias y se fortalecen los Estados Unidos, Australia y el Japón. El Pacífico se ha convertido en un enorme triángulo de San Francisco a Sidney y Tokio. El resto, todo el lado de las costas americanas, es un mar olvidado. Para el mexicano medio de esos años, París, Nueva York, Londres y Madrid son los centros de su mundo. El Pacífico y sus enormes costas en el Pacífico son el corral, la parte de atrás de la casa, donde se tiran los desperdicios, donde tan sólo van los ínfimos servidores.

Pero la Revolución de 1910 cambia el centro del mexicano, lo obliga a situarse en la patria, a considerar como cosa propia todo su territorio que empieza a integrarse en una sola tragedia. Pronto las costas del Pacífico ya no serán marginales. El mexicano ha vuelto a descubrir el Gran Océano y le ha sucedido lo que al poeta chino Chuan-Tzu: "Pero ahora que has salido de tu propia esfera y has visto el Gran Océano, conoces ya tu propia insignificancia y puedo hablarte de los grandes principios."

Al encontrarse México nuevamente con el Pacífico, vuelve a construir, como lo hiciera ya Cortés, sus caminos de oriente a poniente, de mar a mar. El porfirismo había construido ferrocarriles de norte a sur, siempre de norte a sur. Los llamados en esos tiempos interoceánicos, por alguna misteriosa razón, terminando siempre en un fracaso. El México nuevo hace sus carreteras de mar a mar. En eso, como en tantos otros aspectos, el México de la Revolución, el México mexicano vuelve a las antiguas tesis hispánicas y prehispánicas, perdidas en el extranjerismo del siglo XIX. Y como símbolo de todo ello, vuelve a surgir Acapulco.

Y la vista del Gran Océano, como lo dijera Chuan-Tzu, abre el pensamiento a los grandes principios. México ya no puede quedar al margen de los problemas internacionales, sobre todo de los problemas del Pacífico. México toma parte en la guerra de 1942 en contra del Japón. Desde que saliera Miguel López de Legazpi del Puerto de la Navidad, los mexicanos no habían combatido fuera de sus fronteras. En 1944 se encontraron en las islas dos grupos de mexicanos. Miles de soldados del ejército norteamericano, bajo el mando de McArthur, son de México, y sus nombres se ven en el gran mausoleo en Manila. Y oficialmente México envió al Escuadrón de Aviación 201, que se cubrió de gloria en combates contra los japoneses, al norte de Luzón y en Formosa. Así México coopera a la liberación de Filipinas, quien se viera agredida y ocupada en una guerra injusta.

No es que México ahora aspire a ser lo que dijera hace cuatrocientos años el anónimo corresponsal de Jaime Salvador de Valencia: "Y los de México... tienen entendido que ellos serán el corazón del mundo." Sin aspirar a ello, México "tiene entendido" que es necesario estar presente en las grandes luchas libertarias de la humanidad. Y tiene también entendido que es ahora el Océano Pacífico el sitio en el cual se está jugando el destino del mundo. Y en esa zona es lógicamente la República de Filipinas, tan llena de recuerdos y afectos, la que atrae la atención de México.

Así, desde 1937, cuando se establece el *Common wealth* de Filipinas, como un prólogo a la total independencia, México nombra su primer cónsul *Ad Honorem* en Manila, al señor don Alfredo Carmelo y Casas, quien tanto ayudó en días aciagos al Escuadrón 201 y de quien los mexicanos que han estado en Filipinas guardan tan buenos recuerdos. Posteriormente, en

1954, el gobierno de México nombra a su primer representante y encargado de negocios, el señor don Carlos Gutiérrez Macías. En 1961 las dos repúblicas resuelven elevar sus legaciones al rango de embajadas y es nombrado el primer embajador de México en Filipinas, el señor don José Muñoz Zapata, de largo y brillante historial en el Servicio Exterior Mexicano. Durante su gestión se aclara en Filipinas la imagen de México.

Para marcar más esa reunión necesaria, el señor presidente de los Estados Unidos Mexicanos, don Adolfo López Mateos visita Filipinas en 1963. El pueblo filipino lo recibe, en la tarde del 20 de octubre, con los brazos abiertos. Es una fiesta de familia, un reencuentro, la reanudación de un gran diálogo interrumpido. Y estando en Manila, junto con el excelentísimo señor don Diosdado Macapagal, presidente de Filipinas, ambos mandatarios resuelven declarar el año de 1964, cuarto centenario de la salida de la expedición mexicana de Miguel López de Legazpi, como el "Año de la Amistad Filipino-Mexicana", un año que se dedicará especialmente a reanudar los contactos culturales entre las dos naciones. Hay en esa declaratoria, formulada en un comunicado conjunto, un gran sentido histórico, tradicional y una clara visión de la realidad internacional. México y Filipinas, a la misma altura sobre el Ecuador y a los dos extremos del Pacífico, no sólo tienen antecedentes de gran semejanza, sino que su situación actual los obliga a encararse a problemas parecidos. En cierto aspecto las dos repúblicas son pueblos fronteras, México entre el latino y el sajón y Filipinas entre el Oriente y el Occidente. Las dos repúblicas han escogido libremente su forma de gobierno y desean vivir bajo el imperio de la ley. Las dos se oponen a todo extremo dictatorial, tanto de la derecha como de la izquierda, y las dos propugnan efectivamente por la paz mundial, dentro del marco de la dignidad humana. Como vemos, la amistad y comprensión entre los dos pueblos era necesaria, no tan sólo como una romántica memoria de antiguos lazos históricos, sino como una realidad actual. Y ahora que el Pacífico se ha convertido en unas cuantas horas de fácil viaje, los dos pueblos que siempre fueron hermanos, se convierten en vecinos.

APÉNDICE

ENSAYO DE HISTORIOGRAFÍA FILIPINA

Las fuentes para la historia de Filipinas se encuentran en documentos dispersos en varios archivos filipinos, españoles, mexicanos, norteamericanos y del Vaticano. Claro está, que como para la historia de la América Española, son fundamentales el Archivo General de Indias en Sevilla y el Archivo Histórico Nacional de Madrid, lo mismo que la Biblioteca de la Real Academia de la Historia y la Biblioteca Nacional. Pero no por ello hay que dejar a un lado los archivos españoles de las órdenes religiosas, como el del Colegio de Padres Agustinos en Valladolid o el de los franciscanos en Pastrana.

Una enorme cantidad de documentos de dichos archivos y de libros y folletos impresos ha sido publicada desde el final del siglo pasado. Entre estas colecciones cabe destacar las de don Wenceslao E. Retana:

ARCHIVO DEL BIBLIÓFILO FILIPINO. *Recopilación de documentos históricos, científicos, literarios y políticos y estudios bibliográficos.* Esta colección fue impresa en Madrid en 1895 y años siguientes.

APARATO BIBLIOGRÁFICO DE LA HISTORIA GENERAL DE FILIPINAS, *deducido de la colección que posee en Barcelona la Compañía General de Tabacos de dichas Islas.* Esta obra fue lujosamente impresa por cuenta de la compañía tabaquera citada, en Madrid en 1906.

TORRES Y LANZAS, Pedro. *Catálogo de los documentos relativos a las Islas Filipinas, existentes en el Archivo de Indias de Sevilla.* Este catálogo de documentos va precedido por una muy bien documentada *Historia general de Filipinas* de la cual fue autor el jesuita Pedro Pastells. Se publicó en nueve volúmenes en la ciudad de Barcelona, 1925.

BLAIR, Emma y ROBERTSON, James, Dr. *The Philippine Islands.* The Arthur Clark Co., USA, 1904-1908. Esta recopilación notable en muchos aspectos, tiene el defecto de contener todos los documentos en una versión inglesa y muy pocos de ellos en su texto castellano. Consta de 55 volúmenes. Se ha hecho una reimpresión facsimilar en la ciudad de Taipei.

NAVARRO, Eduardo, OSA. *Documentos indispensables para la verdadera historia de las Islas Filipinas*. Madrid, 1908.

BUTLER, Ruth Lapham. *A Check List of Manuscripts in the Edward Ayer Collection*, Chicago, 1937. Una muy buena para esta colección de documentos y de impresos raros, una de las más ricas en filipiniana.

MEDINA, José Toribio. *Bibliografía española de las Islas Filipinas*. Santiago de Chile, 1898. Abarca hasta el año de 1821.

PARDO DE TAVERA, Trinidad H. *Biblioteca filipiniana*. Una muy buena recopilación del incansable bibliófilo filipino, publicada en Washington en 1903.

Entre las grandes colecciones de documentos relativos a la expansión española en América y Asia, hay que tomar en cuenta la de Salas y Rodríguez en cuyos tomos segundo y tercero se incluyen todos los documentos básicos para los tiempos de Legazpi. También es de consultarse la Colección de Pacheco, Cárdenas y Torres de Mendoza, en 42 volúmenes. Para los viajes de exploración, claro está que la fuente básica se forma con las grandes colecciones de relatos y diarios de navegación de Fernández Navarrete y Fernández Duro en España y la gran serie de Hackluyt en Inglaterra, de sobra conocidas a cualquier estudiante de la historia.

Así como la cantidad de documentos que se refieren a la historia de las islas durante la dominación española es enorme, los libros impresos por soldados o funcionarios civiles o simples particulares son escasos. En verdad, acerca de los primeros tiempos, encontramos tan sólo:

PIGAFETTA, Antonio. *Primer viaje en torno al globo*. Pigafetta o Pagaphetta fue compañero de Magallanes y regresó a España con Sebastián Elcano en el *Victoria*. Escribió su relación en italiano, su idioma natal, y existen de ella varias versiones truncas o interpoladas. Tal vez la mejor edición crítica es la publicada en inglés por el doctor James Robertson en su famosa colección ya citada. Hay una nueva versión en castellano, publicada por Espasa Calpe en su Colección Austral, pero hace falta una verdadera edición crítica de este documento, donde se habla por primera vez del Océano Pacífico y de las Filipinas y sus gentes.

TRANSYLVANUS, Maximiliano. *De Moluccis Insulis*. Contiene una carta de un joven italiano radicado en España, relatando lo que le contaron algunos compañeros de Elcano.

MORGA, doctor Antonio de. *Sucesos de las Islas Filipinas*. El autor fue oidor en la ciudad de Manila durante un tiempo y, más tarde, regresó a la Nueva España donde, en 1609, dio a la estampa su estupendo libro, que es fundamental para el estudio de la conquista y primeros años de pacificación en las islas. A fines del siglo pasado el doctor José Rizal preparó e imprimió una nueva edición, con notas que más bien tienen un carácter político y polémico, pero que son de gran interés para contrastar varios relatos contemporáneos.

ARGENSOLA, Bartolomé Leonardo de. *Conquista de las Islas Molucas*, Madrid, 1609. Argensola, como cronista real, trata de la conquista de Filipinas, con datos tomados del Consejo de Indias. También los cronistas Oviedo, Herrera y otros tratan superficialmente esta empresa.

Al igual que en América, existe en Filipinas un gran cuerpo de "crónicas frailunas" que tratan por lo general de los hechos de los miembros de cada una de las cinco órdenes religiosas que intervinieron en la evangelización. Pero en las crónicas frailunas de Filipinas se encuentran dos características que no se encuentran en las de América. La primera es negativa. Los misioneros en Filipinas y, más tarde en las Marianas, se ocuparon poco de estudiar las costumbres y forma de vida de los "indios" antes de la irrupción hispánica. No hubo un Olmos, un Motolinia, y mucho menos un fray Bernardino de Sahagún. Probablemente son varias las causas que movieron a los primeros misioneros, cuyo celo es indudable, a obrar en esta forma. Digo que su celo es indudable, dado el considerable número de estudios que existe acerca de las lenguas indígenas y la gran cantidad de doctrinas y gramáticas publicadas. Así, una de las causas bien puede ser la falta de carácter espectacular de las culturas filipinas, sin grandes construcciones de piedra ni grandes organizaciones políticas. La otra, indudablemente de gran peso, es la promulgación del Concilio de Trento. Después de este concilio no se veía ya con buenos ojos el estudio profundo de las "paganías" y costumbres de los indios no cristianos. Recordemos la cédula real de Felipe II, del 22 de abril de 1577, en la cual ordena se recojan todos los libros y documentos de fray Bernardino de Sahagún y en la cual dice textualmente: "...y estaréis advertido de no consentir que por ninguna manera persona alguna escriba cosas que toquen a supersticiones y maneras de vivir que esos indios tenían, en ninguna lengua, porque así conviene al servicio de Dios Nuestro Señor y nuestro." Y estas mismas órdenes fueron reiteradas en dos cédulas de 1578. Como se ve, poco espacio quedaba a los misioneros para adentrarse en el estudio de las "antiguallas" de los filipinos. Tan sólo sabemos del franciscano Placencia que dedicó cierto tiempo a esos estudios, siguiendo al parecer un sistema semejante al de Sahagún. Tampoco hubo mestizos hispanizados que se ocuparan, como lo hicieron en América Alva Ixtlilxóchitl, Alvarado Tezozómoc o el gran inca Garcilaso de la Vega, de las cosas de los naturales. Así, la historia de Filipinas, anterior a la llegada de Legazpi, carece de fuente documental y de datos precisos. No habiendo tampoco gran cantidad de restos arqueológicos, la prehistoria filipina es confusa. En verdad el único documento prehispánico del que tenga yo noticia es el libro chino *Ma-Yi*, en el cual se encuentra un capítulo intitulado "Chu-Fan-Chih", escrito en el siglo XIII por Chao-Ju-Kua de Fu-Kien. Allí se habla del comercio de los chinos con Luzón y algunas otras islas. Este manuscrito chino fue traducido al inglés por el doctor Hirth. El doctor Blumentritt tradujo esta versión al alemán y le envió una copia al doctor Rizal, la cual fue traducida al español por don Clemente Zulueta y, traducida de nuevo al inglés, se incluye en la colección de Blair y Robertson.

El segundo aspecto que distingue las crónicas frailunas filipinas de las americanas es su duración en el tiempo. En Filipinas las órdenes religiosas siguieron al frente de sus conventos y parroquias hasta entrado el siglo XIX y en muchos casos siguen. Por lo tanto las crónicas de las órdenes son, prácticamente, la historia de las islas, por lo menos hasta el final del siglo XIX.

Los primeros en llegar a Filipinas fueron los padres agustinos y también son los que mayor importancia tuvieron en la evangelización. La iglesia y convento de San Agustín en Manila tuvieron la trascendencia que San Francisco para México. Entre los muchos cronistas de esta orden, hay que recordar:

SAN AGUSTÍN, Gaspar de OSA. *Conquista de las Islas Filipinas, la temporal por las armas del señor don Phelipe II el prudente y la espiritual por los religiosos de la Orden de Nuestro Padre San Agustín.* Esta obra de enorme importancia, fue impresa en Madrid en 1698 y abarca los primeros cien años de la vida hispanofilipina.

DÍAZ CASIMIRO, OSA. *Conquista de las Islas Filipinas.* Esta obra, escrita en el siglo pasado e impresa en Valladolid en 1890, es en verdad la continuación de la del padre San Agustín.

MEDINA, Juan de, OSA. *Historia de los sucesos de la Orden de Nuestro gran Padre San Agustín de estas Islas Filipinas.* La obra fue escrita alrededor de 1630, pero no se publicó sino hasta 1893, cuando fue impresa en la ciudad de Manila. Se trata de la continuación de la *Crónica de la Orden de Nuestro Padre San Agustín en las provincias de la Nueva España,* por fray Juan de Grijalva, OSA. Dado que los primeros agustinos salieron de las provincias mexicanas, esta crónica de Grijalva tiene datos de gran interés acerca de los principios de la organización agustina y, sobre todo, acerca de los padres Urdaneta y Rada y sus compañeros.

CANO, Gaspar, OSA. *Catálogo de religiosos de n. p. s. Agustín de la provincia del Santísimo Nombre de Jesús de Filipinas.* Manila, 1864.

PERES, Elviro, OSA. *Catálogo bio-bibliográfico de los religiosos agustinos de la provincia del Santísimo Nombre de Jesús de las Islas Filipinas.* Como en el caso anterior, se trata de una lista de los padres agustinos que pasaron a Filipinas, tanto de México como de España, con gran variedad de datos biográficos de sumo interés. Fue impresa en la Universidad de Santo Tomás de Manila en 1901.

Las crónicas de los padres dominicos son también abundantes y de gran interés para el estudio de la historia filipina. La biblioteca de la Universidad de Santo Tomás no fue destruida en la pasada guerra cuando, durante la liberación, japoneses y americanos arrasaron Manila. Por lo tanto en ella se encuentra una enorme colección de libros filipinos, tanto los de la orden como los de otras órdenes y de historia en general. Entre los cronistas dominicos es conveniente señalar a:

ADUARTE, Diego, OP. *Historia de la provincia del Sancto Rosario de la Orden de Predicadores en Philipinas, Iapon y China.* Manila,

Colegio de Santo Tomás, 1640. Fray Diego de Aduarte había muerto en 1636 y fray Domingo González, OP, hizo algunas adiciones, con las cuales la obra fue nuevamente publicada en Zaragoza, en 1693, con el siguiente título: *Tomo primero de la historia de la provincia del Santo Rosario de Philipinas, Japón y China de la sagrada orden de predicadores.* Posteriormente se publicó la segunda parte, abarcando de 1637 a 1669, escrita por Baltasar de SANTA CRUZ, OP, publicada también en Zaragoza en 1693. La tercera parte de esta gran crónica, que lleva el relato de los acontecimientos hasta 1700 fue escrita por fray Vicente de Salazar, OP y la cuarta parte que termina el año de 1765 tuvo por autor a fray Domingo Collantes, OP, y fue impresa en Manila en 1783. Para la mejor comprensión de las crónicas de los dominicos, es necesario tomar en cuenta la de fray Antonio de Remesal, OP. *Historia de la provincia de San Vicente de Chyapa y Guatemala de la Orden de Nuestro Glorioso Padre Sancto Domingo,* impresa en Madrid en 1619 y que relata los orígenes de la provincia filipina, hija en sus principios de la mexicana.

FERRANDO, Juan y FONSECA, Joaquín, OP. *Historia de los padres dominicos en las Islas Filipinas y en sus misiones del Japón, China, Tung-Kin y Formosa,* 6 vols. Madrid, 1870.

OCIO Y VIANA, Hilario, OP. *Reseña biográfica de los religiosos de la provincia del Santísimo Rosario de Filipinas,* Manila, 1895.

Los padres jesuitas llegaron pronto a las misiones filipinas, después de su fracaso en la Florida. El principal cronista entre ellos y uno de los más importantes para la historiografía de las islas es indudablemente:

CHIRINO, Pedro, SJ. *Relación de las Islas Filipinas i de lo que en ella an trabajado los padres de la Compañía de Jesús.* Fue impresa por primera vez en Roma en 1604 y se hizo una nueva edición en Manila en 1890. Sería necesario hacer una tercera, debidamente anotada y comentada.

COMBES, Francisco, SJ. *Historia de las Islas de Mindanao y Jolo,* impresa en Madrid en 1667. A los padres jesuitas correspondió el principal trabajo misional en las zonas musulmanas, siempre mal asimiladas al resto de la colonia y, por lo tanto, la obra de Combes es fundamental para el estudio de estas zonas.

COLÍN, Francisco, SJ. *Labor evangélica, ministerios apostólicos de los obreros de la Compañía de Jesús, fundación de su provincia en las Islas Filipinas.* La primera edición fue hecha en Madrid en 1663. El padre Pedro Pastells, SJ, preparó una nueva, en tres volúmenes, impresa en Barcelona entre 1900 y 1902.

Entre los franciscanos, tanto descalzos como calzados, encontramos a los siguientes:

RIVADENEYRA, Marcelo de, OFM. *Historia de las Islas del Archipiélago y reinos de la gran China, Tartaria, Cuchinchina, Malaca, Siam, Camboxa y Iappon y de lo sucedido en ellos a los religiosos*

descalzos de la orden del Seráfico Padre San Francisco de la provincia de San Gregorio de las Filipinas. Barcelona, 1601. Esta obra, que nos proporciona gran cantidad de datos acerca de los principios de los franciscanos en las islas; es utilísima sobre todo para el estudio de la idea de expansión misional a toda el Asia Suroriental y China y Japón en los principios de la evangelización.

Alcalá, Marcos, fray, OFM. *Crónica de la santa provincia de San Joseph de religiosos descalzos.* Madrid, 1738.

San Antonio, Juan Francisco de, OFM. *Chrónicas de la apostólica provincia de San Gregorio de los religiosos descalzos de Nuestro Seráfico Padre San Francisco en las islas Philipinas, China, Japón.* 3 vols. Madrid, 1738-1744.

Santa Inés, Francisco de, OFM. *Crónica de la provincia de San Gregorio Magno de religiosos descalzos de Nuestro Seráfico Padre San Francisco en las Islas Filipinas, China, Japón.* 2 vols. Manila, 1892. Basada en gran parte en la crónica del padre San Antonio, contiene el muy interesante estudio del padre Juan de Placencia, OFM, acerca de las costumbres de los tagalos, prácticamente el único trabajo que se conoce acerca de las antigüedades filipinas.

Martínez, Domingo, OFM. *Compendio histórico de la apostólica provincia de San Gregorio de Philipinas de religiosos menores descalzos de Nuestro Seráfico Padre San Francisco.* Madrid, 1756.

Medina, Balthazar de, OFM. *Crónica de la santa provincia de San Diego de México de religiosos descalzos de Nuestro Seráfico Padre San Francisco en la Nueva España.* México, 1682. Como en los casos de agustinos y dominicos, es necesario tomar en cuenta las crónicas mexicanas para los principios de la provincia de San Gregorio Magno.

Gómez Platero, Eusebio, OFM. *Catálogo biográfico de los religiosos franciscanos de la provincia de San Gregorio Magno de Filipinas.* Manila, 1890.

No hay propiamente una crónica de los trabajos de los padres recoletos agustinos en la provincia de San Nicolás Tolentino en Filipinas, pero en cambio existe:

Concepción, Juan de la, ORSA. *Historia general de Philipinas.* Manila, 1788-1792. 14 vols. Es este trabajo la primera historia completa de las islas y un trabajo fundamental. Ha servido como base para muchas otras historias, como la del padre Joaquín Martínez de Zúñiga, OSA, que fue publicada en inglés en 1814. Aunque, como su título lo indica, se trata de una historia general, la he incluido en esta lista de crónicas religiosas, porque contiene toda la historia del establecimiento de los recoletos en Filipinas.

Sabada del Carmen, Francisco, ORSA. *Catálogo de los religiosos agustinos recoletos de la provincia de San Nicolás Tolentino de Filipinas.* Madrid, 1906.

Aparte de estas crónicas y de los informes de clérigos, gobernadores y particulares que se encuentran en las colecciones de documentos citados, es interesante el estudio de varios documentos publicados, de carácter político, como el de don Juan Grau y Monfalcón, que fuera como procurador de la ciudad de Manila a México y a Madrid. En la primera de estas ciudades publicó su *Justificación de la conservación y comercio de las Islas Filipinas.* México, 1640. También son notables los estudios económicos, sociales y políticos que hiciera Sinibaldo de Mas en la primera mitad del siglo XIX. La tercera parte de estos informes, el llamado *Informe Secreto,* ha sido reeditado últimamente en Manila por la Sociedad de Conservación Histórica, con su texto español y la versión al inglés.

Otra fuente importante para el estudio de la historia filipina se encuentra en los relatos de los viajeros que en diferentes tiempos visitaron las islas. Entre ellos conviene tener presente a fray Domingo Fernández de Navarrete, OP, quien nos da muy importantes datos acerca del viaje en los galeones y de la vida en Filipinas y en China a principios del siglo XVII. Independientemente de sus grandes controversias con los padres jesuitas sobre el famoso llamado "rito mandarín", sus observaciones son en extremo valiosas para aquilatar a los hombres y entender los hechos del principio de la colonización española.

Conocidos por cualquier estudiante de la historia de México son Gemelli Carreri y Thomas Gage. El primero, sobre todo, presenta un retrato apasionante de la sociedad manilense en sus tiempos y del increíble "tornaviaje" en el galeón. Asimismo es de interés tomar en cuenta, tanto para México como para Filipinas, las historias de los piratas circunnavegadores, Francis Drake y Thomas Cavendish, Rogers y Dampier. También es de interés la expedición de lord Anson, alrededor del mundo de 1740 a 1744, publicada en Londres en 1748 bajo la dirección de Richard Walter.

Guillaume Joseph Hyacinthe Jean Baptiste Legentil de la Galaisiere publicó en París en 1779 a 1781, en dos volúmenes, su libro *Voyage dans le mers de l'Inde, fait par ordre du Roi, a l'occasion du passage de Venus, sur le disque du soleil,* en el cual relata su estancia en Manila y el viaje que hiciera en el barco español, el *Buen Consejo.* La versión inglesa de la parte de esta obra que se refiere a Filipinas ha sido editada en Manila, en 1964, por el *Filipiniana Book Guild.*

La misma sociedad ha editado en inglés la obra del doctor Paul P. de la Gironiére, bajo el título *Twenty Years in the Philippines.* Este libro fue publicado en París en 1853 bajo el título *Vingt Annees aux Philippines. Souvenirs de Jala-jala* y, al año siguiente publicó una versión aumentada bajo el título: *Aventures d'un Gentilhomme Breton aux Isles Philippines.* El autor, efectivamente, vivió veinte años en las Islas Filipinas, casó con una encopetada señora de Manila que, dice él, era la marquesa viuda de Salinas y fundó una hacienda en la península de Jala-jala en la Laguna de Bay. Don Trinidad Pardo de Tavera comenta que el autor francés, aunque fantasea en cuanto a su persona y sus merecimientos "los hechos que refiere sobre Filipinas y Manila particularmente, que vio y presenció, son de la más estricta verdad". La Gironiére presenció

la rebelión de Novales y los principios de la lucha por la libertad. Además, estuvo entre algunas de las tribus indígenas e hizo acerca de ellas, su vida y su cultura observaciones interesantes.

En busca del rastro de La Gironiére llegó a Manila en 1856 Henry T. Ellis quien, con gran humorismo, escribió un libro *Hong Kong to Manila and the lakes of Luzon in the Philippines Isles*, publicado en Londres en 1859. Contiene datos interesantes acerca de la sociedad hispanofilipina del siglo XIX.

Sir John Bowring, gobernador de Hong Kong y hombre de vasta cultura, visitó las islas en unas vacaciones en 1858 y escribió una memoria detallada *A Visit to the Philippine Islands*. Esta obra ha sido reeditada por el *Filipiniana Book Guild* en 1963. Bowring hace un notable estudio de Filipinas, un poco a la manera de los estudios de Humboldt. Analiza la flora, la fauna, la producción agrícola, el comercio, la sociedad y las instituciones en forma bastante imparcial.

El siglo XIX trae para la historiografía filipina, lo que para Latinoamérica. Una enorme cantidad de estudiosos se dedica a la investigación y a la paleografía de los documentos de los archivos principales y a su publicación. Otros escriben textos de historia con las ideas preponderantes en la época. Así en ese tiempo se inicia la recopilación y publicación de las grandes colecciones de documentos que ya hemos mencionado. Los nombres principales en este renacer de la historiografía filipina son indudablemente los de Wenceslao E. Retana, Trinidad H. Pardo de Tavera, el doctor Fernando Blumentritt, el padre Pablo Pastells, SJ, Manuel Artigas y Cuevas y Fernando Fulgosio, sin olvidar a don José Toribio Medina y sus estudios de bibliografía. Aparte de los trabajos de estos hombres, publicados en Madrid o en Manila desde 1870 hasta 1920, conocemos de interés los siguientes libros:

Marín y Morales, Valentín. *Ensayo de una síntesis de los trabajos realizados por las corporaciones religiosas españolas de Filipinas*. Manila, Universidad de Santo Tomás, 1901.

Monte y Vidal, José. *Historia de la piratería malayo-mahometana*. 2 vols. Madrid, 1888.

Ferrando, Juan. *Historia de los padres dominicos en las Islas Filipinas*. 6 vols. Madrid, 1870-1872.

Díaz Arenas, Rafael. *Memorias históricas y estadísticas de Filipinas*. Diario de Manila. Manila, 1850.

Belloc y Sánchez, Vicente. *Los misioneros en Filipinas*. Madrid, 1895.

Alcázar, José de. *Historia de los dominios españoles en Oceania-Filipinas*. Madrid, 1879.

Barrantes, Vicente. *Guerras piráticas de Filipinas*. Madrid, 1878.

Caro y Mora, Juan. *Ataque de Li-Ma-Hong a Manila en 1574*. Manila, 1894.

Benítez, Fernando. *Reseña histórica del Real Colegio de San José*. Manila, 1883.

Saleeby, Najeeb M. *Studies in Moro history, law and Religion*. Manila, 1905. (Un libro indispensable para la comprensión de las minorías musulmanas en Filipinas.)

—. *The History of Sulu*. Manila, 1908. Edición del Philipiniana Book Guild en Manila, 1963.

Con el siglo XX y la ocupación norteamericana en Filipinas, cambia el panorama de la historiografía. Poco a poco los textos de los mismos filipinos dejan de escribirse en castellano y los documentos, como en el caso de la colección de Blair y Robertson, se traducen al inglés y se citan en ese idioma. Los archivos americanos se abren a los estudiosos, como el del Congreso, el de Ayer y otros. Historiadores y antropólogos norteamericanos se vierten sobre las islas y las estudian, tanto en su historia, como en sus razas, su sociología y su prehistoria. Entre ellos es necesario citar al doctor Ottis Beyer y su libro *The Philippine Zaga*, indudablemente el iniciador de los estudios antropológicos en esa zona, tan brillantemente proseguidos por el doctor Robert Fox, de la Universidad de Chicago. Otros libros que se han consultado son:

Kroeber, A. L. *Peoples of the Philippines*. Nueva York, 1928.

Repeth, William C., SJ. *The College of San José of Manila*. Manila, 1946.

McCarthy, Edward J. OSA. *Spanish Beginnings in the Philippines. 1564-1572*. The Catholic University of America, 1943.

Cunningham, Charles Henry. *The Audiencia in the Spanish Colonies, as illustrated by the Audiencia of Manila. 1583-1800*. University of California Press, 1919.

Roger, Juan. *Estudio Etnológico Comparativo de las formas religiosas primitivas de las tribus salvajes filipinas*. Madrid, 1949.

Alzona, doctor Encarnación. *El Legado de España a Filipinas*. Manila, 1956.

Schurz Lytle, William. *The Manila Galleon*. E. P. Dutton & Co. Inc. Nueva York. 1959. Este libro, cuya primera edición es de 1939, es ya obra clásica, por lo bien documentada y redactada, para el estudio, no tan sólo del tráfico del galeón, sino de muchos aspectos de la historia de la colonia española en Filipinas.

Phelan, John Leddy. *The Hispanization of the Philippines*. The University of Wisconsin Press. Madison, 1959. Interesante estudio de los trabajos de expansión de la cultura hispánica en las islas que considero, con el anterior, como fundamentales para el estudio de la historia filipina.

Chaunu, Pierre. *Les Philippines et le Pacifique del Iberiques*. SEVPEN, París, 1960. Un importantísimo libro para el estudio de la economía de la colonia y del tráfico del galeón, sobre todo en lo que al almojarifazgo se refiere.

Cuevas, Mariano, SJ. *Monje y marino*. Ed. Layac. México, 1943.

De la Costa, Horacio, SJ. *The Jesuits in the Philippines.* Harvard University Press. Cambridge, Mass. USA, 1961. Se trata de un notabilísimo estudio acerca de los jesuitas en las islas y de su influencia en la educación y la labor misional. Es otro de los libros modernos fundamentales para el estudio de la historia filipina.

Saniel, Josefa M. *Japan and the Philippines,* 1868-1898. Philippine Social Sciences and Humanities Review. Volumen xxvii. Interesante estudio de las relaciones entre las islas y el Japón donde, desgraciadamente, la parte de la colonia es demasiado breve.

Achutegui, Pedro S. de, SJ y Bernard, Miguel A. SJ. *Religious Revolution in the Philippines.* Ateneo de Manila, 1960. Tomo i. Trata del cisma de la iglesia aglipayana a fines del siglo xix y principios del actual. Bien documentada y exhaustiva historia de la que se espera el segundo volumen.

Agoncillo, Teodoro A. *The Revolt of the Masses.* University of the Philippines, 1956. Buen ensayo acerca de la revuelta de Andrés Bonifacio y la rebelión en contra de España.

Guerrero, León María. *The First Filippino.* Publications of the National Heroes Commission. Manila, 1963. La mejor biografía hasta la fecha del doctor José Rizal.

Zaide, Gregorio P. *The Philippines since pre-Spanish Times.* Manila, R.B. García, 1949. El doctor Zaide es uno de los historiadores y profesores de esta disciplina que más han escrito en Filipinas, sobre todo en lo que se refiere a libros de texto para escuelas y universidades.

Molina, Antonio M. *The Philippines Through the Centuries.* 2 vols. Manila, 1960. El doctor Molina es profesor de historia y ha investigado profundamente en los archivos españoles. Su libro es texto en la Universidad de Santo Tomás.

Es lógico pensar que esta bibliografía de las Filipinas es incompleta en extremo. Tan sólo se ha querido dar una idea general de la historiografía y una relación de los principales libros acerca de las diferentes épocas y materias. Se prepara ya en Manila una bibliografía completa de la historia de Filipinas que abarcará necesariamente varios volúmenes, ya que se incluirán en ella no tan sólo libros y documentos, sino artículos de periódico, ensayos, memorias, cartas, etcétera. Por lo pronto la National Heroes Commission publica ya cantidad de obras, como las completas del doctor Rizal, incluyendo su apasionante correspondencia, las memorias de varios caudillos de la Revolución, como Apolinario Mabini y el general Ricarte y varios tomos de correspondencia de esos tiempos.

Estos trabajos, junto con los de la Sociedad para la Conservación de la Historia, las publicaciones de las universidades como la de Santo Tomás, el Ateneo de Manila y la de Filipinas, hacen ver el resucitar de la curiosidad histórica en las islas y esperar un notable desarrollo en esta disciplina.

ÍNDICE

Preámbulo 9
Prólogo bibliográfico 11
La expansión de Occidente 15
España en el Océano Pacífico 23
La experiencia española en México 35
La expedición mexicana 47
La conquista de Filipinas 59
Las empresas peruanas 69
La más larga y difícil navegación 75
La cristianización de Filipinas 87
Las rebeliones filipinas 101
México en Filipinas 109
1564-1964 127
Ensayo de historiografía filipina 133

En la Imprenta Universitaria, bajo la dirección de Rubén Bonifaz Nuño, se terminó la impresión de este libro el día 17 de mayo de 1965. La edición estuvo al cuidado del autor y de Concepción Sáenz. Se hicieron 1,500 ejemplares.